

126

Precio: S/.10.-

QUEHACER

por el Perú

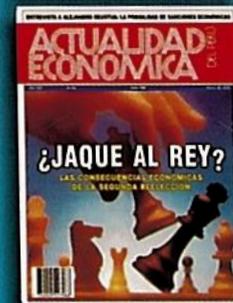
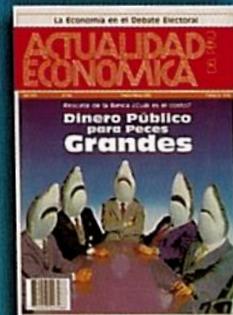
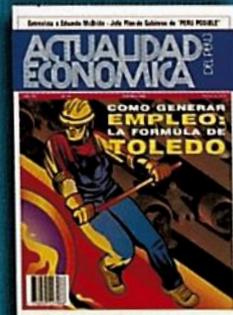
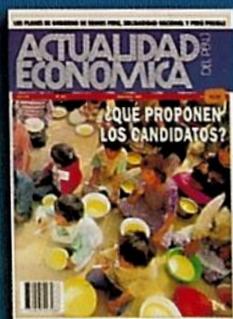
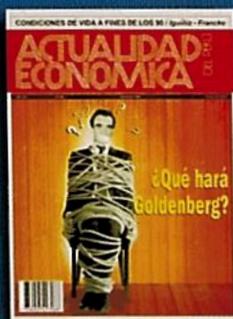


7 750560 299606 >

DEL PERU

23
Años
1978 - 2000

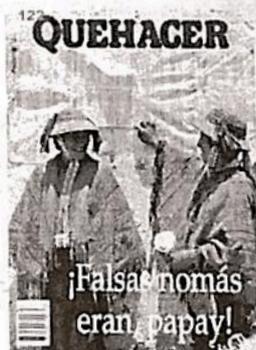
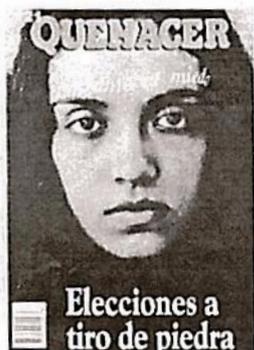
CEPONAZAD



Jr. Talara 769
Jesus María
Lima - Perú
433-3472 / 433-3207
E-mail: ae@cedal.org.pe

UNMSM-CEDOC

QUEHACER



TARIFA ANUAL

(6 números)

NACIONAL	S/. 75.00
INTERNACIONAL	
América Latina y el Caribe	US\$ 60.00
Resto del mundo	US\$ 80.00

Deseo tomar () suscripción(es) anual(es)

A nombre de

Dirección:

Ciudad: País:

Telf.: Apdo. postal

email:

Nacional:

Envío:

() Cheque a nombre de DESCO, o

() Abono directo a la siguiente cuenta bancaria:

Banco Wiese - Lima

Cta. Cte S/.

071-2568829 / DESCO - Publicaciones

Internacional:

Envío:

() Cheque a nombre de DESCO, o

() International Money Order a nombre de DESCO, o

() Abono directo a la siguiente cuenta bancaria:

Banco Wiese - Lima

Cta. Cte. US\$

071-1222170 / DESCO - Publicaciones

* Los costos bancarios, tanto del país de origen como de destino, corren a cargo del suscriptor.

En caso de abono directo, nacional o internacional, remitir a nombre de la revista QUEHACER, vía fax o por correo normal, fotocopia de la nota de depósito.

desco

Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo

LEÓN DE LA FUENTE 110 - LIMA 17 - PERU ☎ 264-1316 - FAX 264-0128

QUEHACER

Lima, setiembre-octubre 2000



62 El siglo XX acaba de comenzar y ella está desnuda, naturalmente desnuda, inocentemente desnuda. Son los inicios del desnudo femenino en la fotografía peruana.

14 El régimen también está desnudo. Pero obscenamente desnudo. Sin ningún escrúpulo, ha querido canjear el adelantamiento de las elecciones –al que fue forzado por la evidencia de sus actos–, por la impunidad a la corrupción y al crimen. Es el fin del fujimorismo en el fin del siglo XX.

Director: Abelardo Sánchez León

Editor fundador: Juan Larco

Editor ejecutivo: Hernando Burgos

Redactor: Martín Paredes

Coordinación: Mónica Pradel

Corrección: Annie Ordóñez

Fotografía de carátula: José Gabriel Gonzales, circa 1920, Cusco. Archivo Fototeca Andina Centro Bartolomé de las Casas

Diseño de carátula: Anamaría McCarthy

Diagramación y composición:

Juan Carlos García M.

Dirección: León de la Fuente 110, Lima 17, Perú. ☎ 264-1316. Fax 264-0128

Impresión: INDUSTRIALgráfica S.A.

Suscripciones: Cheques y giros bancarios a nombre de DESCO.

Quehacer: Revista bimestral del Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo, DESCO.

Consejo Directivo de DESCO:

Eduardo Ballón, Presidente; Julio Gamero, Carlos Reyna, Alberto Rubina, Abelardo Sánchez León, Molvina Zeballos.

© DESCO, Fondo Editorial.

ISSN 0250-9806

Hecho el depósito legal: 95-0372

[http:// www.desco.org.pe/qh/qh-in.htm](http://www.desco.org.pe/qh/qh-in.htm)

e-mail: qh@desco.org.pe

Poder y sociedad⁰

O serbios o siervos..., esa es la cuestión	4
Liderazgo en ruinas / <i>Alejandro Ferreyros</i>	6
Ay mis cabellicos, maire... / <i>Eduardo Ballón E.</i>	14
La inagotable caja china de Fujimori / <i>Hernando Burgos</i>	18

Pensar en sociedad¹

¡La izquierda ha muerto! ¡Viva la izquierda!	22
La vida exagerada de Javier Diez Canseco / Una entrevista de <i>Carlos Reyna, Hernando Burgos y Abelardo Sánchez León</i>	24
Una nueva izquierda... pero nueva, por favor / <i>Alberto Vergara P.</i>	39
El porvenir de una ilusión / <i>Eduardo Toche</i>	44
La larga marcha de las FARC / <i>Michael Shifter</i>	54
Del comunismo ortodoxo al socialismo tropical / <i>Ronaldo Menéndez</i>	58

Creación²

She is naked / <i>Anamaría McCarthy</i>	62
Desnudos limeños, circa 1920 / <i>Fernando Castro</i>	73

Crónicas³

Un amigo muerto, un domingo, un otoño / <i>Alfredo Bryce Echenique</i>	74
--	----

Deporte⁴

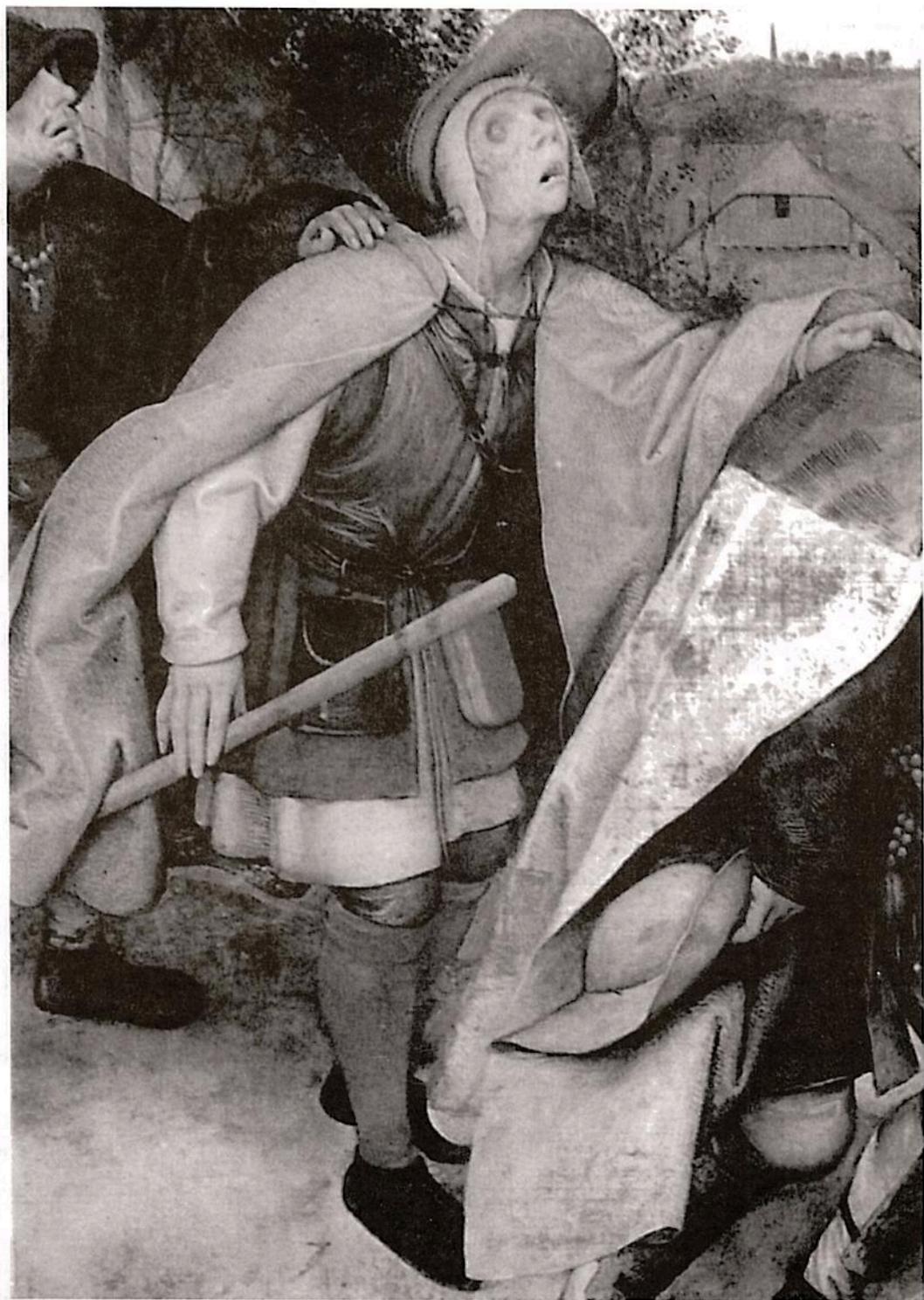
¡Salvo el gol, todo es ilusión!	82
Los jugadores no tienen la culpa / <i>Marcial Rubio</i>	84

Programa Huancavelica⁵

Las alpacas también migran / <i>Hilario Aquino Q.</i>	86
Alpacas: viejos pasos, nuevas huellas / <i>Julio César Postigo</i>	92

Cultura⁶

El embajador y el terrorista / Una entrevista con Harry Belevan, por <i>Abelardo Sánchez León</i>	94
Me fui para novelar el Perú / Una entrevista con Alfredo Pita, por <i>Sara Beatriz Guardia</i>	100
Miguel Gutiérrez y Mario Vargas Llosa: el amargo sueño de la utopía / <i>José Alberto Portugal</i>	104



La parábola de los ciegos, Bruegel.

O serbios o siervos..., esa es la cuestión

En este país todo puede suceder. Desde una persecución policiaca al estilo hollywoodense, como aquella protagonizada en días pasados por el presidente y su asesor, hasta un pequeño levantamiento militar al sur del país que tiene mucho de quijotismo y poco de realismo.

Sin embargo, lo curioso es que mientras la población y algunos medios condenan lo primero, por farsesco y aparatoso, tienden a expresar sus simpatías por el drama que se viene desarrollando al sur del país. Un oficial con apenas cincuenta hombres y con un manifiesto en el que denuncia la corrupción, el poder del asesor Montesinos y la ilegitimidad del gobierno de Fujimori, es más fuerte, como imagen y actitud, que los supuestos cambios realizados en la cúpula militar y las promesas de una pronta convocatoria a elecciones. Que Fujimori tenga que emplear a la Policía y no a las propias FF.AA. para sofocar esta rebelión, revela el impacto que este hecho ha tenido al interior de las instituciones militares.

Que hoy en día sectores de la sociedad vean al teniente coronel Ollanta Humala como una suerte de héroe, expresión de una indignación contenida, muestra la extrema precariedad y fragilidad en que se mueven estos tiempos de transición política y los dilemas que hoy enfrenta la oposición.

No se trata, por tanto, sólo de hablar de un futuro gobierno democrático. Ello es importante, pero también lo es responder a la indignación popular que busca poner fin rápidamente a un gobierno que ha perdido toda legitimidad y credibilidad.

La transición, por tanto, no puede ser entendida como un simple cambio de gobierno, como un reacomodo de las élites políticas tras años de corrupción y autoritarismo; es decir, como si nada hubiera pasado, al margen de los sentimientos de una población que hoy reclama comportamientos éticos y transparentes.

Luego de ocho años de secretos y de mentiras —y hasta de hipocresías—, los peruanos no están dispuestos a que la política siga siendo una mala obra de teatro con actores de segunda y la democracia un simulacro de que todos somos iguales.

La dignidad en la palabra, en los gestos y en los hechos que hoy se reclama es aquella orientada a decir la verdad, a tratar a los peruanos como ciudadanos y adultos. A decirles que construir un futuro, tras una década fujimorista perdida, nuevamente será difícil y que ello requiere un proyecto transformador capaz de incluir finalmente a todos.

LIDERAZGO EN RUINAS

ALEJANDRO FERREYROS

*No sigas líderes,
Atiende a los parquímetros.*
BOB DYLAN

A pesar de que el siglo XX ha demostrado con reiteración que los liderazgos suelen ser peligrosos, persistimos en adoptarlos y en negar sus posibles y muy probables consecuencias.

El consenso de que un liderazgo fuerte y poderoso es condición para lograr algún desarrollo y progreso en la sociedad se sostiene con firmeza. Esta convicción, acendrada en la conciencia colectiva, goza de popularidad y simpatía. Su convocatoria garantiza de antemano la aprobación y nadie parece dudar de la necesidad de una figura tras la cual organizarse. Más aun, alguna opinión ocasional adversa sorprende y genera desconfianza. También es frecuente que el escepticismo ante el liderazgo sea percibido como anárquico, idealista o irresponsable, propio de espíritus individualistas, insensibles al compromiso social. En sentido contrario, la idea de una conducción encabezada de las masas despierta adhesiones apasionadas y trae consigo el prestigio característico de la actividad política, derivado de una supuesta vocación de servicio, comprometido y solidario. Muchos indicadores hacen pensar que esta tendencia generalizada a abrazar liderazgos seguirá insistiendo en su despropósito. En consecuencia, el modelo operante debe ser revisado, pues en gran medida resulta de la acción de

algunos componentes psicológicos que, si no se toman en cuenta, pueden seguir repitiendo sus desvaríos y conducir a las mismas ruinas sucesivas.

Un factor que contribuye a fortalecer esta aceptación del liderazgo está en pensar que su popularidad lo justifica. Plantear que un comportamiento es adecuado y conveniente por el hecho de que mucha gente lo practique resulta peligroso. En la Europa medieval—como ejemplo de insensatez multitudinaria—había que espantar a la peste azotándose los unos a los otros, de modo que el flagelo se esparcía con el contagio de los látigos y ¡ay! de quién se negara a hacerlo. Una superstición no deja de serlo por mayoría de votos, ni siquiera por unanimidad. El razonamiento que plantea que un error deja de serlo desde que demasiada gente incurre en él agrava la dificultad. El hecho aparente de que la adhesión a liderazgos sea un comportamiento espontáneo y generalizado no faculta a proclamarlo como ideal. Bastan razonamientos y ejemplos que señalan y observan las muchas ocasiones en que las tendencias espontáneas de las masas no se han ajustado a los márgenes de la civilización, aun cuando su accionar no haya sido irrelevante.

Huelga decir que el liderazgo al que nos referimos no es aquél de quien ejerce la aptitud para tomar decisiones,

incluso de ordenar, en todos sus sentidos. Resulta obvio que en cualquier empresa colectiva es necesaria una cierta jerarquía funcional. En la construcción de un edificio –por ejemplo de organización jerárquica– es preferible

improvisar discursos salpicados de fervorina y arengue a su cuadrilla al mejor cumplimiento del plan arquitectónico. De ser así, estaríamos cercanos a suponer que tales maniobras responden a la necesidad de atenuar los efec-

Perú

país con



CARETAS

que los obreros sigan rigurosamente las indicaciones del maestro de obra y éste, las del ingeniero, en el aconsejable caso de que lo hubiere, si se busca llegar a buen término. Sin duda que en cualquier proyecto social se requiere de la participación de quienes toman decisiones y de quienes las ejecutan, con toda la extensa gama del llamado «mando medio». Lo que no es necesario es que el capataz, en su afán por conseguir el aprecio de sus operarios, los distraiga bailando la tecnocumbia sobre las vigas de la estructura o que

tos de un salario insuficiente y, en el caso de un líder político, de una ausencia de argumentos.

Estas tendencias del ser humano a congregarse detrás de una figura privilegiada, por un lado, y a codiciar ese lugar de privilegio, por otro, resultan enigmáticas. Con respecto a la disposición al seguimiento del líder, la hipótesis más extendida se apoya en la experiencia primera del desamparo infantil. El estado de indefensión con que nace el niño lo induciría a buscar protección en las figuras parentales. Según

Erich Fromm,¹ de este desamparo se sigue que el hombre medio, independiente de la primitiva relación con los padres, alberga el anhelo profundo de creer en una figura todopoderosa, omnisciente, previsora y benevolente. Se parece al apego del niño a sus padres, pasivo, esperanzado y confiado. Además, la pasividad de este lazo contribuye a su intensificación, pues la propia vida depende de no ser abandonado. El ser humano conservaría esta disposición a

rácter empobrecedor de la masa en el vínculo con el líder. La tendencia a la sujeción se alimenta de la pobreza de los vínculos reales. Según este punto de vista, la necesidad impulsiva de un liderazgo respondería a una necesidad insatisfecha de relaciones significativas actuales. Un vacío de vínculos satisfactorios conduciría a buscar, a manera de compensación o de subsidiariedad, lazos intensos de identificación con una figura, ya no idealizada sino idolizada,



«Un liderazgo, para cumplir con efectividad su función, debe saber sustraerse a la tentación de identificarse realmente con el papel que la masa le adjudica.»

establecer relaciones con un «auxiliar mágico» de manera espontánea. La intensidad de estos lazos muchas veces sobrepasa la de aquellos vínculos reales con personas íntimas de la vida cotidiana y, muchas veces, cuanto menos satisfacción haya en estos vínculos, tanto más intenso será el lazo que una al auxiliar mágico. La búsqueda de liderazgos obedecería, desde este punto de vista, a una expresión relativamente sofisticada de un comportamiento regresivo.

Esta observación permite entender mejor la naturaleza de un posible ca-

pues únicamente creyendo en su apoyo puede uno afrontar la sensación de desamparo. La pobreza en general, material o afectiva, genera fanatismo. Un pueblo pauperizado respondería más fácilmente a la prédica mesiánica. El mesianismo, desembozado o encubierto, requiere de pobreza. Es probable que el caudillismo también. Para Fromm, el ídolo es la figura a la cual una persona ha transferido su fortaleza

1 FROMM, Erich... *Lo inconsciente social*. Paidós, 1992.

y sus capacidades. Cuanto más poderoso se haga el ídolo, tanto más se empobrece la persona. Tanto es así que, sin esta necesidad de ídolos, quizá no pudiésemos comprender la intensidad sentimental del nacionalismo, del racismo y del imperialismo, el «culto a la personalidad» en sus formas diversas, etc.

La importancia de esta relación entre pobreza y fanatismo es enorme. Contiene la paradoja de que el gobierno eficaz de las masas requiere de su empobrecimiento emocional, y que cualquier desarrollo satisfactorio de la vida afectiva personal irá en desmedro de la sujeción individual a la figura de un líder. En esa dirección apuntan quienes han encontrado una relación entre la participación en pandillas juveniles y la pobreza de las relaciones familiares respectivas. Igual ocurre con otros casos de fanatismo y de comportamiento de masas. La falta de relaciones significativas de intimidad y de confianza en la vida personal conducirían a los individuos a abrazar pertenencias y a entregarse a la idolatría, es decir a la enajenación.

Recordemos el caso de las «fans enamoradas» asfixiadas por sus correligionarias en su intento vano y desesperado por alcanzar a sus ídolos. Arrobadas por el sentimiento de séquito, rompen los lazos que las mantenían unidas entre sí para tratar de ser la elegida. Producido el desencantamiento, cada una era enemiga de la otra y se vio librada a su propia suerte. Resulta un fenómeno semejante al de un sonámbulo que despierta bruscamente de su trance; es decir, pasar de inmediato de un funcionamiento impulsivo, irracional, instintivo, propio de estados rudimentarios del aparato psíquico, a otra forma de procesamiento mental, consciente, racional, libre, propio del sujeto adulto, pensante y deliberante. Sin duda la tarea de asumir cada sujeto la responsabilidad de su propia libertad es ardua e inacabable, aunque no por eso deje de ser imprescindible. Hermann Hesse decía que líderes y caudillos necesitan

y exigen a personas que no quieren responsabilidad ni pensar por cuenta propia.

Esta pérdida del «Yo» ha sido descrita por Elías Canetti² bajo el concepto de «descarga». Plantea que la masa permite al individuo deshacerse de la carga de su individualidad. Facilita la despersonalización, el abandono de la identidad y la adopción de otra mucho más poderosa, satisfactoria e irrestricta, donde la responsabilidad se disuelve y los actos obedecen a los mandatos del sentimiento colectivo. Esta «descarga» anula, asimismo, toda diferencia individual, exige entrega plena y culmina el proceso de masificación. También, representa el anhelo consciente o inconsciente de todo líder orientado hacia la consecución y el ejercicio del poder.

El liderazgo debe saber evitar la idolización. De no ser así, la fascinación del poder conducirá al líder a alimentar el caldero donde se cuece la popularidad, y avivará el fervor de la masa, entregada al vértigo de su idolatría, arrasando lo poco que quede de racionalidad, junto con el destino de sus creadores, sus mismos seguidores, cautivos de su propia obra. Esta facilidad con que caen en la tentación populista es la razón por la cual Freud recomendaba en *El porvenir de una ilusión* que los líderes tuviesen una fuente propia de recursos que los sostuvieran, que si no se verían obligados a conceder más de lo que reciben. Es decir, de hacerse de lo ajeno para redistribuirlo como suyo, y ahí te quiero ver.

Freud pensaba que era únicamente a través de la influencia de algún individuo ejemplar, a quien las masas reconocen como líder (*führer*), que pueden ser inducidas al trabajo y a soslayar las renunciaciones instintivas, de lo que depende la existencia de la civilización. Todo marcharía bien —decía— si estos líderes fuesen personas que posean una

2 CANETTI, Elías... *Masa y poder*. Alianza Editorial, 1987.

capacidad superior de percepción de sí y de su medio social, que hayan logrado destacar en el control de sus impulsos instintivos. Después del trauma mundial de Hitler, Mussolini y Stalin, seguramente que aquel Freud de 1927 se mostraría más escéptico acerca de la probabilidad de un liderazgo tan prodigioso como imaginó posible. La excepcionalidad del líder no puede ser el requisito para conseguir una forma de organización social independiente de la coersión. Menos aún en estos tiempos en que la excepcionalidad se fabrica con más o menos éxito en las agencias de publicidad, como una expresión más de la llamada «sociedad virtual».

Para Fromm, en cambio, ya curtido por las nefastas aventuras paladinas del fascismo, la verdadera excepcionalidad está en aquellos individuos que parecen haberse liberado del anhelo de ídolos: «la sensación de impotencia y, por tanto, la necesidad de ídolos es menos intensa cuanto más logre una persona deber su existencia a sus propios esfuerzos activos; cuanto más desarrolle su capacidad de amor y razón; cuanto más tenga un sentimiento de identidad, no transmitido por su papel social sino arraigado en la autenticidad de su ser; cuanto más sepa dar y más relacionado esté con otros sin perder su libertad e integridad; y cuanto más conozca su inconsciente, de modo que nada humano en sí mismo y en los demás le sea ajeno». Podría decirse, pragmáticamente, que esta perspectiva futura es aún más utópica que la freudiana. De ser así, estaríamos asistiendo a la extinción de la conciencia.

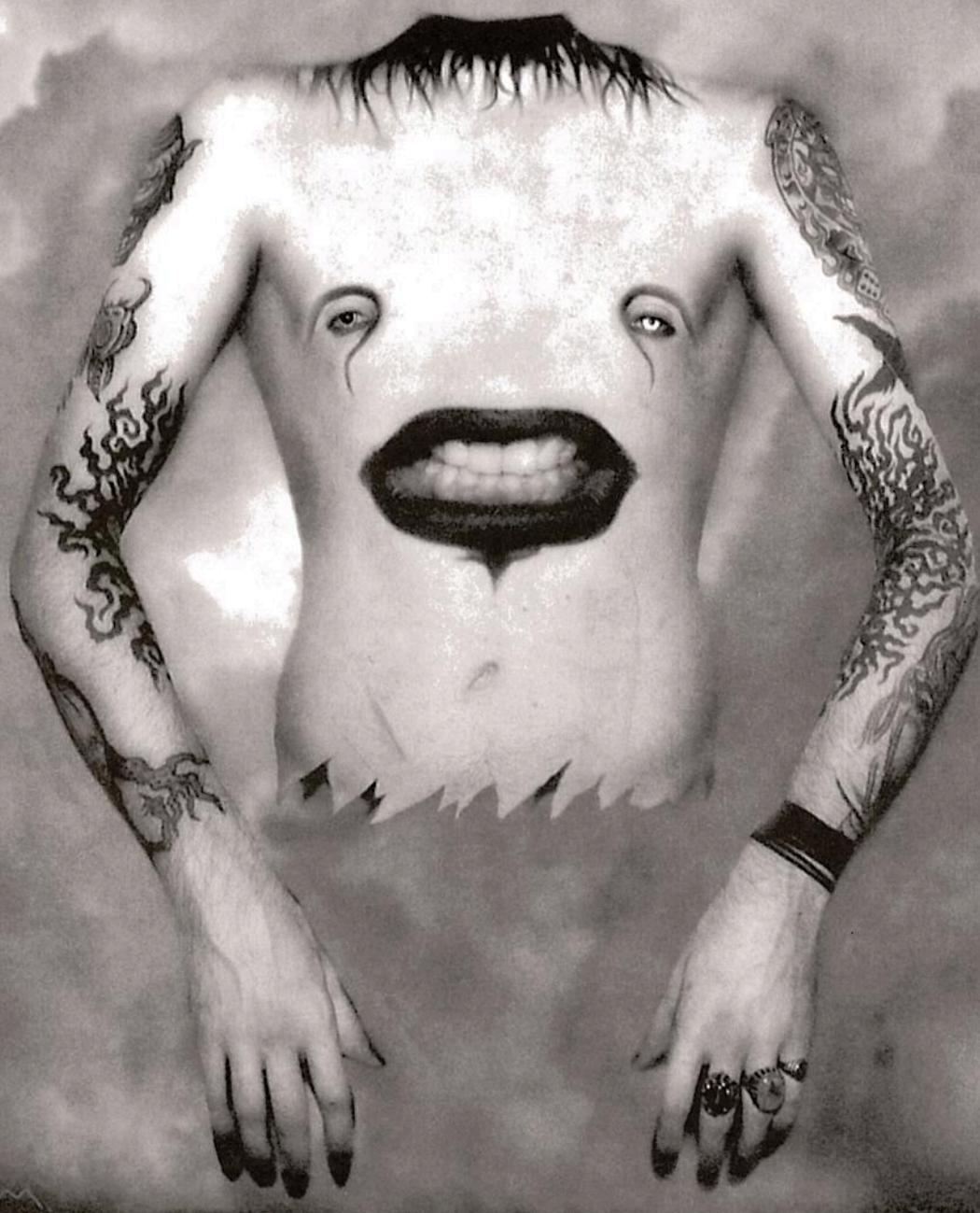
La psicología del líder también trae lo suyo. De toda su complejidad apuntaremos sólo dos aspectos, tal vez los más llamativos: su enorme necesidad de afecto y aprobación, y su necesidad de dominio, también grande. Las ansias de popularidad en parte son expresión de una necesidad proporcional de sentirse amado. Independientemente de si ese amor fue o no satisfecho en la

infancia con los padres o con quienes los sustituyeran, la búsqueda incesante de aceptación masiva, mejor si va acompañada por aunque sea una poca aclamación fragorosa, pone en evidencia el vacío personal de quien la alienta y la necesidad de recompensar una carencia. El narcisismo herido del líder es su fuente principal. Su sed insaciable no se detendrá hasta secar inútilmente todos los espejismos que se le presentan en su peregrinación hacia el poder.

Esta necesidad de reconocimiento supletorio se acompaña con frecuencia de sadismo, del afán de poder total, de dominio absoluto sobre todo ser. Es una extensión del temor de no tener control sobre la fuente de gratificación narcisista. El afectado por este trastorno caerá, así como la masa, víctima de su propio engaño con el líder, en la ilusión de su propia creación. Necesitará de los aduladores aunque sepa que le mienten. No le interesa la veracidad de los halagos sino su sensación epidérmica. No busca la verdad sino la complacencia. Es por eso dadivoso, no como expresión de su desprendimiento y generosidad, sino de su necesidad de ser alabado y ensalzado como tal. La prebenda es una forma de control, y el control es descontrolado. Una demostración de esta forma perversa la sigue ejercitando el SIN,³ expresión hipertrófica de esta forma sádica del control extorsionador del poder.

Con pertinencia evidente para nuestra coyuntura política, Federico Campbell⁴ recuerda que: «A propósito del 'relevo del poder' que ahora se finge, viene al caso recordar que el sistema rotatorio de los cargos públicos en la Grecia preclásica y en la América prehispánica impedía el monopolio del poder por parte de unos cuantos individuos cuya misma 'vocación política' bastaba para descalificarlos. Esos individuos, decía Aristóteles, 'se aferran a

3 ¿Acaso las siglas del Sistema de Inteligencia Nacional proclaman sentido de carencia (propensión) y de maldad («pecado» en inglés)?



«El liderazgo debe saber evitar la idolización. La fascinación del poder conducirá al líder a alimentar el caldero donde se cuece la popularidad, y avivará el fervor de la masa» . Matt Mahurin, Marilyn Manson, 1997.

los cargos públicos como si estuvieran afectados de una enfermedad que sólo pudiera curarse con su continuidad en el poder'.» Y añade: «El poder de controlar y decidir sobre la vida de los

demás no debería estar en manos de alguien lo bastante enfermo como para buscarlo.»

No puede dejar de llamar la atención el comportamiento de aquéllos que



CARETAS

entran a la competencia política. Las disputas por la aceptación popular se dirigen a acomodar los propios comportamientos en función de las demandas más veleidosas del público consumidor, al abandono de sí para abrazar identidades diseñadas por asesores de imagen, a las inconsistencias más evidentes, asolapadas tras una supuesta capacidad de enmienda, mentirosa y fraudulenta. De ambos lados, un baile de posturas y ademanes, de frases de autoelogio, de ínfulas patéticas; en suma, una exhibición bastante grotesca de insuficiencias personales y debilidades emocionales.

Un caso ejemplarizador de esta relación paradójica entre la masa y «su» líder, de apariencia insoluble, se presentó durante lo que fuera momento inaugural del gobierno actual. La campaña triunfante del ¡¡¡NO SHOCK!!!, orientada a estimular miedos atávicos, impuso su carácter demagógico, con el auxilio cómplice e interesado de los campeones de la movilización de masas, para, acto seguido, adoptar como propio el mensaje opuesto de su adversario, el demonizado ajuste económico. Como en los rituales antropofágicos, el vencedor devora al enemigo para adquirir sus cualidades; en este caso, su «Plan de Gobierno». Este transfuguismo prístino fue su carta de presentación, comportamiento que ejerció hasta su apoteosis final (¡?) con los lamentables sucesos vividos recientemente, desde entonces anticipados como por un designio fatal.

Recientemente en el Perú, el resurgimiento de la política de masas observada en la luctuosa campaña electoral última es muy aleccionadora desde ambos lados. Si algo demostró el otrora candidato opositor fue ser en extremo sensible al influjo de las masas, sin ser del todo responsable de su comportamiento, y tal fragilidad induce a pensar en una predisposición adictiva suya a

la aclamación multitudinaria. Mostró su insuficiencia para detenerse ante las masas urgidas y, más aun, a detenerlas. Por el contrario, de nuevo emplea su convocatoria a las masas, con el mismo tono amenazante y de amedrentamiento con que el gobierno (el ejército) lo hace con el golpe de Estado. «Si no me dan lo que quiero, entonces...» Cada uno con lo que cree suyo: los argumentos del poder de la masa y la multitud, frente al poder de las Fuerzas Armadas. La ausencia de racionalidad y de argumentos apela a la persuasión por el miedo y el miedo, respectivamente; en pocas palabras, la disputa por la posesión del mismo discurso autoritario, despótico y primitivo.

La apelación a las masas es el instrumento principal característico del fascismo. Lo que a muchos opositores al régimen fujimorista les resultó decepcionante fue reconocer en su líder la misma enfermedad, brotado de lo mismo, entregado a la voluptuosidad de la multitud, subyugado por la masa, dispuesto a hacer lo que le pidiera, confiado de su omnipotencia, fuera de sí, enajenado, alienado, enloquecido. Era, en lo profundo de la comparación entre ambos, tan solo otro rostro de lo mismo.

Un liderazgo, para cumplir con efectividad su función, debe saber sustraerse a la tentación de identificarse realmente con el papel que la masa le adjudica. En otras palabras, es importante saber que la identidad del líder representa una **transferencia**, es decir, una identidad que no le corresponde sino que se le atribuye como consecuencia de una proyección masiva. De manera análoga a lo que ocurre en los procesos terapéuticos, donde la persona del terapeuta se ve investida de atributos que se originan en las distorsiones de su paciente, el líder se verá expuesto a exigencia de la masa a asumir un papel que excede a la realidad para la que fue elegido. En otras palabras, que el líder debe saber abstenerse de creer lo que la masa le fuerza a asumir. ■

4 CAMPBELL, Federico... La invención del poder. Aguilar. 1994.

AY MIS CABELLICOS, MAIRE...

EDUARDO BALLÓN E.

Ha transcurrido más de un mes desde que el presidente Fujimori anunció el adelanto del término de su mandato para julio del 2001 y la consiguiente convocatoria a elecciones para marzo del próximo año. En ese lapso, el asesor Montesinos fue y volvió. Salió del país entre gallos y medianoche con el aval de Estados Unidos, la OEA y varios gobiernos de la región que creían facilitar así la indispensable transición a la democracia en el Perú. Su retorno al país hace unos días, además de aumentar la inestabilidad y la precaria situación que vivimos, puso en evidencia el intento de renovación de la alianza básica que maneja el régimen político.

De acuerdo a las declaraciones del capitán (r), su vida corría peligro en Panamá. Según señaló el Presidente en sus escasas apariciones en los medios en estos últimos tiempos, preocupado por tal situación él mismo se ocupó de ver lo relacionado con su retorno. Las figuras centrales de la tragedia que vive el país ratificaron una vez más, por si cabían dudas, los sólidos y complejos vínculos que los unen a ellos dos, desde hace diez años. Vínculos que seguramente tienen elementos de odio y amor. De los elogios múltiples que se prodigaron pasaron a una curiosa y patética versión del tradicional juego de «policías y ladrones», que tiene al presidente de cazador para ubicar a su otrora asesor.

El doctor que salió del país pensando en asegurar la eventual impunidad

por los distintos actos de los que lo acusan crecientes sectores de la sociedad, regresó para asegurar esa posibilidad, desconfiando de quienes quedaron con tal encargo en su ausencia. La distancia y el teléfono satelital como estrategia fueron cambiados por la presencia en la sombra en el precario proceso de diálogo que vive el país. Contra lo previsto por el asesor, y previsiblemente por el presidente, todo fue inútil: el derrumbe del régimen político, la «chorreada» para ser exactos, se aceleró. La renuncia de Tudela y las altisonantes denuncias del oficialismo contra el oficialismo fueron el espectáculo complementario a la «búsqueda del tesoro» encabezada por el ingeniero Fujimori.

LA OPOSICIÓN EN LA ENCRUCIJADA

Hasta antes del retorno de Montesinos la mesa de diálogo propiciada por la OEA parecía ser el centro de la política en el país. Su trabajo ocupaba los principales espacios de los medios de comunicación y del interés, por lo menos de la curiosidad, de miles de peruanos que asistíamos a la permanente voluntad de los representantes oficialistas por entrapar su agenda, las marchas y contramarchas de la presión que desarrollaba la oposición democrática y los esfuerzos del embajador La Torre por evitar que ese espacio perdiera el poco o mucho sentido que inicialmente tuvo. En otras palabras,

asistíamos en tanto espectadores a un espectáculo: «la mecida», a la que el régimen político nos acostumbró durante una década.

Para todos los efectos prácticos lo avanzado en ese espacio era ínfimo. La modificación de la fecha de término de la legislatura que debía acortar el mandato presidencial y congresal y la no reelección fue impuesta por la mayoría

del Poder Judicial permanecen intocadas y no hay absolutamente nada aprobado en términos de reforma electoral. Finalmente, y bajo el manto de una supuesta reconciliación nacional, se pretendió condicionar todo el proceso a la aprobación de una disposición que consagre la impunidad.

En el camino, y como parte de la estrategia global del régimen, la subco-



Ante la mirada del Defensor del Pueblo, Fernando Olivera parece reclamarle al embajador Eduardo Latorre por el retiro del ministro Alberto Bustamante. La «mecida» continúa.

oficialista, desconociendo el acuerdo básico al que había llegado la mesa; el capitán (r) sigue siendo asesor –lo era cuando se fue, lo fue cuando volvió y lo sigue siendo ahora cuando estelariza «El fugitivo»– porque nunca se publicó en el diario oficial la resolución de su cese, que es la condición para que cualquier norma tenga efecto; las Comisiones Ejecutivas del Ministerio Público y

misión investigadora del caso Kouri había aprobado por mayoría que fuera archivado, la Fiscalía archivó las acusaciones sobre los casos Kouri/Montesinos y del fraude de las firmas, y la Mesa Directiva se hizo ratificar con la complicidad candorosa de la oposición democrática que creyó, una vez más, en la palabra de los tráfugas y en sectores del oficialismo.

En todo este tiempo la oposición partidaria, tanto en la mesa de diálogo como en el Congreso, tuvo un comportamiento esencialmente reactivo. Los movimientos determinantes fueron siempre de los representantes del oficialismo, que dejaron a los voceros de los partidos democráticos en situación por demás desairada. Sus intentos por diferenciar a «duros» y «blandos»

cambios en la cúpula castrense, aunque marcadamente insuficientes en el caso del Ejército, iban en esa dirección y complementaban los acuerdos iniciales de la mesa de diálogo que apuntaban a destrabar la situación.

Aunque con dificultades y fragmentadamente, la sociedad también fue jugando su rol. La calle fue con cada vez mayor frecuencia el escenario de su ex-



La calle es cada vez más el escenario en que se expresa la sociedad, que no transige con la impunidad. Foto: CARETAS

dentro del régimen no les produjeron los más mínimos réditos.

El retorno de Montesinos y los hechos que se sucedieron posteriormente determinaron una intervención cada vez más directa de los Estados Unidos. El embajador americano presionó a un Fujimori cada vez más acorralado que se vio obligado a dar algunos pasos para intentar llegar al 28 de julio. Los

presión. La movilización de sectores de la población contra el régimen político en las principales ciudades del interior –Arequipa, Puno, Iquitos, Cusco, entre otras–, la actividad persistente de distintos colectivos de ciudadanos (Sociedad Civil, Mujeres por la Democracia, La Resistencia) y la protesta de los universitarios se fueron haciendo cotidianas. A ellas se sumaron distintas luchas secto-

riales ligadas a demandas particulares en un contexto económico que se agrava día a día. El Paro Agrario de inicios de octubre o las Jornadas de Lucha de la CGTP forman parte de las mismas y contribuyeron a erosionar la capacidad del régimen político. Los empresarios ya no fueron capaces de esconder su preocupación y de los murmullos de incomodidad, lentamente pasaron a expresar su malestar en voz cada vez más alta.

Por si fuera poco, el alzamiento del Comandante Humala, más allá del juicio que nos merece, demuestra las dificultades del arreglo institucional que se intenta realizar, especialmente en el Ejército. La reconsideración a su retiro injustificado planteada por el General Tafur desde Rusia es otra señal clara de que las turbulencias aún están lejos de terminar.

La oposición democrática, en este contexto, carece de instrumentos de presión mientras que la sociedad civil, prácticamente ausente del diálogo, no se siente cabalmente representada en un espacio en el que cada vez cree menos.

LA UNIDAD COMO LA ÚNICA ESTRATEGIA POSIBLE

La desarticulación entre la gente y la oposición democrática así como las debilidades de ambas, constituyeron hasta hace unos días parte de la fortaleza de un régimen político que se sentía con capacidad de imponer la impunidad que buscaba. Aislado internacionalmente, agobiado por la crisis económica, crecientemente censurado por la opinión pública, confiaba aún entonces en la manipulación que ejercía sobre las Fuerzas Armadas y su institucionalidad para crear las formas y los mecanismos que le permitieran mantenerse incluso más allá de las nuevas elecciones.

Esa posibilidad ya no existe hoy día. El presidente Fujimori ha terminado de perder toda credibilidad y se hace cada vez más imperativo definir las características del mandato para un gobierno de transición, así como el camino me-

nos traumático para garantizar su conformación. En este escenario, la oposición democrática tiene varios desafíos en el corto plazo. En principio, tiene que convencer a la opinión pública de su unidad y de su disposición a sacrificar sus pequeños intereses de grupo. Más allá de la unidad que dicen tener en el diálogo, deben demostrarla ante el país. En esa perspectiva, los partidos que participan en la mesa de diálogo están en la obligación de redefinir su estrategia y de precisar el sentido tanto de ese espacio –que creemos no debe abandonarse– como de su presencia en un Congreso absolutamente deslegitimado. Dicha estrategia, que debe tener como norte la constitución de un gobierno de transición y la realización de nuevas elecciones que permitan el inicio de la transición democrática sin condiciones de ningún tipo que demandamos los peruanos, tiene que articularse a la movilización directa de la gente que es la principal fuerza con la que se cuenta en esta coyuntura.

El tema de la reconciliación nacional debe abordarse de cara al país, una vez constituido un gobierno legítimo. Ese proceso habrá que hacerlo mirando la experiencia de otras sociedades que han vivido procesos similares, recordando que no hay reconciliación con impunidad, que la condición previa para ese proceso es la información y el conocimiento público de la verdad y la determinación de las culpas para su posterior reparación.

Hoy, se trata de crear las condiciones para que ese proceso sea posible. Se trata, por lo tanto, de terminar con un régimen político ya agotado. El ingeniero Fujimori, lo demuestran los sucesos de estos días, carece de la capacidad tanto para deshacerse de sus principales socios cuanto para controlar a su otrora poderoso «coro», que tiene que retirarse con él. Los partidos de oposición democrática, los movimientos sociales, las instituciones y los ciudadanos del país tenemos la responsabilidad de lograrlo. ■

CARETAS



«El ingeniero» es ahora el mango de una sartén en la que no cocina el resto del oficialismo.

LA INAGOTABLE CAJA CHINA DE FUJIMORI

HERNANDO BURGOS

A fines de octubre la estrella de Vamos Vecino parecía apagarse en el marco de una fallida lucha del absalonismo por la sucesión dentro del oficialismo.

Para los seguidores del ingeniero agrónomo Absalón Vásquez, las pugnas que los enfrentaban a Nueva Mayoría y Cambio 90 eran una expresión de la «lucha de clases» al interior del fujimorismo.

Según ellos, el enfrentamiento se daba entre los pobres y campesinos, supuestamente representados por el

«vamosvecinismo»; y los empresarios, defendidos por Nueva Mayoría y Cambio 90.

La versión de los hermanos enemigos de Vamos Vecino era distinta: acusaban al líder de esa agrupación de ambiciones políticas personales.

Lo cierto es que en vísperas de la última salida del Señor de los Milagros, el ingeniero Vásquez había perdido la confianza del ingeniero Fujimori. Al menos ese era el decir de Nueva Mayoría y Cambio 90.

En los últimos años Vamos Vecino representó la oportunidad de los ple-

beyos dentro del fujimorismo. Brindó a éste la ocasión de contar por primera vez con bases organizadas. Ofreció a aquéllos un lugar en la política —en el poder, en el Estado, en el goce y disfrute de los recursos—.

Constituyó también la ocasión organizada de los primeros tráfugas, esos que hace algunos años cambiaron la bandera roja de la izquierda por la enseña naranja del oficialismo o la estrella aprista por la yuca.

Hace once años nomás el fujimorismo no existía y los peruanos éramos pobres y honrados. Hoy sólo somos pobres.

Tampoco existía Fujimori. Políticamente hablando, claro. Por entonces su proyecto era personal. No incluía a otros personajes. No podía pretender mucho. Su entorno era casi inexistente y sus sueños eran más bien modestos: una curul en el Senado de la República.

Cambio 90 surgió como un grupo de cercanos amigos de Fujimori: unos cuantos ignorados profesores «molineros» y otros tantos desconocidos colaboradores de la universidad en la que había dictado clases durante más de 30 años.

Apareció apresuradamente y apuró el lanzamiento de una lista propia cuando el ingeniero no consiguió lugar en las listas que se presentaron a la contienda electoral de 1990.

Sólo después de su sorpresivo triunfo en abril de 1990, los raquíuticos locales de Cambio 90 se vieron de pronto inundados por gente que pedía incorporarse a la novedad política del momento.

El entusiasmo por la organización duró casi nada. El líder máximo tomó por sí y ante sí —es decir, como siempre— la decisión de despedir a Víctor Honma de la Secretaría General del partido. Éste volvió a ser el magma confuso e inorgánico de los inicios.

La gestión parlamentaria de Cambio 90 reflejó la improvisación con la que fue elaborada la lista al Congreso y el propio partido. Una representación más bien discreta, opaca, gris.

Por eso es que, sin prescindir de la medianía de Cambio 90, en 1992 el presidente agrupó a profesionales y tecnócratas en Nueva Mayoría. En adelante, lo más destacado de la bancada oficialista provendría de ese grupo.

Nueva Mayoría ha sido siempre, más que una organización, algo así como la corte ilustrada del Mikado. Es la casa de geishas que goza de las preferencias del presidente. Por ello mismo un grupo que desplazó a la gente de Cambio 90 del entorno palaciego y que mira a ésta por encima del hombro.

Pero también una corte sin bases, sin contacto con la gente, absolutamente alejada del trabajo de hormiga que es propio de la labor de organización partidaria.

En el fujimorismo, el «trabajo de bases» lo han hecho los organismos de asistencia social del Estado y las Fuerzas Armadas, particularmente el Ejército.

Unos y otros se han encargado del reparto de dádivas (y de amenazas) que han servido a la política clientelística del primer mandatario, a sus propósitos electorales. Asimismo, se han ocupado de los aspectos logísticos y propagandísticos. Durante mucho tiempo han suplido la organización partidaria que Fujimori siempre se resistió a construir.

Con Vamos Vecino el fujimorismo adquirió por primera vez forma orgánica, tuvo una maquinaria partidaria. Absalón Vásquez se constituyó en su *aparatchik*, en el manejador de la organización, el hombre del aparato, el conductor de la burocracia partidaria, la única realmente existente con la que ha contado el oficialismo.

Sin embargo, él y su creación resultaron una caja china, impredecible, que Fujimori no necesariamente controlaba. Con mayor razón en estos momentos de crisis.

Las cortesías de Vásquez con la oposición durante el debate de la moción de censura a la mesa directiva del Congreso fueron algo así como dejar una puerta abierta para eventuales conversaciones. Y como Fujimori no las tie-

ne todas consigo—y aparentemente lo ha apartado de su reino—, no se puede descartar que haga alianzas por fuera del fujimorismo. Con el APRA, por ejemplo, de la cual se apartó sin peleas. La tentación debe ser mucha, sobre todo ahora que la disputa con Cambio 90 y Nueva Mayoría es abierta.

Absalón Vásquez pertenece a aquella estirpe de «cholos pendejos» a la que algunos años atrás se refiriera Eduardo Bueno León¹ al hablar de la militancia aprista.

De origen humilde—hecho que suele subrayar cada vez que puede—, Absalón Vásquez se formó políticamente en el APRA. Allí aprendió la importancia que tiene la organización, tanto para los fines del partido como para los de la lucha interna por el poder. De allí también trajo el discurso populista, el verbo «social», la retórica que opondrá—sólo en las frases—a «pobres» contra «ricos».

Durante el gobierno de Alan García llegó hasta el viceministerio de Agricultura. Luego se enroló como servidor del régimen de Fujimori, a quien conocía desde la Universidad Agraria de La Molina, donde también fue docente. Silenciosamente se hizo de un lugar en el entorno de éste hasta convertirse en su asesor.

Discretamente también se aprovechando el aparato del Estado para construir una organización. Desde la posición privilegiada que ocupa como asesor presidencial—y en algún momento como ministro de Agricultura—, fue construyendo una red personal de influencias y lealtades dentro del organigrama estatal. Pudo así colocar a hombres de confianza en puestos claves y cooptar a otros.

Vásquez se dio cuenta rápidamente del déficit organizativo del fujimorismo. En ese estado de cosas él podía exhibir como capital político los viejos contactos, las amistades en los desarticulados niveles intermedios y bases del viejo partido del que proviene.

Él abrió el espacio del Estado y de la política a esos dirigentes medios que de otro modo languidecían junto con

el aprismo: María Jesús Espinoza, Alberto Kitazono—secretario nacional de organización del PAP—, Migdonio Bellota.

Esa fue la oportunidad que también vieron algunos otros: los de la vertiente de una casi desaparecida izquierda, que se habían quedado sin liderazgo tras la liquidación de sus gremios y organismos partidarios. Fue la ocasión para personajes como Martha Moyano, Adolfo Ocampo y Luis Iparraguirre.

A todos ellos los dotó de una organización, Vamos Vecino, que se constituyó en la primera fuerza política organizada en las elecciones vecinales de 1999 y en puntal de la alianza oficialista para las últimas elecciones generales.

A todos ellos les dio un lugar donde el proyecto personal, desprovisto ya de la ideología que le servía de excusa, podía desarrollarse bajo el paraguas de los recursos del Estado.

Vamos Vecino fue la forma organizada de la base social del fujimorismo. Éste la reclutó entre quienes viven la diaria angustia de la supervivencia que las propias políticas del régimen provocaron en esta década. Para ellos tuvo una respuesta efectista: el menú de a sol en el comedor popular, el polo o el almanaque con el rostro de su excelencia, la obra pública que llena los ojos.

Sus cuadros intermedios se repletaron con otro tipo de interesados en la supervivencia, en este caso política: ex dirigentes políticos y gremiales que querían seguir siéndolo sin importar ya el color de la bandera a la que seguían. Más allá de ésta estaba la promesa del ansiado lugar en la planilla estatal, las sinecuras propias del puesto de confianza en el aparato público.

En la escala más alta, la de los dirigentes y representantes, estaban los «técnicos», que como los del resto del fujimorismo resultaron ser unos políticos capaces de los peores vicios de la política tradicional.

1 Bueno León, Eduardo: «¿Qué es el APRA... ahora?» Quehacer N° 91, setiembre-octubre de 1994.

En ese pragmatismo espontáneo que atraviesa todos los escalones del fujimorismo, desde la cabeza hasta la base, no caben lealtades políticas más o menos duraderas ni adhesiones sustentadas en principios y programas. Sólo hechos y no palabras.

Durante muchos años el presidente llenó sus mítines con masas de alquiler, con multitudinarios entusiasmos pa-

realizado en señales políticas hacia adentro y hacia afuera del fujimorismo.

El grupo de Absalón Vásquez se ha acercado al «montesinismo»: al ministro Carlos Boloña y a los parlamentarios fieles al ahora clandestino asesor presidencial.

Hacia el exterior, tanto Vamos Vecino, de un lado, como Nueva Mayoría y Cambio 90, de otro, han entonado can-



CARETAS

El partido está para cualquiera: ex apristas como María Jesús Espinoza y ex comunistas como Anselmo Revilla hacen caja con el fujimorismo.

gados con la ración otorgada por el Estado. En la soberbia de su inconstitucional tercer mandato quiso también forzar una mayoría parlamentaria con la adhesión asalariada de gentes como Alberto Kouri. Y eso precipitó el desmoronamiento del régimen.

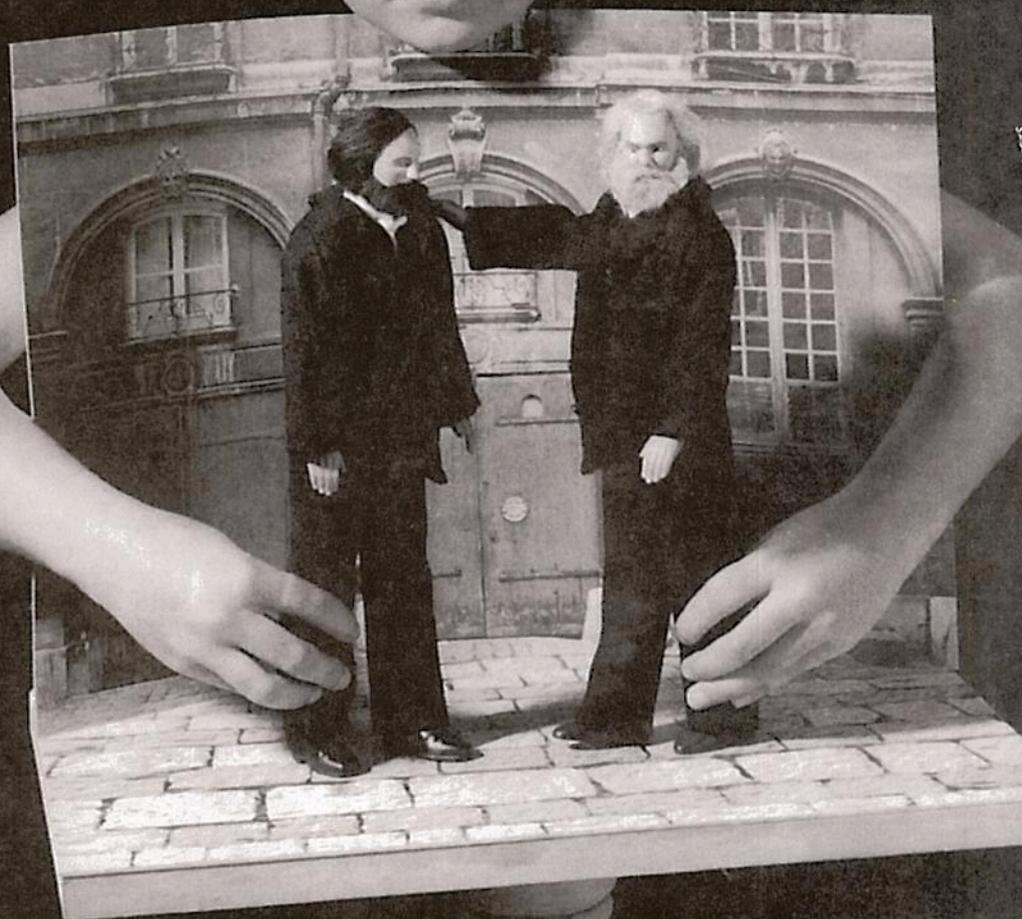
Ahora, en plena caída, los partidos de ocasión que él alentó o apadrinó buscan la forma de salir lo mejor posible de la crisis. Y lo hacen en medio de disputas por un espacio que se les hace cada vez más estrecho y en el que ya no caben todos.

Las diferencias no sólo se han hecho públicas sino que también se han mate-

tos de sirena que han desconcertado a una parte de la oposición.

En el lío callejero que protagonizan, se han lanzado mutuas acusaciones y amenazas de censuras e investigaciones.

¿Ruptura irreversible, como ha dicho Martha Chávez, de Nueva Mayoría? Habría que ver. Hay otros «mayoristas» y «cambistas» que no son tan extremistas como ella y creen posible un arreglo. ¿Por qué no? Después de todo, tienen muchas cosas que cuidar, sobre todo de no prender un ventilador que en algún momento gire contra quien lo encienda. ■



*¡La izquierda ha muerto!
¡Viva la izquierda!*

Para demasiada gente los comunistas, los izquierdistas, los socialistas, los senderistas, los terroristas, son la misma cosa. Gente que da miedo porque mete chongo, busca revoluciones, arma paros, fomenta huelgas, les gusta el lío. Son gente resentida: todo lo ven lucha de clases, conflicto, confrontación, enfrentamiento. En el mejor de los casos son idealistas, personas que actúan guiados por valores e ideales que no pertenecerían al reino de este mundo. Más bien, en ese sentido tendrían una actitud religiosa, consideran que sus vidas son puentes que conducen a una siempre futura sociedad más justa, más humana.

*A raíz de la caída del Muro de Berlín se les dio por muertos. Eran cadáveres exquisitos, pero cadáveres. América Latina —pródiga en revueltas, revoluciones, guerrillas y lamentables sectas terroristas— entró en coma mental y aceptó pasivamente las recetas del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional. Se liberalizó, se puso en onda, **light** e iluminada. Todos los que antes fueron izquierdistas, se convirtieron en verdaderos idiotas. Incluso, en ciertos momentos, a los opositores en general, por el simple hecho de serlo, se les llamó terroristas.*

Nadie duda que Sendero Luminoso maleó a la izquierda, la arrinconó y terminó por sacarla del mapa. Nadie duda, tampoco, que Sendero Luminoso ha sido funcional a los diez años del fujimorismo, régimen que se ufana no sólo de haberlo derrotado, sino de fomentar una manipulada presencia con el propósito de fortalecer una imagen implacable ante cualquier intento opositor.

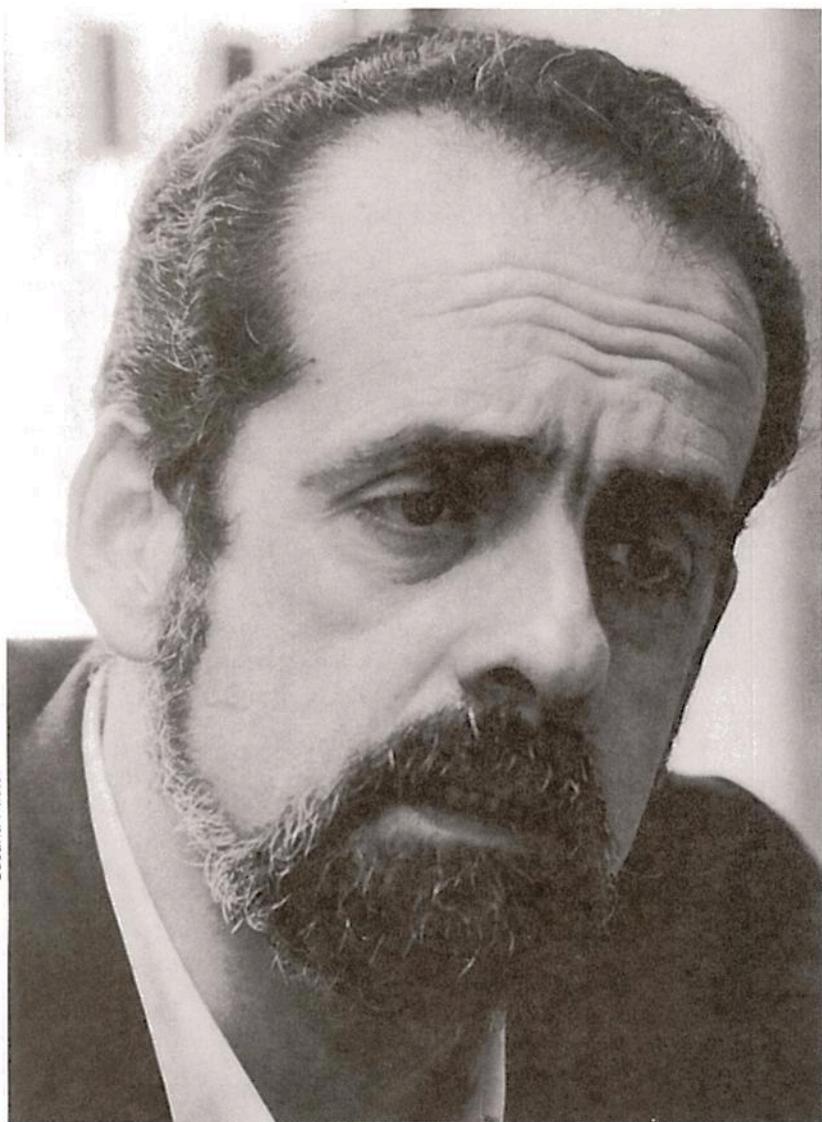
La vieja derecha se ha reciclado con astucia bajo el nombre de economía de mercado y liberalismo. En lo político, más bien, resulta básicamente nacionalista. La izquierda se ha «quedado» en ese sentido; ya es simplemente «izquierdosa». Gente anquilosada que funciona bajo paradigmas obsoletos. En la campaña de 1990 representó, para el candidato Vargas Llosa, lo reaccionario, lo que se oponía al cambio.

*Los tiempos empiezan a cambiar y todo parece indicar que la izquierda vuelve a resurgir de sus cenizas, pero con otra pinta, otro lenguaje, otras ideas y conductas. Veamos la verdad de tanta belleza. (Foto página opuesta: Geof Kern, **When Engels met Marx**).*

LA VIDA EXAGERADA DE JAVIER DIEZ CANSECO

UNA ENTREVISTA DE CARLOS REYNA, HERNANDO BURGOS Y
ABELARDO SÁNCHEZ LEÓN

Susana Pastor





Puedes explicarnos qué es el Foro de Sao Paulo?

– Yo he sido parte del Comité Coordinador del Foro de Sao Paulo, una agrupación de fuerzas políticas de izquierda, progresistas y democráticas latinoamericanas. Nació hace cerca de diez años y ha desarrollado reuniones anuales de discusión abierta sobre los problemas de la izquierda, sus opciones y alternativas en el contexto mundial actual, pero referido específicamente a América Latina. En el Foro están presentes fuerzas que hoy son primeras fuerzas políticas en su país. Me refiero, por ejemplo, al Frente Amplio de Uruguay, que ganó la primera vuelta presidencial, al Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional de El Salvador, que ganó las recientes elecciones legislativas, al Frente Sandinista de Liberación Nacional, que ha sido gobierno y que se apresta a asumir el gobierno municipal en Managua en las elecciones a realizarse dentro de muy poco. Me refiero a fuerzas de gran significación política, como es el PT, Partido de los Trabajadores del Brasil, que ha competido por la cabeza de gobierno en Brasil en diferentes oportunidades y tiene un gran peso y control de gobiernos regionales y, por supuesto, está el Partido Comunista de Cuba. Entre las fuerzas que están participando ahora en el Foro de Venezuela está el partido de Hugo Chávez, entre otros. Y entre las fuerzas colombianas presentes participan también las organizaciones que están en lucha armada en Colombia junto a organizaciones que operan en la acción o la lucha política. Es un espectro bastante amplio de fuerzas.

– **El Foro nace como un grupo de orientación socialista.**

– No sólo participan fuerzas socialistas. Participan, por ejemplo, el PRD

mexicano, sectores vinculados al Frepaso en la Argentina y participan o han participado en algún momento las corrientes bolivianas que tampoco se identifican con una propuesta de carácter socialista. El Foro es un espacio que incluye a los socialistas, pero que va más allá de los socialistas.

– **Hay dos fuerzas en el Foro que han sido cuestionadas a nivel internacional: las FARC y el gobierno de Hugo Chávez. ¿No resultan incómodas esas presencias en el Foro?**

– El Foro es un espacio plural que recoge diversas experiencias y las lleva a discusión. El Foro no es una Internacional que agrupa con una sola lógica al conjunto de fuerzas que hay adentro. En el caso de Venezuela yo creo que uno puede discrepar con cantidad de cosas de Hugo Chávez, pero difícilmente puede calificar a ese gobierno de antidemocrático; un gobierno que ha sido sometido, si no me equivoco, a cuatro o cinco procesos de elecciones continuas y no ha habido los fenómenos que se han producido en el Perú, de manipulación de la autoridad electoral y de cuestionamiento a la forma como se ha producido este proceso. Me parece más o menos evidente que Chávez es en gran parte hijo de la crisis de los partidos venezolanos, de los niveles de deterioro que ha tenido la representación política de Venezuela por la corrupción escandalosa y por la inoperancia en la relación y representación con la gente. Es una experiencia que a mí me parece particularmente interesante. Y cuando nosotros nos hemos encontrado con ellos, también hemos confrontado la posición de Chávez respecto de Fujimori y la forma como ha actuado Chávez al avalar y respaldar a Fujimori en el Perú. En el caso de las FARC ocurre lo mismo. Hay fuerzas

políticas en el Foro que no sólo no están comprometidas con una acción armada, sino que a su vez discrepan del desarrollo de una opción armada como forma de lucha por el poder. Pero evidentemente la realidad latinoamericana es la que es y las FARC son un contingente y una presencia política en Colombia que tiene un planteamiento de cambio y que está abierta a un proceso de negociación. El Foro ve con extraordinaria preocupación el problema del Plan Colombia y lo que es una intervención directa norteamericana, que puede constituir un foco que se expanda en América del Sur, y que ya se está expandiendo en varios sentidos. Los ecuatorianos han entregado una base militar en Mantas.

– Este conjunto de experiencias significa una redefinición de lo que es ser izquierdista.

– Yo creo que la izquierda latinoamericana tiene hoy planteadas sus opciones políticas alrededor de algunos puntos ejes. En primer lugar, creo, el tema de la lucha por sociedades auténticamente democráticas, que rompan con modelos económicos, sociales y políticos excluyentes. Creo que la izquierda hoy en América Latina es una corriente que tiene un sello claramente democrático. Y dentro de lo democrático se plantea el tema de lo que podemos llamar democracia participativa; es decir, de ir más allá de la democracia representativa. En segundo lugar, creo que las fuerzas de izquierda se han planteado en América Latina una lucha que ha tenido como eje la confrontación con el modelo neoliberal y la búsqueda de alternativas al proyecto económico neoliberal.

– Hasta el 80 se decía que el Perú tenía una izquierda organizada y una base social amplia. ¿Cómo colapsó? ¿Cómo así en diez años esa organización de izquierda se convirtió en una de ahorados individualistas, y reaccionarios, además?

– Es un tema central. Desde mi punto de vista el colapso de Izquierda Unida tiene que ver con varios factores.

Primero, con una ausencia de valoración elemental por las propias fuerzas integrantes de Izquierda Unida, de la significación estratégica y política de la unidad, y con el peso enorme que me parece a mí tuvo al interior de Izquierda Unida el sectarismo político y la concepción hegemónica que derivaba de concepciones ideológicas que se consideraban dueñas de la ciencia y de la verdad, y que por lo tanto pretendían imponerle a los otros una concepción, o aceptaban un acompañamiento temporal de los otros como compañeros de viaje que eran eliminados luego en el camino. En segundo lugar, creo que Izquierda Unida perdió, en términos de perspectiva, la opción de convertirse en un movimiento político-cultural. Abandonó la formación ideológica, la formación de nuevos líderes, la discusión de los problemas y las propuestas en el país, y se concentró en la tarea de ocupar espacios en el Estado: en el Congreso, en el Municipio, en las regiones. En tercer lugar, creo que la izquierda cometió un error importante en su manejo de los espacios del Estado, porque si bien su presencia apuntaba a introducir en ellos la preocupación por los sectores populares, por los desposeídos de la sociedad, los métodos que utilizó fueron los más tradicionales; es decir, gobernó con los estilos y la metodología que la vida política tradicional del Perú impuso. Dejaron de caminar con intensidad la calle, abandonaron tareas de construcción de la organización social de base y se perdió una dinámica entre la representación y la base social que, sin duda, me parece a mí, golpeó muy duramente.

Por otro lado, creo que Izquierda Unida fue duramente afectada por el desarrollo de la acción senderista y la acción contrainsurgente del Estado. La izquierda se encontró en una situación de sandwich entre ambos. Esto le quitó ámbitos de acción; por lo pronto la sacó de importantes lugares del campo y le impidió hacer política en ese terreno. Obviamente, ese proceso de violencia

interna combinado con la crisis económica que sacudió al país descompuso el tejido social brutalmente y la izquierda no supo cómo preservar y conservar esas estructuras de organización que constituyeron su base fundamental. Y digo que no supo porque la experiencia latinoamericana ha demostrado que en medio de condiciones de tremenda vio-

en El Salvador. De hecho participaron, y en algún momento, aliados a la Democracia Cristiana, ganaron las elecciones, pero les impidieron llegar al gobierno e impusieron dictaduras militares sangrientas que arrasaron con derechos democráticos, políticos y civiles elementales. Entonces, en determinados puntos de América Latina la



Susana Pastor

«Yo no me imagino un gobierno de izquierda con un aparato militar como el que rige hoy bajo control de Montesinos y Fujimori.»

lencia es posible preservar fuerzas sociales y políticas organizadas.

—¿Cómo debería ser el desenvolvimiento de la izquierda dentro de marcos institucionales y democráticos?

—La primera cosa que hay que plantearse es si la izquierda tenía dificultades para integrarse a espacios democráticos o si enfrentaba en América Latina la exclusión de determinados espacios políticos y tuvo que dar durante largo tiempo una batalla por desarrollar su acción en un espacio democrático. Los casos más notorios para mí son los centroamericanos. Por ejemplo, no es que las fuerzas que están en el FMLN no quisieran participar en elecciones

izquierda ha dado una batalla por abrirse espacios en la escena política y por democratizar el país desde una opción extralegal, fuera de la legalidad. En otras experiencias, la chilena fue la más notoria: la izquierda da una batalla desde la legalidad y cuando desde el desarrollo de esos espacios logra conquistar el gobierno es confrontada con una resistencia brutal de la derecha y de los norteamericanos en general, que trae abajo al gobierno de Allende con un sanginario golpe militar. Me parece incorrecto decir que lo que ocurría con la izquierda es que no quería desarrollar trabajo en el espacio democrático. Creo que en gran parte de América





¿Un revival de la izquierda? Javier Diez Canseco está convencido de que no pueden participar en el Mundial del 2002 con la selección del 70.

(Foto de Carlos Domínguez, Casona de San Marcos, Lima, 1978). Entre otros, de izquierda a derecha: Víctor Cuadros, Agustín «Cucho» Haya, Hipólito Henríquez, Antonio Meza Cuadra, Roger Cáceres Velásquez, Manuel Dammert, Paco Moncloa, Jorge del Prado, Eduardo Figari, «Cochero» Fernández, Genaro Ledesma, Magda Benavides y «Manano» Benza.

Latina lo que pasaba es que le estaba negado ese espacio no sólo a la izquierda, sino a un conjunto de sectores sociales que la izquierda representaba.

– Quizá hay un problema de adaptación a la democracia, que no tiene que ver sólo con el adversario sino con discursos radicales y moderados que se enfrentan a sí mismos dentro del espacio democrático. Izquierda Unida fue un ejemplo de ello.

– Gran parte de la izquierda peruana es una izquierda de origen marxista leninista y con una lectura del marxismo leninismo bastante rígida, diría yo, que alienta una concepción que en mi opinión es una raíz fundamental del problema. Concepción sectaria, por un lado, y hegemónica, por otro lado, que alienta también una sensación de permanente desconfianza en las relaciones políticas que se establecen entre las fuerzas, porque saben que son compañeros de ruta temporales a quien separan diferencias fundamentales. Yo creo que eso ha alentado y justificado un proceso tremendamente dañino de divisionismo en el seno de las fuerzas de izquierda.

– El 90 es un año crucial. La izquierda crea un nuevo caudillo –Fujimori– y surge una nueva clase política de dudoso actuar. Fujimori cosecha sin mayor trámite lo que la izquierda sembró. ¿Qué piensas?

– Yo creo que el 90 es efectivamente un año clave, pero es expresión de una crisis que ya estaba en curso. La crisis abierta del sistema de partidos, y entre ellos de la izquierda, era ya notoria. Pienso que la izquierda venía ya de dilapidar su presencia y su peso político por la forma como se había vinculado una parte importante de la izquierda con el régimen de Alan García. Pagábamos la factura de la brutal debacle económica y moral en la que se encontraba el país en ese momento. La izquierda opta en el 90 por dar un voto por Fujimori en la segunda vuelta contra Vargas Llosa, que sustentaba abiertamente un esquema y un modelo económico neoliberal, de un liberalismo

brutal, salvaje. Creo que en esta opción la izquierda jugó en una lógica que a mí me parecía bastante simple y por eso equivocada. Era la lógica de limitarse a un voto en contra de Vargas Llosa y creer que como Fujimori no tenía partido y no tenía estructura, podía ser influido en su gestión de gobierno y que se podría lograr compromisos con él para aplicar una política no neoliberal que defendiera determinados espacios y derechos sociales, económicos y políticos. Y yo pienso que hubo ahí un grave error. En mi partido yo voté en contra del voto por Fujimori en la segunda vuelta y planteé la necesidad de tener una política de voto en blanco frente a estas opciones, porque pensaba que no teníamos, en la debilidad y en la crisis que ya confrontábamos, los elementos suficientes para garantizar que una presión sobre Fujimori permitiese una orientación determinada, y que Fujimori iba a terminar siendo capturado por los actores reales del poder político y económico del país. Y yo creo que lo que ocurrió con Fujimori fue eso, que terminó transando con los factores reales del poder más articulado en el país. Con el capital financiero y con el poder militar. Hoy ya la historia revela cuán tempranamente habían tomado contacto con él los aparatos de Inteligencia, Montesinos y compañía, y cómo tuvieron un papel sustancial en ese terreno.

– ¿Por qué tendría que tener la democracia peruana un partido de izquierda? ¿Qué le aportaría al país? ¿Hay alternativas desde la izquierda?

– Yo creo que hay alternativas y que la izquierda aporta notoriamente a la democracia peruana en propuestas muy concretas. Gran parte del país está luchando, y se encuentra movilizada en una batalla por la democratización, por terminar con un régimen autoritario, extraordinariamente corrupto, centralista, prepotente y abusivo. Creo que en esa batalla la izquierda tiene que aportar la concepción de que la democracia que queremos construir en el Perú no es

el retorno a una vieja democracia representativa, altamente burocratizada y con una capa política y estructuras políticas alejadas de los intereses, del quehacer y el control de la gente. La izquierda aporta a la lucha política hoy en el Perú la concepción de una democracia participativa, caracterizada por el ejercicio de formas de democracia directa, de revocatoria de autoridades elegidas que incumplen, de derecho de iniciativa de los ciudadanos para imponer normas en los municipios, en los gobiernos regionales o ante el Congreso Nacional, de vigencia de mecanismos como el referéndum para la consulta de normas que afectan a la vida de la gente, de obligación de las autoridades de hacer una rendición de cuentas de su gestión. La izquierda aporta una propuesta de construcción de ciudadanía en un país que no es de ciudadanos, donde la autoridad no emana del poder de la gente y no está sujeta al control de la gente. La izquierda tiene mucho que aportar en el esfuerzo por reconstruir la organización social, que es una de las herramientas fundamentales para ejercer la democracia en el país; un país donde las autoridades se relacionen con un pueblo articulado, organizado, que está informado, que discute problemas y que tiene respuestas frente a los problemas y está en condiciones de tratarlas con las autoridades. Creo que, además, la izquierda aporta a la democracia peruana una concepción que cambia su visión anterior. Antes, la izquierda se asentaba exclusivamente en las clases trabajadoras, entre obreros, empleados y sectores de trabajadores del campo, básicamente campesinos y comunidades. Pero hoy la izquierda se plantea y tiene que plantearse la forma de asentarse también en sectores de pequeños y medianos productores de empresas, en sectores de consumidores, en movimientos que no son de clase, como por ejemplo los movimientos de lucha por la igualdad de género y de oportunidades de mujeres, en los movimientos juveniles, en los movimien-

tos étnicos, por el reconocimiento de la pluralidad étnica y cultural en el país. Tiene que plantearse problemas que la izquierda abandonó durante mucho tiempo, que el mismo marxismo prácticamente no encaró, como el tema ecológico.

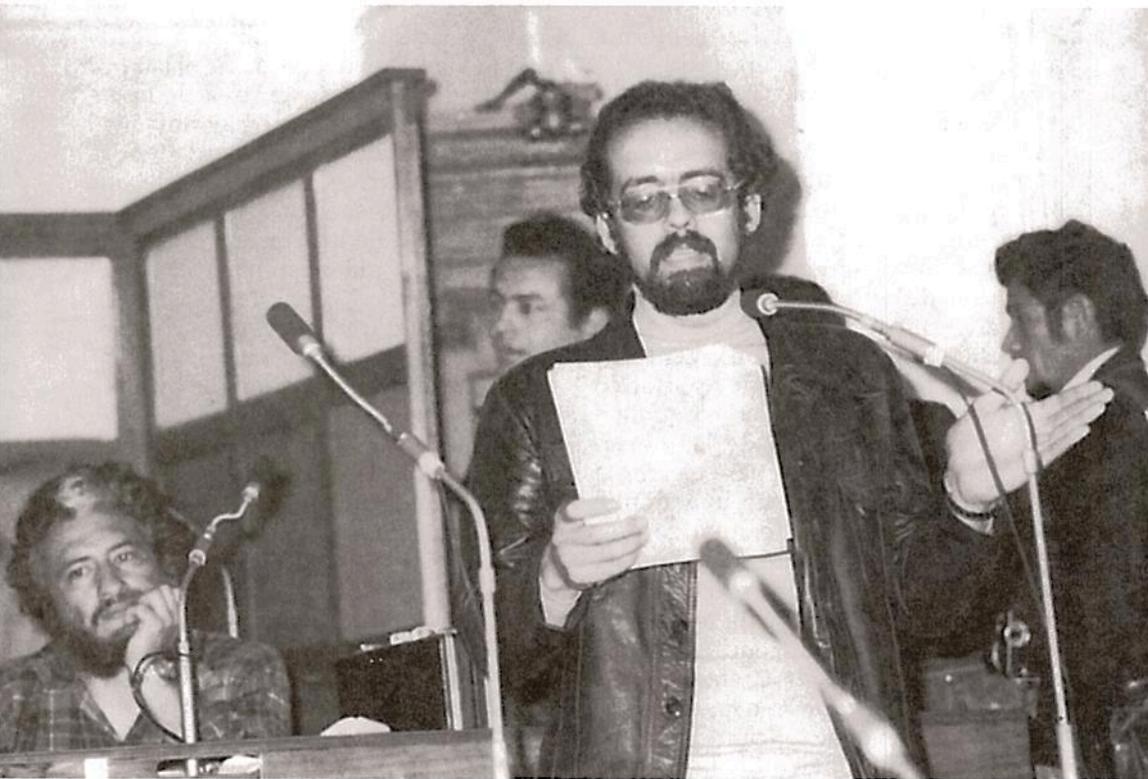
- La izquierda no tiene una formación de gobierno, como la derecha. La derecha ha sido educada para gobernar, la izquierda ha sido educada para joder.

- Yo creo que un gobierno de izquierda en el Perú tendrá que pasar por una modificación sustantiva de la correlación de fuerzas que hay hoy en el Perú. Un gobierno de izquierda tendrá que proponer, como parte de los correlatos en la sociedad, una evidente reorientación de las concepciones que priman por lo menos en sectores del aparato militar. Yo no me imagino un gobierno de izquierda con un aparato militar como el que rige hoy bajo control de Montesinos y Fujimori; no me imagino un gobierno de izquierda con una concepción totalmente conservadora en núcleos centrales de la Iglesia. Yo creo que el crecimiento de una opción de izquierda implicaría, en el desarrollo mismo de esta opción, un cambio en el sentido común de importantes porciones de la sociedad. Por lo tanto, no me imaginaría un gobierno de izquierda en el contexto inmediato. Me imagino que el crecimiento de una opción de izquierda tendrá que inducir también a un cambio entre núcleos empresariales del país, porque evidentemente un gobierno de izquierda tendría que tener relación con núcleos empresariales y tener una propuesta frente al aparato productivo, que tiene un importantísimo peso -sobre todo ahora- de carácter privado. Y la izquierda tendrá que plantearle a esos núcleos empresariales una suerte de nuevo contrato social productivo con sus trabajadores. Es decir, tendrá que plantear a los empresarios una lógica por la cual hay que apostar por el país. El Estado deberá asociarse a esa apues-

ta, darle garantías, oportunidades de rentabilidad, pero los empresarios tendrán a su vez que compartir utilidades y condiciones con los trabajadores y con los consumidores en ese proyecto. Yo creo que eso implica cambios de fondo. Lo mismo tendría que ocurrir con la fuerza armada.

A lo que voy es que no podemos plantearnos una opción de izquierda que por un pragmatismo hiperrealista

ciado una conversación con sectores políticos tales como el Partido Comunista Peruano, el Partido Unificado Mariateguista; movimientos como el que representa el Colectivo Amauta de jóvenes y profesores universitarios predominantemente de San Marcos, aunque con redes en otros lugares; movimientos conales de Lima, como sería el movimiento que le llaman de las tres «D»: Democracia, Descentralización y



«La pena más grande para mí fue la debacle del ARI en 1980... Sí, esa noche lloré y fue un impacto terrible.»

se proponga una transacción de borrón y cuenta nueva con lo que ha sido el régimen de Fujimori, tal como están postulando determinados sectores de la oposición democrática hoy en el Perú.

– ¿Cuál sería el rol de la generación del setenta en el *revival* de la izquierda?

– Varios de la generación del setenta hemos iniciado un proceso de reagrupamiento de la izquierda y de una opción progresista en el país. Hemos ini-

Desarrollo, que tiene su sede básicamente en el cono norte de Lima; movimientos como el que representa Nuevo Milenio, gente proveniente de izquierda que impulsa una acción en el campo de la lucha ecológica vinculada a la lucha económica, política y social; movimientos de jóvenes como los que hay en La Católica y otras universidades integradas a este proceso; contingentes que participaron activamente en

el referéndum impulsado por el Foro Democrático, que desde un espacio en Lima inicia una concertación de fuerzas buscando generar un referente político de corte progresista de izquierda, con un horizonte socialista, humanista, democrático-participativo, que tenga un rol en la lucha política hacia adelante. Sin embargo, yo estoy absolutamente convencido de que no podemos participar en el Mundial 2002 con la selección del setenta y, por lo tanto, creo que hay que cumplir una función central en el esfuerzo de renovar la representación de la izquierda; tener una representación intergeneracional, que me parece es central, pero también tener una modificación, como hemos sostenido, de contenidos y propuestas que impliquen cambios sustantivos. No se trata de presentar una reedición de Izquierda Unida, sino de presentar un proyecto que tenga diferencias y que supere lo que fue esa experiencia. Lo que se está planteando no es un frente de organizaciones de izquierda, sino es el afán de crear un referente o una organización política única y unitaria, y no una alianza de diferentes organizaciones que se repartan cuotas de poder entre ellas. Este referente político no pretendería tener una ideología única que tiña al conjunto de sus participantes, sino aceptar y respetar una pluralidad de vertientes ideológicas que aporten a una propuesta programática que sí debe tener el movimiento, y a un ideario. Creo que este movimiento tendrá, además, otra variante importante en la concepción de que es un movimiento descentralista y descentralizado y, por lo tanto, no pretende tener una conducción limeña. Creo que el movimiento deberá plantearse como un componente fundamental, junto al de ser un movimiento político-cultural, que cambie el sentido común de las cosas y no simplemente un aparato electoral para capturar porciones del poder y de la administración del Estado. Tendrá que plantearse que su metodología política tiene que cambiar el manejo de

los espacios del Estado en los que tenga presencia. Yo creo que la izquierda sí ha tenido experiencias de gobierno parciales y limitadas, pero ha tenido experiencias de gobierno.

– ¿Cuál es tu proyecto personal en este asunto de la nueva izquierda? ¿Te ves más como un anunciador, un predicador, un propagandista que como un dirigente formal, un representante, un Secretario General?

– Creo que sí. En general lo que yo quiero ser es un motivador. Hay aportes nuevos y gentes nuevas en este proceso, y creo que soy de alguna manera un buen vínculo con sectores nuevos, pero a la vez plenamente consciente de que aquí tiene que abrirse un proceso de renovación notorio de quienes ejercen la función de representación política en el país. Mi centro de atención hoy sería bastante distinto de un espacio como el del Congreso o Parlamento y de ejercer una función de control y fiscalización en ese terreno. A estas alturas de mi vida me siento mucho más interesado por funciones de otro tipo, por funciones de tipo ejecutivo, donde se pueda hacer cosas: llevar a la práctica ideas y no solamente discutir las y confrontarlas en las votaciones parlamentarias.

– Tengo entendido que en algún momento pensaste en la posibilidad de estudiar en el extranjero.

– Yo tengo una aceptación de la Escuela de Gobierno de la John F. Kennedy, de Harvard; lo que no tengo es la plata, la beca para pagar el curso, pero he sido aceptado habiendo postulado a ella. He sido aceptado también para participar en un proceso similar en la Escuela de Leyes de Harvard. Y sí, efectivamente, yo tengo a estas alturas casi 32 años de ejercicio de funciones políticas continuas. Desde ser Secretario General del Centro de Estudiantes, Secretario General de la Federación, responsable de comités locales y regionales de Vanguardia Revolucionaria, responsable de la UDP, Secretario General del PUM....

- ¿A qué edad fue tu primera reunión de célula?

- Uf, mi primera reunión de célula fue hace como 34 años...a los 18 años.

- Me acuerdo cuando vendiste tu Mustang.

- No era un Mustang, era un Chevrolet.

- Un Chevrolet enorme con el que ibas a la universidad.

- Es que yo no me deshice de un vehículo; en realidad lo que hice en esas circunstancias fue romper un lazo, una relación material y política con un medio. Yo lo que hice fue irme de mi casa, y cuando me fui devolví el auto, el reloj; devolví todo lo que tenía. Me fui con un maletín a vivir primero en la casa de unos amigos, los hermanos de Foucault, en San Martín de Porras, y luego a una pensión en Petit Thouars. Lo que ocurrió fue en ese momento para mí una fractura muy dura, personal. Y fue producto de la necesidad también de hacer coherente una opción política con una opción de vida, que evidentemente me llevó a cambios muy profundos. A partir de ese proceso, yo adopté una posición de militancia política y vinculación con la política bastante más integral, prácticamente absorbió el conjunto de mis actividades. Desde ese momento también casi dejé lo que para mí era una pasión en un momento determinado, tuve una relación con la literatura y con el cine, y con la canción....

- ¿Cantabas?

- Bueno, yo he cantado de todo, pero sobre todo música criolla. En el colegio mismo he sido parte de un conjunto musical con Jean Pierre Magnet, que es el único conocido en el ámbito de la música, pero estaba también Brany Zavala, que ahora conduce Radio Mar.

- Tú te fuiste, pero no rompiste con tu familia.

- Sí, rompí. En ese período rompí, fue un período muy duro.

- ¿Y era un paso necesario?

- Retomé esa relación relativamente rápido, en un proceso que fue muy

doloroso, pero que abrió una relación extraordinaria que yo tengo con mi padre hoy día, con quien hemos tenido diferencias políticas enormes, como las que puede haber entre un hombre cuya formación es la de haber sido un autodidacta, pero que terminó siendo gerente del banco más importante del país y de alguien que tenía como joven una opción de izquierda radical. He retomado una relación humana y personal extraordinaria, de mucho respeto. Sin embargo, por ejemplo, te diré que durante largos años, con excepción de mi papá, ninguno de mi familia votaba por mí. Eran opciones orientadas hacia el PPC, o hacia Vargas Llosa.

- Dejaste de ir a lugares que la burguesía frecuentaba. ¿Qué recuerdo tienes de Ancón?

- No fui durante 29 años a ninguna reunión del colegio, ni me vi con nadie. Fui a los 30 años de la promoción a una fiesta del colegio y fue una experiencia realmente extraordinaria retomar el vínculo personal y humano con amigos de la época, recordar cosas y también confrontar los prejuicios que cada cual tiene, las imágenes que cada cual se construye. A Ancón nunca he regresado. Hace 33 años que no voy y no sé cómo es ahora...

- ¿Reemplazaste a esos amigos del colegio Santa María?

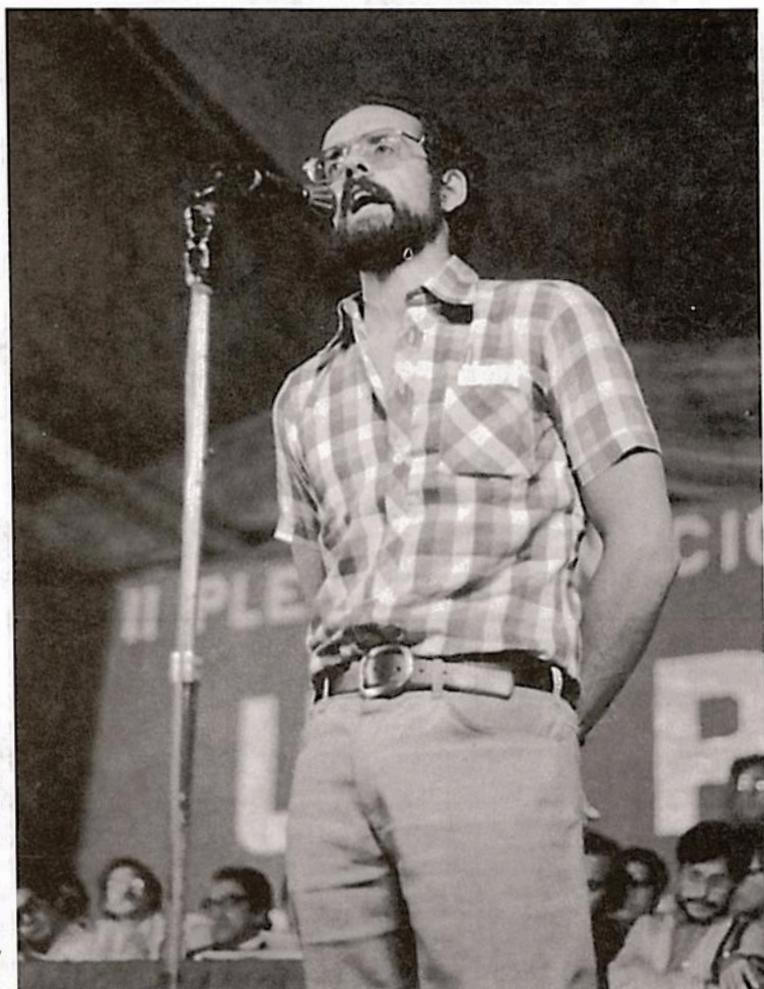
- Era una reacción esencialmente política. Yo no soy una persona de muchos amigos; algunos sí, pero no soy de muchos amigos. Además tiendo a tener una actitud más receptiva que expresiva. No tiendo a tratar mis problemas. Soy en ese sentido una persona bastante introvertida y parca, tiendo a escuchar más.

- Nunca has ido al psicoanalista...

- Pero el psicoanalista no es tu amigo.

- ¿Pero has ido al psicoanalista?

- Alguna vez he ido, sí. El primer psicoanalista que vi fue Roberto Criado, que era el psicoanalista del Servicio Universitario. Cuando entrábamos en pugna con las familias y se desataban las crisis con los padres, entonces ahí se abría un primer vínculo con el



Archivo OH

Pudo haber sido cantante de música criolla. En el colegio Santa María formó parte de un conjunto musical con Jean Pierre Magnet y Brany Zavala.

psicoanálisis. Para mí no muy exitoso, porque la recomendación era: «no te metas en problemas, no hagas líos por gusto con los padres». En mi caso no funcionó.

Para mí, la política se convirtió en un asunto de todo el día, de pensar todo el día en la política, de moverse todo el día en el medio político, de discutir todo el día de política.

– ¿Y el amor? ¿Te enamorabas? ¿Estabas templado?

– Sí, yo tuve una larguísima relación que provino de Ancón. Desde el fin de la época escolar, y que se prolongó luego en lo que fue mi primer matrimonio y mis hijos

– ¿Y le dabas tiempo?

– Le daba muy poco tiempo, fue muy maltratado por la vida política.

– Una renuncia a la afectividad

– Sí, claro. Creo que ése era uno de los patrones de conducta; no se hacía política desde la vida cotidiana, sino que se anulaba la problemática cotidiana para imponer una dinámica política alrededor de los problemas macro, de los problemas nacionales, que justificaba el abandono de lo personal. A mis hijos los veía poco, obviamente, como era típico en esa época; estaban sujetos a un conjunto de tensiones y presiones de diverso tipo, que fueron desde la deportación mía el 78

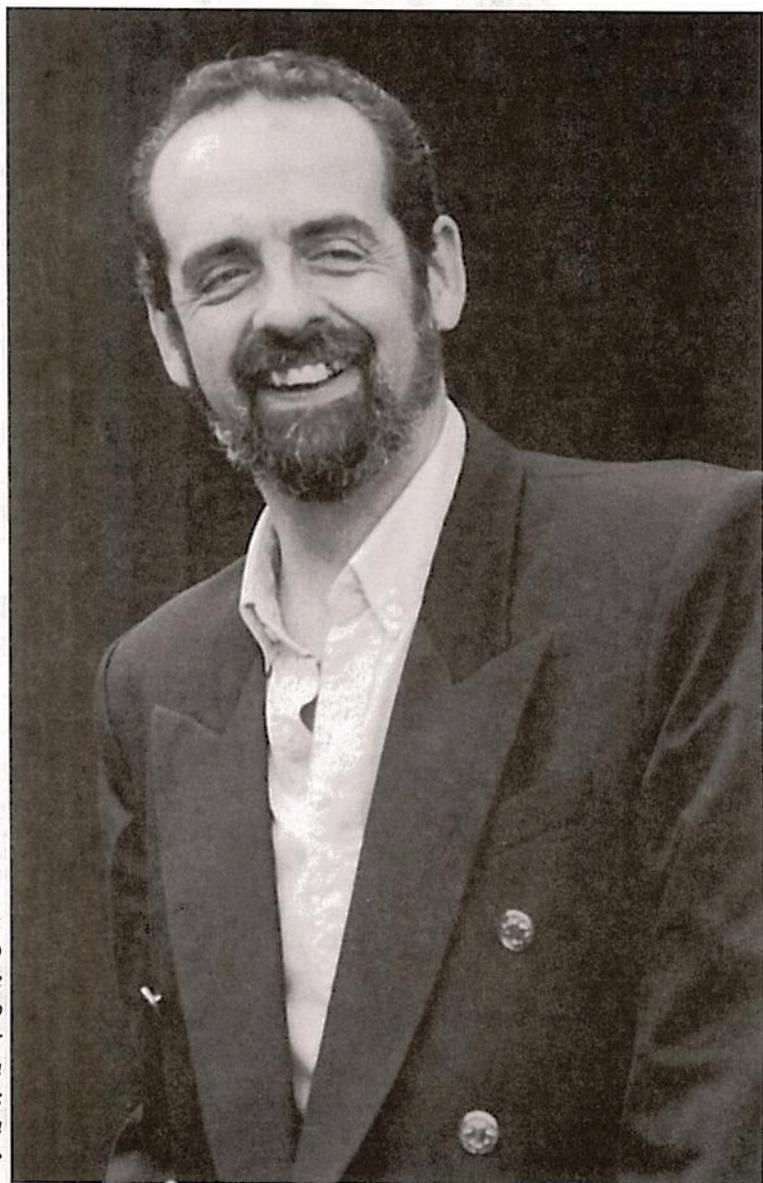
y que produjo sin duda una serie de lecturas en sus cabezas, hasta los diversos incidentes y el sello que te pone ser una persona pública, o sea cuando tu papá es un personaje discutido públicamente.

– Ser el hijo de Javier Diez Canseco debe haber sido complicado

– Yo creo que debe haber sido bien complicado.

– ¿Y tú cómo contribuiste a que no fuera tan complicado?

– Humanizarse, humanizar la relación, presentarte como una persona que tiene dudas, que no siempre tiene respuestas, que tiene opiniones que pueden ser distintas a las de ellos. Y que ellos tienen derecho a tener sus posiciones, sus opiniones y poder discrepar y discutir los problemas. Y compartir la



«Ver a mi hijo en televisión, hablando en la Plaza de Armas, sin que eso tuviera nada que ver conmigo, fue para mí muy emotivo; sentí que sí hay una semilla.»

Susana Pastor

noción de que uno también tiene dudas, dificultades, que comete errores.

- ¿Tus hijos son izquierdistas?

- Yo diría que mis hijos esencialmente son izquierdistas; son chicos progresistas, están comprometidos en la lucha que hay hoy en el país. Mis hijos van por su lado a las marchas, a las actividades. Sí, creo que son chicos izquierdistas, pero están lejos de tener la aproximación que yo tuve a su edad. Tienen una aproximación a la política a partir de la vida cotidiana.

- ¿Te arrepientes de haber dejado de ver tantas buenas películas?

- Yo no me arrepiento de lo que he hecho. Creo que uno no tiene que arrepentirse, sino valorar lo que ha hecho y apreciar si ha habido errores o no. Lo que he hecho me ha dado experiencias extraordinarias, satisfacciones extraordinarias y terribles dolores también.

- En tu militancia parecen haber primado más que procesos intelectuales, procesos de sentimientos, una solidaridad con los pobres.

- Mi aproximación a la política es esencialmente una combinación de lo emocional y lo ético, más que racional. Yo, por ejemplo, me acerco al marxismo porque veo que la gente que enfrenta al sistema en ese momento, es la que cuestiona lo que está ocurriendo y lo hace en profundidad y plantea los problemas de los oprimidos, de la gente pobre, de los trabajadores. Y yo me defino marxista antes de tener una noción mínimamente clara de lo que es el marxismo.

- En realidad eras un igualitarista, y pensabas que eras marxista.

- Sí, era igualitarista y pensaba que el marxismo me daba una explicación a por qué eso era una cosa justa y a cómo darle una lectura a la situación. Y, por supuesto, mi aproximación a la política también está marcada por otra cosa y es que desde que he ingresado a la política he convivido y participado con gente que pensaba distinto a mí en términos ideológicos. Y eso me enseñó la tolerancia y la visión de que los espacios ideológicos no pueden pretenderse

excluyentes, y no puedes tener una actitud de cerrazón frente a ideas y planteamientos que provienen de un origen distinto al tuyo.

- ¿Cuál es la pena más grande que has tenido?

- La pena más grande para mí fue la deblacle del ARI en 1980. Yo creo que ése es un hecho que cambió el curso de lo que podía haber sido el quehacer político en el Perú. Cuando esa fantástica irrupción de la espontaneidad de la gente, de la masa, del pueblo luchando, movilizándose contra el régimen militar, se abrió paso hacia una opción política que encabezaba esta lista increíble de Hugo Blanco seguido de dirigentes del magisterio y cerrando Barrantes, y que abría una gran opción....

- Te costó lágrimas.

- Para mí fue una pena terrible. Me conmocionó, me produjo una gran frustración y me produjo una gran angustia personal, no de cálculo político, sino de sensación de que un gran esfuerzo, un gran proyecto que estaba en curso, que representaba un movimiento, se desmoronaba, y creo que así ocurrió. Sí, esa noche lloré y fue un impacto terrible. Por supuesto ha habido cosas horribles en esta experiencia, impactos feroces, experiencias que te marcan, en estos años. Por ejemplo yo he pasado por experiencias tales como discutir si una mujer violada por nueve policías aborta o no aborta. Después que decide no abortar, volver a discutir con ella si entrega a su hijo en adopción o no lo entrega; y haber cumplido una función en muchos años de mi vida de una suerte de psicoanalista ad honorem e improvisado del impresionante dolor que significó el período de guerra interna, de violencia, de terror senderista y terror de Estado en el país. Haber, por ejemplo, presenciado la discusión con un ministro del Interior, al que le llevé a una chica violada por policías y que estaba embarazada y al que le íbamos a demandar no sólo sanción e investigación, sino que le den atención médica en el parto. ¿Y qué nos respondió? Me

acuerdo que fui con un diputado que ese día dejó Acción Popular, «¿Y cómo le vas a poner a tu hijo? -le preguntó. ¿Sinchi, si es hombre, o Sincha si es mujer?». Y me acuerdo haberme parado y haberle dicho «Concha tu madre», pero así, en la mesa, en su despacho del Ministerio del Interior, y de haberlo mandado a la mismísima mierda... Y haber sentido esa brutal impotencia que te produce esta relación con el poder y la incapacidad de cambiarlo; esta necesidad de, finalmente, seguir viviendo en esta situación y enfrentar el parto de la joven en medio de esta brutal humillación e insensibilidad.

- ¿Y tú qué respondes ante esa vieja acusación de que Diez Canseco nunca zanjó claramente con Sendero?

- Nosotros hemos sufrido de manos de Sendero la muerte de una importante cantidad de militantes: un diputado regional de Puno, el único diputado regional que fue asesinado por Sendero era del PUM, hemos tenido la muerte de alcaldes, regidores, sobre todo de dirigentes campesinos, una y otra vez. Hemos sostenido confrontaciones directas. A mí Sendero, en Ayacucho, una noche me quemó un vehículo que utilizaba para transportarme por esa zona, cuando estaba yendo para investigar casos de violación de derechos humanos.

- No existe todavía la distancia suficiente para hacer un análisis de Sendero.

- Yo creo que el papel de Sendero ha sido nefasto políticamente. Sin embargo, también creo que Sendero crece y se desarrolla como un amplio movimiento nacional. Sendero fue una fuerza no sólo militar, sino una fuerza política que impuso en determinadas zonas del país una conducción, un orden, un peso determinado. De alguna manera constituyó una expresión, una especie de insurgencia de sectores totalmente oprimidos frente a un régimen político determinado que creyeron encontrar una canalización en ese movimiento que, además, combinaba

métodos bastante tradicionales para su organización: la estructura autoritaria vertical, la imposición del miedo como una herramienta política central para el orden que establecía. ¿Por qué prende Sendero? Es parte de un fenómeno cultural: la imagen del caudillo, la noción de un gran salvador, la noción de un orden que se asienta en gran parte sobre el ejercicio de la fuerza en ese terreno. Para mí dice mucho de los elementos de tradición autoritaria que conviven con elementos de tradición democrática en el país, pero que tienen un peso enorme en el manejo de las cosas

- ¿No te parece pesimista terminar el siglo, después de tantos esfuerzos desde hace décadas, con líderes como Fujimori, Abimael Guzmán, Montesinos?

- No es un panorama optimista terminar con líderes de ese estilo. Lo que a mí me pone optimista es que los líderes de ese estilo terminan con el siglo.

- ¿A ti te parece más confiable el Toledo del 2000 respecto al Fujimori del 90?

- Me parecen fenómenos distintos. Me parece que se entra a un Toledo del 2000 con la experiencia de un Fujimori del 90, con un país que quiere estructuras políticas más estables, más dispuestas a articular partidos. Me parece que hay más mecanismos de control, mayor exigencia. A mí lo que me produjo una gran alegría fue la participación estudiantil. Esta irrupción, de pronto, de miles de jóvenes que iban con sus consignas.

- ¿Te has reconocido en esos jóvenes o los ves muy distintos?

- Te decía que para mí una de las grandes alegrías esa noche fue ver a mi hijo en televisión, hablar en la Plaza de Armas, sin que eso tuviera nada que ver conmigo. Tener la sensación de que una causa, un ideal, un objetivo, puede tener diversas formas de expresarse y continuar vivo. Eso para mí fue muy emotivo; sentir que sí hay una semilla. ■



«Nuestra izquierda deberá aprender la sentencia de Octavio Paz: que las dictaduras, rojas o blancas, son todas negras.»

UNA NUEVA IZQUIERDA... PERO NUEVA, POR FAVOR

ALBERTO VERGARA PANIAGUA

de julio del año 2000. Como miles de peruanos hastiados de la podredumbre moral de este régimen, estoy parado en el Paseo de la República. Hay banderolas de toda proveniencia y uno se encuentra con lo más disímil de nuestra realidad política; nos hermana el asco que provoca la forma en que se maneja nuestro país, nuestra plata. De pronto, como un violín desafinado en medio de un pulcro cuarteto de cuerdas, una mujer desde el estrado principal empuña el micrófono y nos dirige a todos los asistentes un saludo clasista y combativo, compañeros. Fue como si me hubiesen hablado en el castellano del Inca Garcilaso, un idioma de otro tiempo, una lengua muerta. Un violín desafinado.

Me temo que ese tipo de consigna refleja que alguna porción de nuestra inorgánica izquierda no ha madurado y sigue creyendo que las movilizaciones de hoy son la continuación de las de fines de los setenta, sin percatarse de los veintitantos años que han pasado desde entonces. No ha habido un **aggiornamento**, y en la mayoría de los casos no ha habido siquiera el intento.

Habermas, al poco tiempo de caído el muro, se dirigió a los socialistas europeos para decirles que no tenían razón alguna para sentirse mortificados por lo sucedido tras la cortina de hierro. La izquierda no comunista, dijo literalmente, no tiene razón ninguna para deprimirse. En el Perú, esta frase carece de sentido: el socialismo democrático del que habla Habermas en

nuestro país, seamos sinceros, fue el APRA.*

La izquierda peruana no tuvo ni grupo ni persona que la sacara del endogámico marxismo, algunos de sus grupos demoraron demasiado en hacer un deslinde con los «parientes pobres de Huamanga» (para usar la expresión de Iván Hinojosa) y otros dilataron más de la cuenta su interés por la democracia «formal burguesa». No olvidemos que se negaron a jurar la Constitución de 1979. Entonces, Habermas no se refería a este tipo de socialismo. Sin duda pensaba, para poner el ejemplo más conocido, en Felipe González quién en 1978, ante el XXVIII Plenario del creciente PSOE, puso como condición para ser su líder que el partido dejase de considerarse marxista.

Pero dejaré la reflexión sobre el pasado para quienes lo vivieron; pretendo hablar de la necesidad de una nueva izquierda. Me apuraré en decir que el país no sólo necesita una nueva izquierda, también hace falta un nuevo frente conservador, uno liberal y si acaso quedase algún proyecto social o demócrata cristiano también espero su reflote. Antes que necesitar de un grupo, la urgencia de nuestra democracia es que los peruanos sepamos por qué votamos en vez de por quién (ni siquiera esto llega a saberse con claridad). Es a partir de esta premisa que busco hablar de una nueva izquierda.

No me sumaré al cargamontón de la derecha poscomunista que ya no asigna papel alguno a la izquierda en la vida política. No podría. La izquierda tiene el imperativo de seguir existiendo y luchando por una razón muy simple: las desigualdades e injusticias que causaron su aparición siguen presentes. El último informe del Banco Mundial lo confirma: la brecha entre países

* Sé que los socialistas tolerantes, aquéllos que en 1989 se desligaron de Izquierda Unida para formar Acción Socialista, mirarán con malos ojos esta línea, pero son los costos de no haber enfrentado al ultrismo cuando hacerlo hubiera sido realmente relevante.

pobres y ricos es, día a día, mayor. Y en nuestro país, los índices de pobreza son, **grosso modo**, los mismos que hace diez años.

Mas la nueva izquierda deberá mantener muchos de sus fines y replantear sus medios. En política lo relevante son los medios. Sólo la acción política incivilizada y antidemocrática cree que los fines son más importantes que la forma de llegar a ellos. Sólo las pretensiones totalitarias buscan ciertos fines sin escatimar las formas. De allí que Camus afirmara, en nombre de la vida, que en política son los medios los que justifican los fines. Tener en cuenta esto para la nueva izquierda significa dejar de tomar la política en términos de moralidad. Dejar de asumir que su fin es el único correcto; que, como dice mi amigo Eduardo Dargent, deje de creer que tiene el monopolio de la bondad. Éste es un acercamiento de impronta religiosa, no es laico como lo es la democracia. Si sólo la izquierda fuese buena (en el sentido más maniqueo), en algún momento la legalidad podría ser un impedimento para realizar el único fin correcto, que sería el de ella. La democracia no permite este tipo de acercamiento a la cosa pública.

La izquierda, al menos desde Marx, asumió mayoritariamente que luchaba por un mundo perfecto, el utópico (aún cuando Marx debe revolverse en su tumba cuando escucha que sus ideas, científicamente diseñadas para desterrar al socialismo utópico, son precisamente tildadas de utópicas). Su defensa del comunismo se hacía apasionada porque era la apología del paraíso en la tierra, donde campearía el hombre total. La democracia moderna (el calificativo es lo de menos: liberal, representativa, deliberativa o lo que fuera) nunca se ha concebido como algo perfecto. Por el contrario,

se presenta siempre como perfectible. Alejada de anhelos heroicos, la democracia se sabe incompleta y es consciente de que el camino utópico sólo es el atajo por el que los hombres terminan siendo prisioneros de unas ideas que rápidamente dejan de serlo para convertirse en campos de concentración o cárceles-nación. Entonces, el cambio de actitud será un imperativo. Trocar la defensa del mundo idílico por la de uno perfectible; he allí, tal vez, la mayor exigencia de la izquierda de los próximos años.

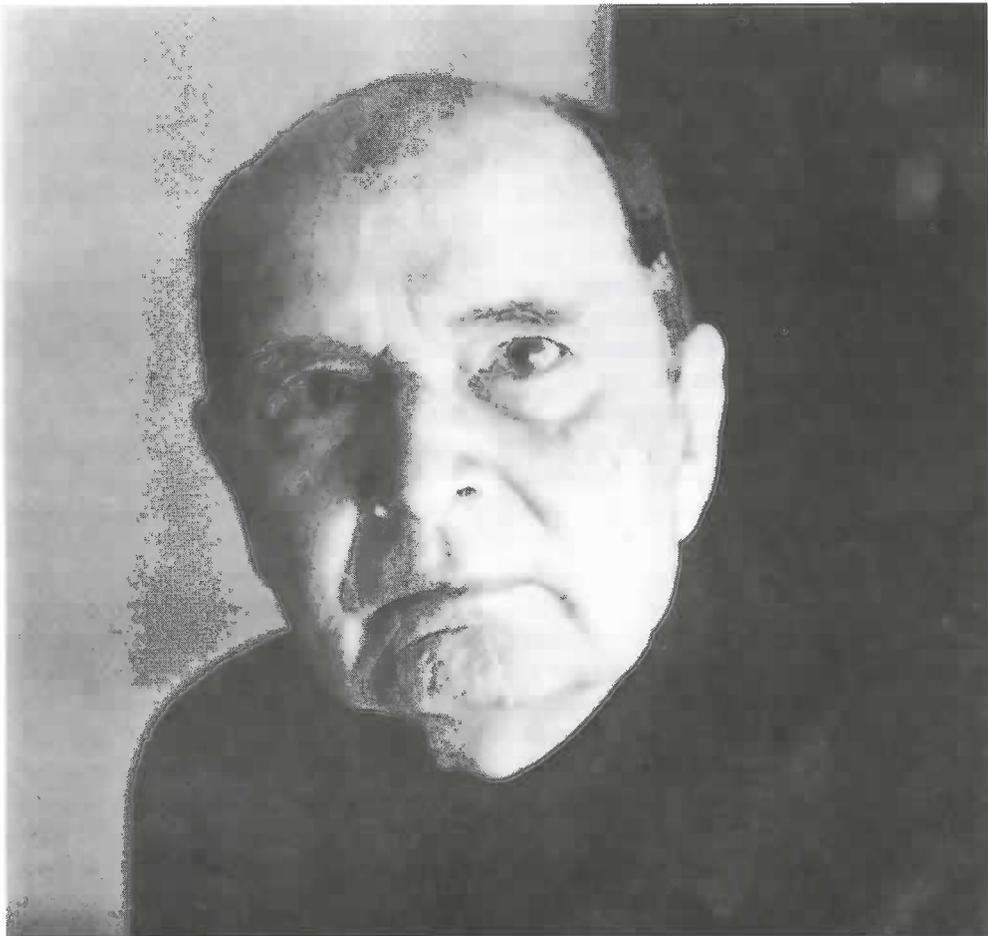
La futura izquierda debe asumir su nueva existencia democrática como un fin en sí mismo. Si sólo entra al juego democrático mientras espera alguna nueva utopía colectiva por la cual luchar, no habrá bastado el siglo XX con sus millones de muertes a causa de las ideologías para cansarnos de ellas. Aspiro a que la nueva izquierda retome la rebeldía incendiaria del siglo XIX y abandone para siempre el rostro de carcelero que le conocimos en el siglo que ya se fue. Y, a la par de esto, espero que le dé menos importancia al Estado que a la solidaridad y la justicia.

La nueva izquierda tiene una misión esencial que cumplir: debe recordarle a nuestros librecambistas acérrimos que la libertad económica absoluta, sin un mínimo de igualdad para todos, no es liberalismo, es ventajismo de unos cuantos. Ya que he pisado el difícil terreno económico, agregaré que la nueva izquierda deberá aprender que para superar nuestro atraso y pobreza es más importante ver cómo generamos riqueza que cómo el Estado redistribuye la poca que tenemos. Que la economía de mercado no es el rostro de Lucifer y que aceptarlo no es hacer el negocio de Fausto. Deberá, asimismo, trabajar para que el Estado ofrezca mejores servicios y defienda los in-

tereses de los más pobres. Todavía la bandera de la educación gratuita y la salud para todos es una reivindicación a redactar en mayúsculas. Quién mejor que la nueva izquierda para recordárnoslo.

Esto implica que la nueva izquierda asuma, por ejemplo, que lo que hay en Cuba es una dictadura feroz. No aspiro a que se sumen al dueto Helms-Burton (¿podría alguien sumarse a él?), pero espero que si creen que lo que

Carlos Domínguez



«A Basadre lo exaltaron como historiador y lo ningunearon como pensador, no era marxista.»

Otro objetivo de la nueva izquierda será enfrentarse a su coetánea: la nueva derecha conservadora y hasta religiosa. Y en Europa, la nacionalista. La nueva izquierda tiene que ser claramente democrática para gozar de legitimidad frente a esta derecha extrema. Habrá que combatir el pensamiento retrógrado con tolerancia y libertad.

hemos tenido en nuestro país en los últimos diez años es una dictadura, no les tiemble la voz para señalar con igual energía lo que hay en la isla. Mientras un torturado o preso político en Cuba no genere tanta indignación como uno de cualquier otro régimen, nuestra izquierda estará cruda para la democracia. Deberá aprender, enton-

ces, la sentencia de Octavio Paz: que las dictaduras, rojas o blancas, son todas negras.

Si algo nos ha indignado a todos de este gobierno es que en cuanto foro internacional había sobre democracia, los esbirros del régimen, en nombre del relativismo cultural, afirmaban que la democracia no era una sola y que se debía aceptar que nosotros teníamos una democracia **a la peruana**. Mal hará la nueva izquierda si, siguiendo este tipo de argumentación, se esfuerza por encontrar adjetivos y relativismos a la «democracia» cubana. Dictadura, señores.

En nuestro país el espacio público está convaleciente. La gente no tiene foros donde insertarse en la vida comunitaria ni opción de participar de la vida política del país. En suma, de ejercer su ciudadanía. Las sociedades necesitan que sus ciudadanos pertenezcan a agrupaciones políticas, sindicales, deportivas o de cualquier índole. Necesitan que hombres y mujeres adquieran responsabilidades frente a otros, rindan cuentas de sus actos para desarrollar la solidaridad y la convivencia responsable. Esta necesidad podría ser recogida por la nueva izquierda. El liberalismo, angustiado en su defensa del individuo frente a cualquier poder al acecho –en especial el del Estado–, abocado a resguardar el espacio privado de los individuos, ha olvidado (o dejado en agenda) esta preocupación. La nueva izquierda debería empezar a trabajar en esto, la reconstrucción de nuestro maltrecho tejido social, no para debilitar el contenido esencial de los derechos individuales, sino para fortalecerlo y complementarlo.

Al mundo de la academia le toca otro tanto en la tarea de renovación. Desarrollar la capacidad de discrepan-

cia, abrirle los brazos a la crítica, a la refutación. No sólo son intelectuales los de izquierdas, deberá aprender la nueva **rive gauche**, Aunque tal vez en este punto, el ghetto y la cerrazón vueltos estilo sean difíciles de extirpar de la vieja guardia. «A Basadre lo exaltaron como historiador y lo ningunearon como pensador, no era marxista», ha dicho Hugo Neira, y resulta difícil que alguien levante la mano para desmentirlo. Si América Latina en su formación intelectual no había desarrollado un pensamiento crítico e ilustrado (tema que obsesionó a Octavio Paz), el marxismo académico sólo continuó la tradición.

Es posible que mi defensa de esta nueva izquierda no encienda pasiones. Luego de presentar estos rasgos, nadie estará dispuesto a dar la vida por la nueva izquierda, ni siquiera a dejarse crecer las barbas por ella, pero es la única que se adapta a la democracia como régimen de tolerancia y libertades. Tal vez a mis veinticinco años debiera ser realista y pedir lo imposible o desear las hoy pálidas utopías. No las deseo; quiero mucha libertad negativa, solidaridad y justicia mundana. Antes que nada, como en la canción de Serrat, soy partidario de vivir. Deseo esta nueva izquierda comprometida en cuerpo y alma con la democracia y los derechos fundamentales. Que ya nadie tenga como modelo al hombre que, contento y desnudo, mata a canallas sólo por creer que tiene el cañón del futuro, como sentenciaba una famosa canción. Aspiro a un talante socialista, como gusta citar Alfredo Barnechea de la autodescripción de Felipe González. Aspiro a una izquierda que transforme esa madera de justicia, anhelo de igualdad y solidaridad que siempre tuvo, en una obra tallada en tolerancia. ■



Las mujeres de los soldados. 1924. José Clemente Orozco.

EL PORVENIR DE UNA ILUSIÓN

EDUARDO TOCHE

Hace una década, la caída del muro de Berlín y el fin de la Unión Soviética fueron interpretados como las señales inequívocas del fin de la izquierda. Latinoamérica tuvo además sus aportes locales a esta percepción: la inesperada derrota electoral del sandinismo en 1990 y la denominada «hora final de Fidel Castro» –cercado ante el cierre de la ayuda soviética y el caso Ochoa.

Poco a poco la izquierda regional confirmó y aceptó que en los veinte años previos el mundo había cambiado de manera paulatina pero muy profunda, dejando fuera de lugar a sus ideas y prácticas políticas. Sin embargo, ni los más optimistas pudieron predecir que al cabo de algunos años iba a producirse su vuelta al escenario político. ¿Qué pasó para que el discurso de izquierda empezara a tener nuevamente audiencia entre los latinoamericanos? En parte, esto se debió al incumplimiento de la promesa ofrecida por el neoliberalismo.

Recordemos que el neoliberalismo no fue sólo una crítica a los postulados de los círculos de izquierda. También fue una respuesta que intentó ser devastadora, atreviéndose incluso a afirmar que las aspiraciones de sus enemigos ideológicos podían lograrse bajo el imperio de su modelo. De esta manera, aseguró que el mercado era la única vía para superar la pobreza, la injusticia, las abismales disparidades sociales y otros males estructurales que aquejaban a Latinoamérica.

Pero, al cabo de los años el neoliberalismo no sólo demostró su incapacidad para resolver los problemas de siempre sino que en algunos casos, incluso, los agravó ocasionando mayor pobreza y aumentando la vulnerabilidad de los hogares.

Sin embargo, el fracaso del neoliberalismo no es el único factor que ha posibilitado la reaparición de la izquier-

da latinoamericana. A pesar de su profunda crisis, nadie puso en duda el peso que representa la izquierda en la formación política de la región. Este **background** es también importante para explicar su vigencia.

UNA IDEA TOMA CUERPO

Desde fines del siglo XIX se fue configurando un ambiente social propicio para la aparición de un pensamiento crítico, que si bien buscó interpretar las demandas de los nuevos sectores populares –obreros y clase media– aún no podía desligarse del esquema cerrado y excluyente practicado por los sectores dominantes.

Fueron más bien respuestas incipientes que se dirigieron contra las ideas y los operadores del sistema, aspirando a reemplazarlos por, digamos, un esquema más «moderno». Como afirmó Angel Rama, «se trató de una sustitución de equipos y doctrinas pero no de un asalto a los principios ...»¹

Aunque estas reacciones no pueden ser asociadas a la izquierda, tuvieron varios elementos que luego serían reivindicados por ésta como, por ejemplo, las fuentes de la nacionalidad. Si para las oligarquías ésta residía en la figura del héroe nacional, el pensamiento crítico volteó su mirada hacia el contorno, redescubriendo una «cultura popular» que asumió como la base del sentimiento nacional.

Asimismo, parte de sus esfuerzos se dirigió a superar la visión localista de la política y construir una percepción global que insertaba los procesos nacionales en marcos más generales, tal como la idea de la integración latinoamericana. Una tercera cuestión fue un intuitivo sentido de la democratización que se contraponía al elitismo de los sectores dominantes.

Mientras esto ocurría en el plano de las ideas, en la realidad social los nuevos sectores populares venían experimentando su propia dinámica. Con-

1 Angel Rama: *La ciudad letrada*. Ediciones del Norte. Hanover, N. H., 1984.

centrados en las urbes y en los centros de extracción de materias primas, tenían que adecuarse a sus nuevos roles productivos sin que su bagaje cultural les sirviera de mucho en este novedoso contexto.

A pesar de los esfuerzos de adaptación, reinventando y readecuando una serie de usos y costumbres, estaba claro que estos grupos actuaban sobre límites bien definidos y con escasa capaci-

«No obstante, no creo ni bueno ni posible vivir en el pasado. Nuevos problemas sociales, económicos y políticos nos acucian hoy, con una gravedad y una violencia que no es necesario explicar, como efecto de la globalización del modelo neoliberal. Por estos motivos, creo que dedicarse a hablar del pasado en los momentos actuales podría ser una forma de condenarnos a no discutir soluciones innovadoras para el presente y el futuro.»

Mario Eduardo Firmenich, líder Montonero, en carta publicada en el diario La Nación (Buenos Aires, Argentina), el 29 de mayo del 2000.

dad de éxito en su enfrentamiento contra el *statu quo*.

Esta situación varió radicalmente cuando aparecen los partidos políticos, que por primera vez permiten que las demandas sectoriales encuentren mecanismos de identidad ideológica, criterios organizativos y, también, un medio que otorgaba un sentido más amplio a su experiencia, que pasa de una percepción local a una nacional.

Entre ellos irrumpen los partidos de izquierda. Aunque no resulta difícil identificarlos, dadas sus radicales posiciones contra el orden imperante, no son sus ideologías ni sus programas lo

que concita la casi inmediata adhesión de las fuerzas sociales populares e intelectuales latinoamericanas.

La convocatoria masiva que suscitan los partidos de izquierda se debió sobre todo a la fuerza moral, de innegable contenido redentorista, que traslucía su mensaje de cambio. Otro aspecto importante fue la simbiosis que realizaron entre las ideas universales desde las cuales derivaban sus programas de acción con las realidades y las tradiciones políticas locales.

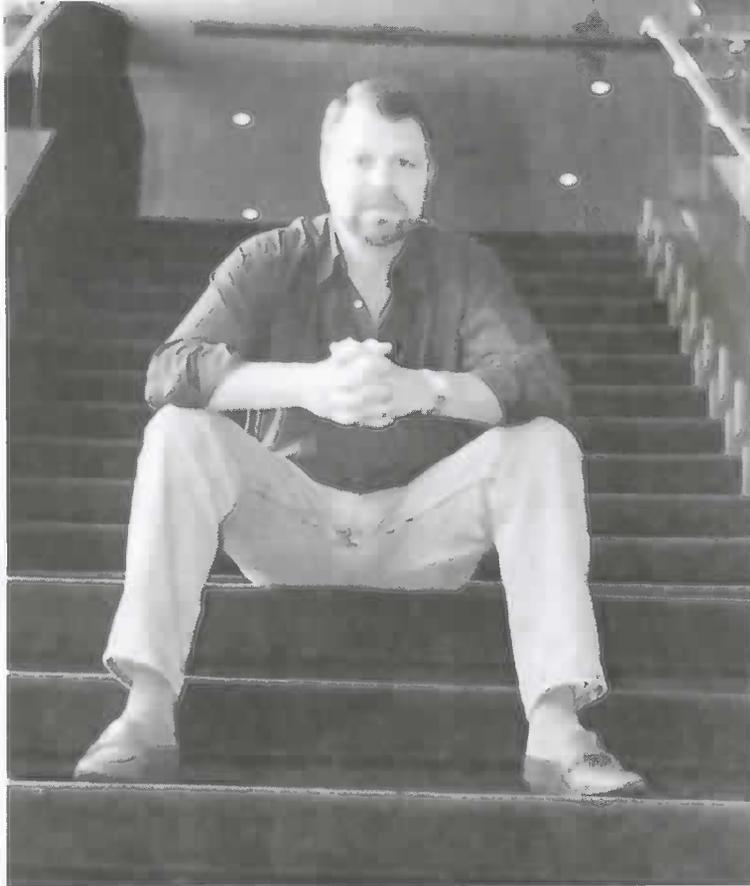
Sin embargo, nada de esto ocultaba sus lados débiles. Uno de ellos, el más importante, es que nunca terminaron de resolver el problema del ejercicio del poder. Es decir, de alguna manera se especializaron en las formas cómo podían acceder a él pero no sucedió lo mismo cuando debieron desarrollar fórmulas de gobierno que guardaran armonía con los radicales discursos que enarbolaban.

Este problema irresuelto hizo que las primeras manifestaciones de la izquierda, los partidos comunistas y las organizaciones nacionalistas y/o populistas, dejaran de lado paulatinamente sus interpelaciones desde fuera del sistema para ir acercándose a él y, finalmente, terminar formando parte del mismo.

LAS ESPERANZAS SE RENUEVAN

Hacia mediados del siglo XX otras variantes de la izquierda fueron incorporándose al quehacer político latinoamericano. En ese período aparecen los movimientos reformistas que intentaron llevar a cabo un limitado programa de cambios sociales y, junto a ellos, veremos la consolidación de otros dos grupos, que Jorge G. Castañeda denomina la izquierda social y la izquierda intelectual.²

2 Jorge G. Castañeda: *La utopía desarmada*. Editorial Ariel. Barcelona, 1993.



Susana Pastor

Según el politólogo mexicano Jorge Castañeda, se consolidaron dos grupos que él denominó la izquierda social y la izquierda intelectual.

La primera de ellas conformada por organizaciones sociales autónomas que luego de una inicial etapa de luchas reivindicativas se asentaron con programas propios que sirvieron para identificarse ante el Estado y ante los partidos políticos. En el caso de los intelectuales no eran necesariamente militantes de una organización, aunque sí tenían un perfil ideológico definido y una obra inserta en la agenda programática de la izquierda.

Ahora bien, este panorama de la izquierda latinoamericana se vio profundamente alterado con el triunfo de la revolución cubana —en 1959— porque, entre otras cosas, este hecho asienta la confianza en la lucha armada como la forma de tomar el poder. Fueron muchos los casos que siguieron el ejemplo cubano, pero entre ellos resulta ilustrativa la experiencia desarrollada en el Cono Sur, específicamente en Uruguay y Argentina.

En el caso del Uruguay, la formación del MLN-Tupamaros tuvo directa relación con la aguda crisis económica de principios de los 60 y la represión que recayó sobre los trabajadores, bajo el argumento de que sus reclamos salariales eran la causa de la espiral inflacionaria que comenzaba a asomar.

Asimismo, habría que agregar la presencia de bandas armadas de derecha que asaltaban a sindicatos y centros universitarios, al punto que hacia 1964 parecía inminente un golpe de Estado. En este ambiente, la Convención Nacional de Trabajadores, que tenía en los azucareros una de sus bases más importantes, aprobó un plan de resistencia.

El movimiento se amplió, incorporando a otros sectores sociales y fue cuando Raúl Sendic, por entonces asesor legal de los trabajadores del azúcar, resultó nombrado coordinador de la



Con la muerte del Che en 1967 y de Salvador Allende en 1973 finalizó, no sin frustración, un ciclo que se había iniciado con grandes esperanzas. *La trinchera*. 1923. José Clemente Orozco.

lucha popular y resolvió enfrentar la ofensiva del oponente utilizando incluso métodos violentos. Es así como el MLN empezó a tomar forma.

Los Tupamaros se autodefinían como una organización cuyo objetivo era la construcción del socialismo, aunque nunca dijeron en qué consistía éste, conformándose con la vaga fórmula de que «el socialismo era un tipo de sociedad que se conformaría en el proceso histórico y sería el pueblo el que le daría su idiosincracia».

En otras palabras, estábamos ante un intento político voluntarista que dedicó toda su atención a las formas de lucha que llevaría a cabo, pero descuidando en grado sumo los objetivos hacia los que debía conducirse.

En un inicio combinaba formas legales y no legales de lucha, hasta que en diciembre de 1966, luego de un confuso enfrentamiento con la policía, decide pasar a la clandestinidad y planificar una acción espectacular: la toma de la ciudad de Pando, que terminó en un estruendoso fracaso. Sin embargo, el revés militar se tradujo, paradójicamente, en un triunfo político pues a partir de ese momento la organización y su periferia crecieron a un ritmo acelerado.

Esto confirmó la percepción según la cual el MLN-Tupamaros nunca fue en realidad una guerrilla sino una entidad política que utilizaba la «propaganda armada», que años después también sería utilizada por otras organizaciones —el M19 de Colombia, por ejemplo—, como manera de acumular fuerzas.

La respuesta no tardó en llegar. Ante el intenso accionar tupamaro el gobierno, con el apoyo del Parlamento, decretó el Estado de Guerra Interno e integró a las fuerzas armadas a las tareas de asegurar el orden interno, junto a la policía. Fue el principio del fin. Una represión indiscriminada, que fue continuada por la dictadura militar que se instauró en 1973, pudo finalmente desarticularlos.

En el caso del Movimiento Montonero también debemos remitirnos a las

condiciones específicas del escenario argentino para entenderlo. La experiencia peronista había permitido el reavivamiento del nacionalismo, pero bajo una versión que incidía en una vaga retórica antimperialista y antioligárquica, muy útil para convocar a sectores sociales diferentes y hasta contra-

«Creo que el socialismo sigue siendo una alternativa frente al capitalismo. El FSLN reconoce la propiedad privada, como también reconoce que hay que defender la propiedad democratizada y hay que comprometerse con la defensa de la democracia en materia de propiedad. Creo que esto aleja los temores de quienes piensan que nuestra definición socialista significa la tarjeta de racionamiento y el servicio militar.»

Daniel Ortega, líder del FSLN, previo al Congreso Sandinista de 1998.

ditorios, entre los que resaltaron los obreros urbanos, que lo vieron como el protagonista de un drástico cambio social con base popular.

Sobre este antecedente aparece y se desarrolla una denominada izquierda peronista, promediando la década de los 50, producto de la radicalización de gran parte de la militancia que se hallaba frustrada por la pérdida de la capacidad adquisitiva de que habían gozado durante el gobierno de Perón.

Asimismo, esta corriente incorporó a jóvenes «peronizados» que inicialmente formaron parte de la derecha católica. La transformación experimentada por estos grupos juveniles se debió en gran medida a la influencia que tuvo sobre ellos el nuevo mensaje emanado de la Teología de la Liberación y el Concilio Vaticano II.

Por otro lado, también contribuyeron a la formación de esta ala las ambigüedades del gobierno de Arturo Frondizi respecto al movimiento peronista, la necesidad de mayor definición cuando surgió un peronismo sindical conciliador –el «vandomismo»– y, por supuesto, la influencia de la revolución cubana.

Pero debió pasar todavía algún tiempo para que ingresaran los Montoneros a la escena política argentina. Fue en 1968

«El socialismo es necesario porque es bueno y no es bueno porque sea necesario. Es, en primer lugar, una opción ética. Se ha cometido un gran daño: llamar socialismo a cualquier cosa. Ese hecho histórico nos obliga a definirlo cuidadosamente.»

Extracto de documento presentado en la V Convención Nacional Tupamara, abril de 1993.

cuando se decide su fundación y luego de prepararse durante dos años anunciaron su existencia en mayo de 1970.

A estas alturas, casi cerrando la década de los 60, los Montoneros estuvieron convencidos de la imposibilidad de provocar cambios utilizando los mecanismos legales. En este sentido, tuvieron un par de buenas justificaciones en la represión al denominado «Cordobazo» y el aplastamiento ejercido contra la parte no conciliadora de la Confederación General del Trabajo (CGT).

En suma, los Montoneros fueron una expresión populista de socialismo, producto de la combinación de un catolicismo radical, el nacionalismo y el peronismo. Aunque esto no les dio gran fuerza ideológica si les permitió convertirse en la expresión política de amplios sectores sociales y lograr una flexibilidad táctica muy eficaz en situaciones de extrema fragilidad.³

Bajo estos endebles fundamentos los

Montoneros, más pronto que tarde, se verían entrampados y sin poder hacer frente a la militarización del Estado. La falta de precisión programática, por ejemplo, hizo que rechazaran las propuestas unitarias que provenían de las otras fuerzas de izquierda e, insólitamente, prefirieran buscar aliados «tácticos» en una inexistente ala reformista de las Fuerzas Armadas o en las juventudes de los partidos derechistas. Con ello, su aniquilamiento estuvo a la vuelta de la esquina, como de hecho sucedió, a lo que se sumaron cargos de corrupción dirigenzial e, incluso, colusión con los agentes que reprimían y torturaban a sus propios militantes.

Ahora bien, cuando se habla del protagonismo de las organizaciones de izquierda durante los 60 no puede dejarse de lado a la experiencia chilena. A diferencia de lo acontecido en Uruguay y Argentina, en Chile la izquierda logró llegar al gobierno mediante elecciones.

Pero a pesar de haber usado otros métodos, la derrota también se impuso aquí y casi por los mismos motivos expuestos en los casos anteriores. En resumen, lo que sucedió en Chile fue la imposibilidad de desarrollar un programa de justicia social, que se entendía como una vía pacífica de construcción socialista, sin querer afectar la estructura misma del poder.

Con la muerte del Che en 1967 y la de Salvador Allende en 1973 finalizó, no sin frustración, un ciclo que se había iniciado con grandes esperanzas sobre la posibilidad de cambios rápidos y profundos en la realidad sociopolítica de la región.

LA SEGUNDA OLA ARMADA

A pesar de los reveses, la idea de tomar el poder mediante la lucha armada no provino de la agenda de la izquierda latinoamericana, como se com-

3 Richard Gillespie: *Soldados de Perón. Los Montoneros*. Crijalbo. Buenos Aires, 1998.

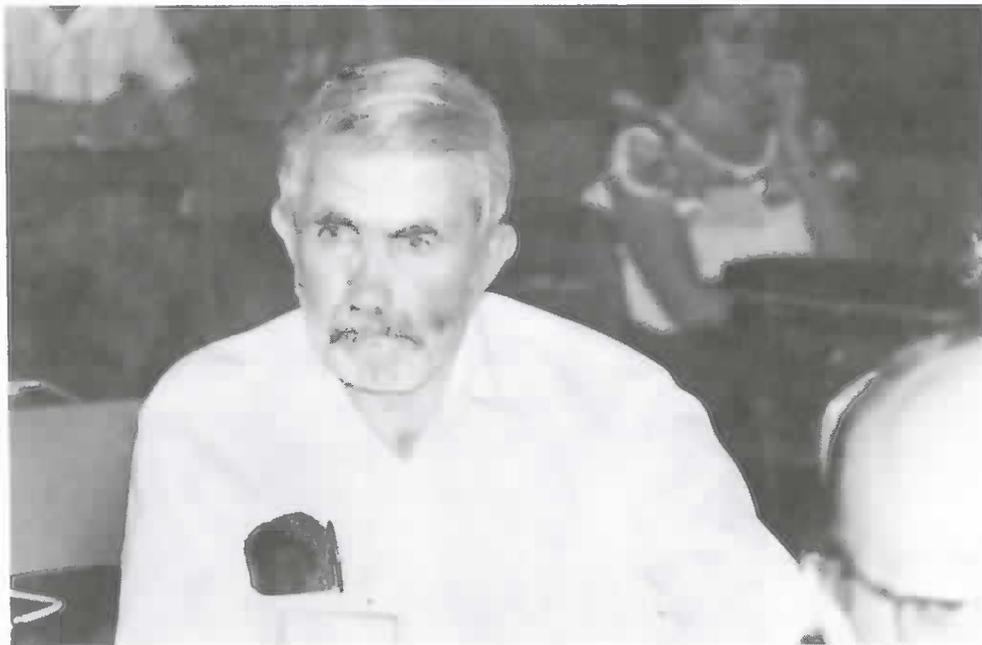
probaría años más tarde en otro rincón del continente: Centroamérica.

Allí se originaría una segunda oleada de revoluciones izquierdistas hacia fines de los 70 y comienzos de los 80, que si bien se generalizó en toda esta área alcanzó sus puntos más altos en Nicaragua y El Salvador.

En Nicaragua, durante décadas la lucha contra la dinastía somocista se

Pero no fue sino hasta 1977, cuando lanza una acción en San Carlos –cerca de la frontera con Costa Rica– que fue seguida de un ataque a Masaya, que el FSLN puede iniciar la ofensiva que terminará en su triunfo.

Estos eventos, inscritos en un contexto de debilidad del régimen, sirvieron para que el FSLN tomara la iniciativa política justo en momentos en que



Archive OH

Cuando Raúl Sendic fue nombrado coordinador de la lucha popular, el MLN empezó a tomar forma. Los Tupamaros uruguayos se autodefinían como una organización cuyo objetivo era la construcción del socialismo.

había desarrollado sin solución de continuidad debido a la carencia de una dirección política capaz de darle organicidad. Pero fue la influencia de la revolución cubana lo que finalmente permitió a los revolucionarios nicaraguenses tomar otros rumbos.

En 1961 surge el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), una confluencia de organizaciones armadas que habían estado actuando cada una por su lado, con la intención manifiesta de crear una vanguardia revolucionaria que se presentara como alternativa a la oposición de derecha.

se fortalecía la oposición conservadora, liderada por el director del diario *La Prensa*, Pedro Joaquín Chamorro. Además, otro aspecto táctico que les resultó crucial para obtener éxito fue que no abrió frentes en el movimiento opositor, estableciendo en su lugar una política de alianzas.

Si llegar al poder fue una tarea ardua, mantenerse en él no lo fue menos. Una serie de contradicciones surgidas en torno a cómo debía manejarse el proceso, los garrafales errores cometidos en la resolución de problemas sociales y económicos, el cerco tendido

por los Estados Unidos –que no quería otra Cuba en el hemisferio–, la actividad de los contras, entre otras cuestiones, terminaron por desgastar a los sandinistas al extremo de tener que retirarse del gobierno en 1990, luego de perder sorprendentemente las elecciones generales de ese año.

Una de las virtudes del FSLN es haber servido de ejemplo a otras fuerzas de izquierda centroamericanas, entre ellas a las salvadoreñas. Entre 1979 y 1980 los partidos de izquierda de El Salvador se integraron en un solo bloque político y promovieron el frente opositor, con otras fuerzas no izquierdistas, llamado Frente Democrático Revolucionario (FDR).

Pero el momento decisivo sobrevino el 10 de octubre de 1980, cuando se funda el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN) y, con ello, quedó lista la maquinaria militar que lanzaría la ofensiva de enero de 1980, inicio de la denominada guerra popular revolucionaria.

Desde ese instante se desencadenaría un prolongado período de lucha que, a diferencia de lo ocurrido en Nicaragua, no culminó con el triunfo de las fuerzas insurgentes aunque no evitó que el FMLN se constituyera en una fuerza importante en el escenario político salvadoreño.

Ya transformado en partido, hecho



Archivo QH

Rubén Zamora, del Frente Democrático Revolucionario (FDR). 1981. Una de las virtudes de los sandinistas es haber servido de ejemplo a otras fuerzas de izquierda centroamericanas, entre ellas las salvadoreñas.

que ocurrió en 1992, el FMLN aceptó un desenlace negociado de la guerra y desde ese momento estableció como sus prioridades la ejecución de los acuerdos de paz e ir ganando espacios en el ámbito de la política formal, hasta lograr ganar las elecciones parlamentarias y municipales realizadas en el presente año.

HACIA ADELANTE, MIRANDO ATRÁS

A modo de balance podemos preguntarnos: ¿cuál ha sido la contribución de la izquierda en la evolución política del continente? Tal vez uno de los rasgos que más destaca es el haber sido un decisivo factor de presión cuando no ejercía el poder. Que la idea de democracia se haya arraigado entre nosotros es, sin duda, un logro de la izquierda. Ocorre lo mismo con la noción de justicia social y lo que ésta significó en la construcción de Estados asistencialistas.

El problema, sin embargo, fue que sus aspiraciones resultaron incompatibles entre sí y muchas veces produjeron desenlaces no buscados y hasta contrarios. No fueron pocas las veces que un gobierno de izquierda terminó en un represivo golpe de Estado, cuya justificación siempre fue el restablecimiento del «orden» ante el «caos» generado por los reformadores o revolucionarios.

Con estos antecedentes se podría dudar de la pertinencia de una opción de izquierda en Latinoamérica. La respuesta radica tal vez en el tipo de lectura que hagamos de su proceso histórico. En términos generales, existe la tendencia de negar sin mayor discernimiento todo el pasado de la izquierda y creer que su vigencia sólo depende de

lo que pueda hacer de ahora en adelante. Con una operación de este tipo corremos el peligro de menospreciar el valor que puede tener recuperar la experiencia previa en la formulación de un adecuado proyecto político.

«No queremos una sociedad de igualitarismos absurdos, aquéllos que seguramente a fin del XIX se pensaban, pero una sociedad en donde todos los hombres y mujeres de nuestra patria tengan la posibilidad cierta de entender que es perfectamente posible avanzar a mejores condiciones de vida para cada uno de nosotros. Nunca, sin embargo, detrás de esa responsabilidad, dejar de ser consecuente, dejar de ser lo que uno es. Y los socialistas somos socialistas y no somos otra cosa.»

Intervención del presidente del Partido Socialista de Chile, senador Ricardo Núñez, en homenaje al ex presidente Salvador Allende, setiembre del 2000.

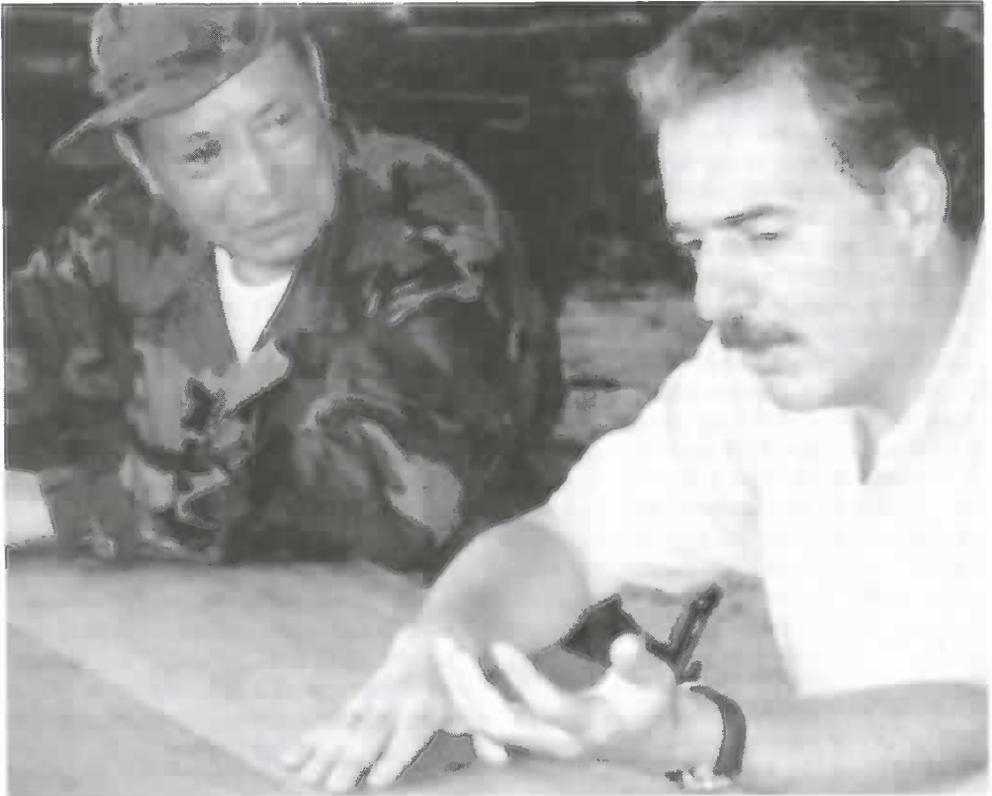
Como dice Juan Carlos Portantiero, la gran posibilidad del socialismo está en «imaginar una sociedad más justa o una sociedad donde puedan equilibrarse la libertad y la igualdad ... aunque fuera como tensión utópica para el mejoramiento del presente».⁴

En otras palabras, el vigor de la idea socialista responde a esa dimensión moral que la acompañó a través de toda su historia. Recordemos que su legitimidad reposó, más allá de doctrinas y programas, en el hecho de haber insurgido contra una realidad percibida como injusta por amplios sectores de la sociedad. Por ello, si de algo puede servirle la historia a la izquierda es en la recuperación de este factor decisivo para su identidad. ■

4 Juan Carlos Portantiero: «Ahora no hay tanto un problema de democracia como de república». Entrevista realizada por Hugo Quiroga y Osvaldo Iazzetta. *Estudios Sociales* N° 13. Buenos Aires, 1997.

LA LARGA MARCHA DE LAS FARC

MICHAEL SHIFTER *



Algunos analistas colombianos sostienen que las FARC desean tomar el Palacio de Nariño y que Marulanda pretende usurpar el lugar de Andrés Pastrana.

i Qué quieren las Fuerzas Armadas Revolucionarias Colombianas (FARC)? Es la pregunta que más se plantea actualmente en todas las discusiones sobre la problemática Colombiana. Sin duda, es

una pregunta fundamental para los que anhelan encontrar una solución a la profunda crisis que atraviesa ese país. Sin embargo, las respuestas son en gran medida parciales y especulativas. Hay poca claridad, poco acuerdo.

«Paradoja» es el término que más se ha usado históricamente para describir a Colombia. Por un lado, Colombia es y ha sido un país caracterizado por una importante tradición democrática y constitucional, así como también por uno de los mejores desempeños económicos, que refleja una prudente gestión llevada a cabo en los últimos cincuenta años. Por otro lado, las tendencias a la violencia han marcado profundamente al país y hoy son más alarmantes que nunca. Alrededor del 70% de los secuestros del mundo ocurren en Colombia.

A través de las FARC también se expresa la paradoja del país. Después de una década del fin de la guerra fría—cuando se suponía que las insurgencias marxistas desaparecerían, o por lo menos se debilitarían en fuerza—ha sucedido todo lo contrario. En Colombia, según los datos de que disponemos, por lo menos en términos de recursos militares y financieros, las FARC son más fuertes que nunca, desde su creación en los años sesenta (mucho más fuertes en estos aspectos que el segundo grupo, el Ejército de Liberación Nacional). Sin embargo, gozan de muy poco apoyo popular (según las encuestas, alrededor de 3% de la población colombiana).

Este último ha sido un dato controvertido y rechazado por muchos de los que participan en el debate sobre Colombia, que sostienen que tales encuestas son poco confiables y que es muy difícil, si no imposible, verificar el nivel real de apoyo de que gozan las FARC en una situación tan compleja, con tanto miedo. Si bien es cierto que las encuestas son un instrumento parcial y dejan mucho que desear, también hay que reconocer que las indagaciones periodísticas y antropológicas llegan en general a la misma conclusión:

que las FARC no despiertan mucha simpatía y apoyo entre los colombianos de los distintos sectores sociales.

Otro dato clave—cada día más aceptado por los que siguen la problemática Colombiana— apunta al hecho de que un gran porcentaje de los recursos de las FARC proviene de la economía de la droga, en varias fases de su producción y comercialización. Alfredo Rangel, un especialista colombiano dedicado al estudio de las FARC, estima que aproximadamente el 60% de los varios cientos



Radial Press

Los orígenes de las FARC son anteriores a la revolución cubana, que caracterizó el movimiento insurgente en América latina durante la guerra fría.

de millones de dólares anuales de la guerrilla se deriva de esta fuente. (Rangel también menciona las declaraciones de Carlos Castaño, el líder de los paramilitares, también creciendo de manera acelerada, según el cual estas fuerzas

* Político norteamericano, especializado en Perú y Colombia. Miembro del Interamerican Dialogue, en Washington. Vivió varios años en el Perú cuando era funcionario de la Fundación Ford.

obtienen un 70% de sus recursos de la misma fuente.) El resto de las considerables ganancias de las FARC son producto de secuestros y extorsiones. Recién adoptaron otra ley estableciendo un «tributo revolucionario» cuyo valor neto supera un millón de dólares.

En ese sentido, ¿las FARC pueden ser consideradas un grupo netamente político, o más bien criminal? ¿Actúan como una guerrilla clásica –al estilo Sandinista (en Nicaragua) o FMLN (en El Salvador)– o como delincuentes o grupos mafiosos? Estas interrogantes son fundamentales y marcan la polarización entre los que elogian y apoyan el camino hacia las negociaciones (después de todo, las FARC tienen un plan de reformas) y los que están convencidos de que la conducta de las FARC es principalmente criminal, es decir, que hay demasiados intereses económicos de por medio y ningún incentivo para negociar en serio, de buena fe.

Como suele suceder en tales debates, cada posición tiene algo de razón. La verdad es que las FARC son sumamente complejas y numerosas, con aproximadamente 17.000 combatientes organizados en más de sesenta frentes en todo el país. Aunque su base es rural y sus actividades están concentradas en el sur del país, es cierto que las FARC tienen presencia, o por lo menos han cometido acciones violentas, en alrededor de un 40 % del territorio nacional. Últimamente, algunos artículos han señalado su éxito en la construcción de «grupos de apoyo», más allá de los 17.000 combatientes, acercándose de esta manera a los centros urbanos, incluyendo a Bogotá.

También existen divisiones internas en su liderazgo nacional. Su líder indiscutible, Manuel Marulanda –o «Tirofijo»– favorece una estrategia política, mientras que su segundo, Jorge Briceno –o «Mono Jojoy»– se presenta más partidario de una orientación marcadamente militar. Otros líderes de distintos «frentes» reparten sus preferencias entre una y otra táctica.

Lo que sí es cierto es que (a pesar de las tentaciones) las FARC difícilmente pueden compararse con otros grupos insurgentes que estuvieron activos en su momento en América Central, o en el Perú, tales como Sendero Luminoso o el MRTA (Movimiento Revolucionario Túpac Amaru). Marulanda ha participado activamente en la lucha desde fines de los años cuarenta, cuando tenía apenas 19 años, en el contexto de la lucha sangrienta partidista Colombiana conocida como «La Violencia». (En ese episodio traumático, la clase dirigente responsable de haber iniciado la violencia también se encargó de ponerle fin a través de un acuerdo entre los principales partidos y el Frente Nacional en 1958). Es importante subrayar en este sentido que los orígenes de las FARC preceden la revolución cubana, la cual ha caracterizado el movimiento insurgente en otros países de América Latina durante la guerra fría. La evolución de las FARC presenta aspectos sumamente interesantes al surgir previamente a la guerra fría: se desarrolla dentro de su lógica, y en la última etapa –a partir de los años ochenta, pero sobre todo en los años noventa– se alimenta y nutre de la economía criminal.

Analistas colombianos tienen puntos de vista disímiles en relación con las pretensiones de las FARC. Algunos sostienen que desean tomar el Palacio de Nariño en Bogotá y que Marulanda pretende usurpar el lugar de Andrés Pastrana como presidente de la República. Otros dicen que lo que quieren las FARC es influir en la política nacional, dándole un enfoque más social y equitativo. Por otro lado, otros analistas argumentan que las FARC prefieren consolidar su control local territorial como lo han hecho en San Vicente de Cajuán, la zona de «despeje» situada en el sur del país.

Cualquiera sea la teoría acertada, no cabe duda que las FARC buscan poder –y están dispuestas a conseguirlo a un altísimo precio. Como han constatado grupos de derechos humanos, las

FARC han sido responsables de diversas violaciones del derecho humanitario en sus zonas de mayor control. En las elecciones municipales, según Rangel, las FARC «están tratando de imponer un modelo de 'democracia popular' de corte autoritario y no pluralista, pues incluye el veto de los candidatos y las campañas de los partidos tradicionales».

to a su apertura, incluyendo la visita de algunos dirigentes a varias capitales europeas en julio de este año, así como el hecho de haber recibido a distintos distinguidos personajes en San Vicente de Cajuán. Sin embargo, el grado de desconfianza es profundo. El hecho de que ningún representante del grupo asistiera a la reunión de «Paz Colombia» en San José, Costa Rica, del 16 al 18



Las FARC difícilmente pueden compararse con otros grupos insurgentes tales como Sendero Luminoso o el MRTA.

Al mismo tiempo, está claro que cualquier solución al conflicto colombiano tiene que ser de carácter político y no militar. Es difícil, si no imposible, imaginar un escenario optimista mientras que el Estado colombiano no recupere mayor control y autoridad en el país. En la medida en que el Estado pueda mostrar avances en este sentido, el mismo aumentaría las posibilidades de nivelar el terreno en las dos partes del conflicto, y así incentivar a las FARC a negociar más seriamente, de buena fe.

Es cierto que las FARC han mostrado varias señales alentadoras en cuan-

de octubre, fue un golpe muy decepcionante para muchas de las organizaciones sociales comprometidas con la paz en Colombia.

Las FARC tienen visión de largo plazo. Parece que no tienen afán de negociar. Los Colombianos también entienden que cualquier solución al conflicto no va a aparecer de un día para el otro. Pero su paciencia tiene su límite. En algún momento tienen que darse avances concretos hacia un acuerdo. Sin embargo, cuesta imaginar un progreso de cualquier tipo en vista de que el Estado carece tanto de legitimidad como de eficacia. ■

LA URSS Y CUBA

DEL COMUNISMO ORTODOXO AL SOCIALISMO TROPICAL

RONALDO MENENDEZ



Addie Barandiarán. La Habana, 1989.

HISTORIA DE MATRIOCHKAS

La izquierda en Cuba nunca fue siniestra. Pero el esfuerzo desmesurado del aparato estatal por hacernos creer a los cubanos que la Unión Soviética era un paraíso, fue algo imperdonable. Cuando a finales de los ochenta el comunismo de Europa del Este pasó a ser lo que el viento se llevó, la isla chica se convirtió en infierno grande. Aquello era una imposible broma de mal gusto: el paraíso no podía ser desterrado del reino de este mundo con la misma facilidad con que Adán y Eva fueron despachados de aquel otro paraíso de ficción.

Fue como si *El Capital* dejara de ser el tan cacareado libro científico que blandían los profesores de la Universidad de La Habana, para convertirse en una fatigosa novela de tres tomos cuyo protagonista moría de un inexplicable infarto en la última página. La razón de que el derrumbe del campo socialista a los cubanos nos cayera como una ducha fría, tuvo mucho que ver con la información. Ni *glasnost* ni *perestroikas* bañaron las costas de Cuba hasta el último minuto. Y ya se sabe que sólo conociendo las siniestras maniobras que empedraron el «bienintencionado» camino del sistema soviético, podía evitarse el gigantesco malentendido con su consecuente sorpresa.

La información era imprescindible: sobre la Revolución bolchevique, que muchos historiadores ya habían calificado de golpe de Estado, hasta el innecesario asesinato del zar con esposa e hijas (incluyendo los perritos falderos

de palacio). Desde el tratado Hitler-Stalin, hasta los campos de trabajo forzado que florecieron en tiempos de Lenin, y luego los otros gobernantes se encargaron de sobrepoblar con intelectuales inconformes, delincuentes comunes, homosexuales, disidentes y retrasados mentales. Desde suicidios inexplicables como el del poeta Vladimir Maiacovski, hasta brutales destierros como el de Mijail Bulgakov, pasando por el hacha a lo Raskolnicov que aplastó –literalmente– las incómodas ideas que salían de la cabeza de Trotsky. El conocimiento de estos hechos llevó a muchos a concluir que en el capitalismo brutal y salvaje, el hombre explota al hombre. Pero en el comunismo soviético, el hombre explota.

Sólo conociendo los medios, podía sospecharse que el fin distaba mucho de la construcción del paraíso terrenal. Pero hasta que no llegó el juicio final de la *Perestroika*, para los cubanos permanecieron inmaculadas las figuras de Lenin, Stalin, Andropov, Bresniev y el resto. Lo que estaba ocurriendo en términos de información se parecía a un juego de matriochkas: era imprescindible desarmar una figura detrás de otra para llegar a la semilla del problema y averiguar qué había fallado.

El filósofo Yuri Karyakin cuenta una anécdota que ilustra este fenómeno. Eran los años cuarenta, cuando el novelista Alexander Solchenitzyn acababa de ser premiado con la reclusión en uno de esos campos al fondo de Siberia. Había sido acusado de cuestionar la sabiduría de Stalin en una carta priva-

da. En la celda vivía un prisionero medio idiota llamado Vladimir, encargado de limpiar los baños y sacar los uriniales. Solchenitzyn entonces odiaba a Stalin, pero protesta encolerizado porque era una ofensa que la más abyecta de las labores la realizara quien llevaba el nombre del glorioso líder que instauró el comunismo en la URSS.

hambre de cada día y sus endurecidas vísceras ideológicas. Al final se llegaba el primer icono del juego de matriochkas, gordito, sonriente y barbudo, con un enorme libro bajo el brazo: *Das Kapital*, y su autor, Carlos Marx. Pero en Cuba nunca fue posible jugar a esta revisión progresiva porque los iconos ya estaban desmonta-



«Todo el mundo protesta porque la situación es crítica, pero nadie falta cuando el gobierno convoca a una marcha de reafirmación patriótica frente a la embajada norteamericana.» Foto: Prensa Latina.

Había desarmado el primer muñeco del juego de Matriochkas, pero seguía creyendo en Lenin. Era muy difícil saltarse las etapas. Se empezaba por el evidente camarada Stalin, que era una realidad cotidiana sembrada de cadáveres injustificados. Una vez quebrada su figura, aparecía otra en su interior, el padrecito Lenin, con su

dos. Alineados uno al lado de otro por un inquebrantable orden histórico: iluminados por la pareja luz de la perfección.

LOS HIJOS DE DAVID

De un día para otro, la flota comu-

nista –reminiscencia de la armada invencible– había sido desarmada y hundida. Cuba se quedaba solitaria en el centro del Caribe a noventa millas de los malos, con la última bandera del comunismo izada a media asta.

Recuerdo exactamente el último titular que leí en un diario *Pravda* antes de que los periódicos soviéticos dejaran de circular en la isla: «Bresniev, un líder cómodo». Fue como conjurar un encantamiento: desapareció el idioma ruso que se impartía en los colegios, los cursos de Comunismo Científico de los programas universitarios, los feos animados rusos de la tele, las noticias sobre otra nave soviética que se iba al cosmos, y todo el vía crucis de interminables filmes proyectados los fines de semana con títulos tales como «Moscú no cree en lágrimas», o «Romance en una siderúrgica de los Urales». Ya no volveríamos a ver las olimpiadas con los soviets ganando todas las medallas, y empezaría a aparecer perversos neologismos como mafia rusa, o terrorismo separatista checheno.

El lema con que los colegiales clausuraban sus actos cívicos se volvió profundamente enigmático: «Pioneros por el comunismo, seremos como el Ché». Esta frase, que con pueril entusiasmo fue repetida por todos los que nacimos después de 1959, cobró a finales de los ochenta su exacta dimensión. Y se completó con el nuevo lema con que Fidel Castro empezó a cerrar sus discursos: «Socialismo o muerte, venceremos». La izquierda cubana había dejado de recorrer los caminos del mago de la hoz y el martillo, porque el encantamiento se había quebrado. Fue como si se cumpliera el vaticinio de Vallejo: «Cuidate de la hoz sin el martillo, cuidate del martillo sin la hoz». Los principios no son negociables..., pero con los finales, no hay que

ser tan estrictos. Para los cubanos, el socialismo dejaba de ser rojo y volvía a ser verde. Verde olivo como el ejército rebelde y como los cañaverales de la isla.

Comunismo tropical, le llamaron –en broma y en serio– algunos dirigentes del Partido. Una curiosa combinación del increíble Papamóvil en las calles de La Habana en el año 1998, cruzándose con ladas rusos y chevroletos de los años 50. Mezcla del antimperialismo yanqui de siempre, aderezado con el humanismo redentor a lo Ché Guevara y los principios de igualdad social defendidos al ritmo de la salsa. Tropicana, Varadero y hoteles sólo para turistas, aliviados con la famosa salud y educación gratuitas para todos. Desde entonces ha habido mucha hambre en la isla, pero nadie se muere de hambre. Los salarios no pasan de quince dólares al mes, pero la gente gasta más de veinte. Todo el mundo protesta porque la situación es crítica, pero nadie falta cuando el gobierno convoca una marcha de reafirmación patriótica frente a la embajada norteamericana.

La izquierda cubana fue tan diestra como la mano de un zurdo. Supo sacar del debilitamiento la fuente de fuerzas imprescindible para mantenerse a flote: el mito del destino único y redentor. El socialismo sigue siendo el Camino (con mayúsculas), y basta ver cualquier edición del noticiero nacional de televisión en la isla para confirmar que otros –tal vez más de la mitad del planeta, incluida la ex Unión Soviética– están peor. Y los que están mejor, algo habrán hecho para permanecer instalados en el Primer Mundo: algún pecado de bienestar directamente proporcional a la miseria de otros. Mientras tanto, Cuba insiste en lanzar la primera piedra, con la convicción de que su honda es la de David. ■



Pablo Veramendi, circa 1920, Cusco.

(Propiedad de la Agencia Española de Cooperación Internacional)

She is naked

ANAMARÍA MCCARTHY

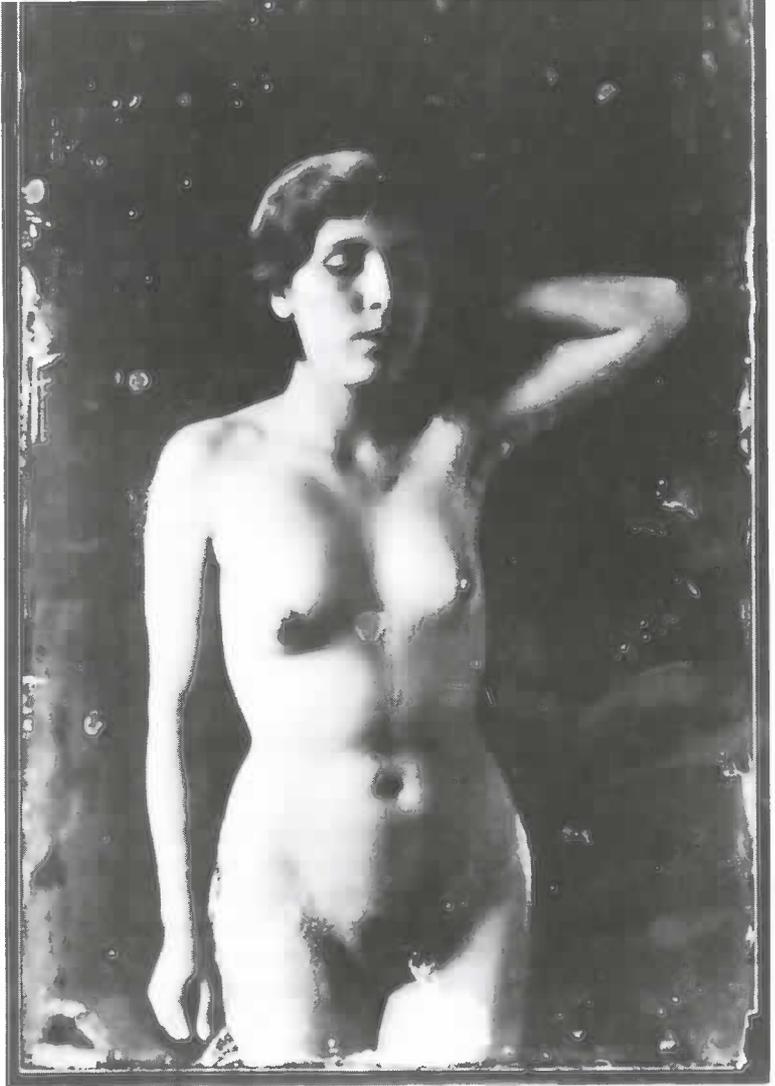
*She is not naked as she is.
She is naked as the
spectator sees her.*

*(Ella no está desnuda como ella es.
Ella está desnuda según como la
ve el espectador.)*

JOHN BERGER

La presencia de una mujer en una imagen fotográfica expresa la actitud que ella tiene consigo misma y define su voluntad. Sus gestos, expresiones, la ropa que utiliza, el ambiente y su estilo personal, en fin, todo lo que hace a su expresión física y espiritual contribuye a esa presencia. Así, la presencia de una mujer fotografiada incluye aquello, tangible o intangible, perceptible o no a los ojos de los demás, que finalmente la separa del mundo. Es el tejido de su personalidad que el hombre tiende, apenas, a interpretar como una emanación física, un olor o un aura. En realidad, es todo aquello y mucho más. Presencia que cobra su máxima intensidad cuando la mujer está desvestida o, con más exactitud, cuando se viste de su desnudez.

El desnudo fotográfico establece una distancia donde el cuerpo se convierte, para el fotógrafo, en un símbolo o signo que lo lleva en este proceso a registrar lo que cree haber descubierto. Son muchos los estudios teóricos que han enriquecido nuestra visión y comprensión sobre el tema. John Berger, en su libro **Ways of seeing** (Formas de ver), cuando se refiere a la mujer desnuda en la historia del arte señala: «*La forma esencial de ver a la mujer, el uso esencial de las imágenes de las mujeres, no ha cambiado. La mujer es mostrada de una manera muy distinta que el hombre, no porque lo femenino sea diferente que lo masculino sino porque se asume que el espectador 'ideal' será hombre y la imagen de la mujer se diseña para halagarlo.*»



Pablo Veramendi, circa 1920, Cusco.
(Propiedad de la Agencia Española de Cooperación Internacional)

Si el mundo en general se ordena en función del hombre, la historia del arte también ha sido escrita principalmente por hombres sobre otros hombres que hacen arte. Por tanto, la presencia de la mujer aparece no sólo para halagar al espectador sino al artista mismo. Por eso es que la visión, intención y resultado de una mujer retratando a otra mujer merece una teoría aparte. Curiosamente, Berger no toca el tema y sólo se limita a decir que hay excepciones. Felizmente, en el arte existen tantas interpretaciones como en el cielo estrellas. No soy partidaria de marcar diferencias entre el arte masculino o femenino, de catalogar el arte, pero vale la pena entender que el papel de la mujer en el siglo XX y, ahora, en el siglo XXI es de protagonista tanto en la ejecución de la obra como en el motivo.

La mujer ha dejado de ser un objeto decorativo que posa para el espectador. Su sexualidad le pertenece. La mujer como objeto se convierte en persona que también desea y proyecta sus deseos. Felizmente, el espectador «ideal» es uno mismo. El desnudo artístico se convierte en fuerza imaginaria que nubla la fuerza emocional y carnal. El mensaje es otro, la lectura es otra. Se relatan historias personales, se comparten intimidades, se registran las debilidades humanas y la admiración de la piel se vuelve compleja y vulnerable.

El desarrollo de la fotografía se puede medir en tiempos –la velocidad de la toma– pero, en realidad, la imagen fotográfica es un simple registro de la intención del artista: la puesta en escena, el ojo por los detalles, la importancia de los elementos o la ausencia de ellos. Nunca he pensado que la cámara fuese algo más que una simple herramienta para lograr el propósito del artista. Ese propósito es recrear lo que su imaginación ha construido o captar un momento de la realidad y convertirlo en una imagen que refleja las intenciones de quien lo está realizando. La fotografía es el testimonio de una idea materializada, aunque sea por un instante, y fijada para siempre sobre papel.

El desnudo en la historia

Las primeras fotografías del desnudo para ser exhibidas al público tenían que desviar la atención de la sexualidad, justificarla. El artista tenía que proporcionar los elementos para la puesta en escena: los disfraces y el montaje. La mujer no podía *ser-ella-desnuda*, se requería de un pretexto donde la modelo desaparecía en la pose. A fines del siglo XIX, en Europa, la fotografía y la pintura mantenían una complicidad y correspondencia profesional. Los pintores, como en el caso de Delacroix, solicitaban a los fotógrafos sus servicios para registrar la escena que deseaban pintar para disminuir las largas horas que los modelos debían dedicar a posar. Los fotógrafos, a su vez, construían un espacio a partir de elementos tomados de escenas pictóricas.

Hace poco descubrí, en el libro de Keith McElroy, que el pintor peruano Francisco Laso también basó sus pinturas en una serie de fotografías (no eran desnudos) que solicitó a amigos fotógrafos, inclusive posando él mismo para «La pascana en la cordillera» en 1868. A comienzos del siglo XX los fotógrafos europeos ya habían logrado su propio peso artístico a través de sus imágenes, dejando de lado los disfraces y fondos que utilizaban para complacer los requerimientos del pintor u olvidándose de los elementos que tomaban prestado de la pintura. La fotografía empieza a registrar el cuerpo con mayor naturalidad, sin pretextos, ubicándolo en un ambiente más humano y cotidiano.

En el caso del Perú, el desnudo no fue introducido como expresión fotográfica sino hasta décadas más tarde. Vale la



Eugène Courret, 1910-20.

(Archivo de la Fototeca Andina del Centro Bartolomé de las Casas, Cusco)

pena revisar los desnudos fotográficos de los artistas peruanos de principios del siglo, pues en muchos casos se mantienen en colecciones fuera del alcance del público. En efecto, recién en 1988 en Lima se presenta la primera gran muestra fotográfica contemporánea sobre el cuerpo humano en el Centro Cultural de la Municipalidad de Miraflores, basándose en el desnudo. Hoy, sin embargo, casi no hay fotógrafo contemporáneo que no haya experimentado en algún momento con trabajos sobre el desnudo.

El libro de William A. Ewing **The Body** (El cuerpo) recorre más de un siglo y medio de historia fotográfica. El cuerpo siempre estuvo presente, lógicamente, pero la imaginación, el descubrimiento, la experimentación y el ingenio humano han hecho de éste el vehículo más utilizado en la fotografía. Es fascinante observar el camino del desnudo desde 1850 hasta la fecha. Cuando se dice que no hay nada nuevo en el arte porque ya todo se ha hecho podemos apreciar que las imágenes se hacen y se rehacen a lo largo de los siglos para ser captadas finalmente por diversos lentes.

El baúl de la Fototeca Andina

Cuando en 1993 participé en el Mes de la Fotografía en el Cusco con una de las primeras muestras de desnudos fotográficos contemporáneos expuestas en esa ciudad, sentí, de alguna manera, cierto atrevimiento ante el silencioso código moral subyacente a las presentaciones artísticas en las ciudades de provincia. La sociedad cusqueña es recatada y conservadora. Sin embargo Teo Alain Chambi, nieto de Martín Chambi, organizaba el evento y me extendió la invitación tal vez para romper ese hielo cultural de una vez por todas. Conocí allí a José Ignacio Lámberti, director en ese entonces de la Fototeca Andina del Centro Bartolomé de las Casas. Aproveché para preguntarle si sabía de la presencia del desnudo en su archivo histórico, pues yo, hasta la fecha, la desconocía. La riqueza de la fotografía cusqueña se debe a fotógrafos talentosos que trabajaron en la época de oro en la ciudad imperial. Aquellos aventurados fotógrafos con su diversidad de visiones son verdaderos pioneros en el desarrollo del arte peruano.¹ Es difícil imaginar las complicaciones que surgían para programar una sesión de desnudos en tiempos donde apenas los tobillos de las damas podían mostrarse al público.

Lámberti pudo ubicar en la Fototeca Andina estupendas imágenes de desnudos (jamás exhibidas) acreditadas a José Gabriel González, Pablo Veramendi, así como una secuencia de un fotógrafo anónimo. También en el archivo se encontraron dos negativos de Eugène Courret que, en contraste con las placas de vidrio originales, son reproducciones de una revista

1 La mejor recopilación de la fotografía histórica del sur andino que se ha reunido hasta la fecha es, sin duda, «La modernidad en los Andes», exposición premiada en el FotoFest 1992 de Houston, Texas y curada por el crítico peruano Fernando Castro y por Peter Yenne, quien ahora tiene a su cargo el archivo de los hermanos Vargas de Arequipa.



Fotógrafo anónimo, circa 1920, Cusco.

francesa publicada entre 1910 y 1920. Vamos a comentar estas obras e intentar descubrir alguno de sus secretos.

José Gabriel González (Cusco, 1875-1952)

Cuenta Luis Nieto Degregori, en un artículo publicado en la revista **Somos** en 1992, el reciente descubrimiento o, mejor dicho, re-descubrimiento de la obra de González cuyas fotografías eran, en parte, atribuidas erróneamente a Martín Chambi. Aparentemente José Gabriel González fue el primer contacto que tuvo Chambi cuando llegó por primera vez al Cusco. Gracias a la colaboración de su nieto, Efraín Gonzales de Olarte, economista también cusqueño, se ha podido identificar no solamente su obra sino conocer su historia personal y el papel tan importante que desempeñó como retratista de la época. El fotógrafo González dedicó su oficio a registrar las reuniones sociales y paseos campestres. Sin embargo, el gran número de imágenes religiosas (iglesias, santos, procesiones y de los mismos miembros de la Iglesia) hace pensar que fue en realidad el fotógrafo oficial del clero cusqueño.

El único desnudo de González en mi poder (que aparece en esta carátula de **Quehacer**) no deja de ser la más perturbadora.

Una joven sentada sobre un banco en lo que parece ser un patio interior. Su mirada directa nos hace sentir su incomodidad frente al fotógrafo, a la cámara o a la situación en general. Se desconoce la intención de González al fotografiarla tan indefensa y pequeña en un encuadre que la consume. Su mano, tapando lo poco que puede, lo mismo que sus trenzas largas estructuran un lenguaje corporal que no inspira erotismo sino cierta compasión. Contrariamente a muchas fotos de González, donde el personaje retratado está posando frente un fondo pintado elegantemente con muebles de estilo, esta joven es fotografiada en un lugar improvisado mostrando, de alguna manera, la clandestinidad de la toma. Tal vez la inquietud creativa de González lo conducía por caminos más audaces, pero la dificultad de investigar en el tema seguramente lo limitaba.

Pablo Veramendi (Cusco)

La única referencia que tengo de Veramendi es que fue aprendiz de José Gabriel González, que vivía en el Cusco y que su archivo pertenece a la Agencia Española de Cooperación Internacional pero se mantiene en custodia en los archivos de la Fototeca Andina desde 1988. Con las imágenes de Veramendi el caso es totalmente contrario. Impresiona esa maravillosa fotografía de una mujer posando naturalmente, con sus labios pintados mirando al cielo. Un lunar estratégicamente dibujado bajo su boca, apoyada sobre un tapiz brocado con el fondo clásico del estudio. La modelo se muestra orgullosa y entregada al lente con total complicidad del artista.

La otra imagen de Pablo Veramendi es bastante enigmática. El torso de una mujer con su brazo levantado y la mirada baja. No hay un fondo distinguible y más bien parece que hubiese sido anulado conscientemente. Su pose forzada y dura muestra la incomodidad que pudo haber sentido, y nos hace recordar a las tantas modelos que posan en las clases de dibujo anatómico de las escuelas de arte. Muy probablemente ninguno de los fotógrafos se especializaba en este género y, por lo general, las mujeres que aparecen en estas imágenes eran amigas personales o prostitutas locales, de allí que su exhibición en público hubiese sido muy comprometedoras o muy improbable.

El fenómeno Eugène Courret

Courret nace y muere en París, pero vive en Lima por casi 40 años, desde 1861 hasta 1900. Indiscutiblemente fue el fotógrafo francés más significativo en la historia de la fotografía peruana, sin embargo, no se sabe a ciencia cierta su fecha de nacimiento. Hay quien afirma que además de las 150,000 placas del Archivo Courret que posee la Biblioteca Nacional en Lima, también hay un número considerable de placas en colecciones

privadas en el Perú y el extranjero. Las muestras de sus obras no registran fotografías de desnudo femenino, pero evidentemente existen.

En aquella época la gran sociedad limeña fue retratada por Courret. Hace unos años pude rastrear el retrato de mi bisabuela Juana Salaverry de Oliva, nieta del presidente peruano Felipe Santiago Salaverry, y de otra de sus hijas menores Marie y Clarita seguramente de fines del siglo XIX. Aquellas placas pertenecen a la colección de los dueños de La Casa Mandril en Lima. La colección consiste en un aproximado de 10,000 placas de vidrio guardadas envueltas en periódicos –de la época– y en orden alfabético por el apellido del retratado.

Eugène Courret llega a Lima en 1861 para colaborar en el Estudio Manoury & Ca., donde ya trabajaban miembros de su familia que habían llegado unos años antes. En 1873 se convierte en el afamado Estudio Courret Hermanos. Fernando Castro cuenta que «*El estudio Courret perduró a través de la bonanza del guano, la Guerra del Pacífico y la República aristocrática; es decir por más de setenta años. Que haya sobrevivido más tiempo que cualquier otro estudio fotográfico en la historia del Perú, se debe, en parte, a la habilidad en los negocios y en las relaciones públicas de los Courret.*»² Las famosas *cartes-de-visite* (tarjetas de visita) que portaban retratos personales eran tarjetas de presentación que definían el rango social y el poder económico de los representados. De ellas, en gran parte, provenía el éxito del estudio Courret.

Se piensa que volvió Courret a París antes de 1900 donde se estableció en un nuevo estudio. Se piensa que las imágenes que publicamos en este número aparecieron en una revista francesa unos años después de su retorno a París, y me parece que el escenario para esta sesión de fotos fue un cuarto de hotel. Se puede apreciar, parcialmente, la cabecera de una cama, una mesa de noche y una botella de licor. La mujer posa con total naturalidad a la luz de la ventana, escobillando su pelo en una imagen y simplemente apoyada sobre una mesa cubierta con una manta en la otra. El ambiente parece desinhibido, muy al estilo parisino, y la composición de la foto recoge elementos de la pintura de la época. En suma, los desnudos de Courret se inscriben en la corriente del desnudo fotográfico europeo, pero su residencia en el Perú y nuestras costumbres probablemente han impedido que conozcamos más en detalle esta parte de su obra.

La mirada anónima

En la Fototeca Andina también encontramos los trabajos de un fotógrafo anónimo. El díptico que publicamos, fotografiado

2 Gracias al libro de Keith McElroy *Early Peruvian Photography*, editado en 1977, y al artículo de Fernando Castro «Courret & compañía» publicado en la revista *L'Imaginaire* en 1990, pude entender mejor el clima y las costumbres de la gran sociedad limeña y así comprender mejor la función del fotógrafo.



Fotógrafo anónimo, circa 1920, Lima.

en Cusco alrededor de 1920, parece estar destinado a un registro específicamente médico o antropológico, por la pose mecánica frontal/perfil de la modelo. Las facciones indígenas son propias de una mujer campesina. En contraste con la timidez de la joven en la foto de José Gabriel González, aquí la



Fotógrafo anónimo, circa 1920, Lima. (Colección de Fernando Castro)

modelo, como un soldado en atención, parece estar muy concentrada en desempeñar un trabajo serio e importante. La intención del fotógrafo tiene un gran impacto en el clima y el riesgo que experimenta el sujeto retratado en la imagen. Curiosa es la confianza que uno siente cuando está desnudo frente a un doctor. El médico inspira cierto respeto profesional, científico, no erótico, como suele suceder en el arte por la dosis de fantasía que acompaña la situación íntima. Se percibe claramente la diferencia intencional entre las imágenes de este fotógrafo anónimo y las de Veramendi, González y Courret.

Debe haber muchas placas por descubrir en colecciones privadas de Cusco, Arequipa y Lima, entre otras tres ciudades del país. La fotografía del desnudo, al comienzo del siglo XX, es todavía un capítulo abierto a la investigación que nos debe llevar a ampliar, con el tiempo, el número de imágenes encontradas, prestadas o rescatadas del siglo que se fue.

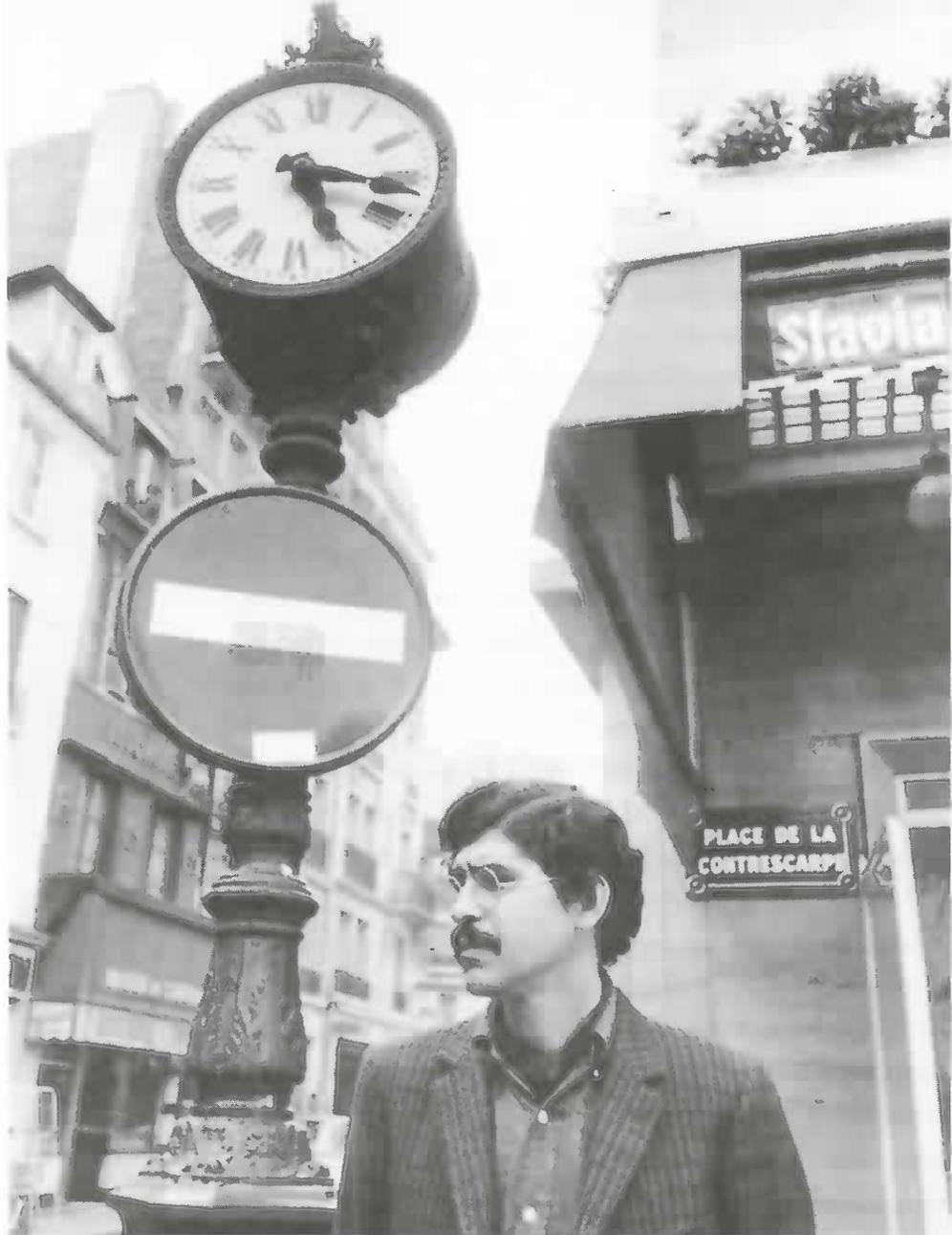
El desnudo en el arte siempre será fuente de sorpresas, pues a través de él no nos podemos alejar demasiado de nosotros mismos o disfrazarnos: su presencia o su ausencia es tan reveladora de la historia que nunca dejará de llamar nuestra atención. El cuerpo es el soporte que nos ubica en el presente, a mitad de camino entre lo que fuimos –en la fotografía– y lo que seremos –en la siguiente foto.

Desnudos limeños, circa 1920

FERNANDO CASTRO*

Hace cuatro años Eleanor Griffiths de Zuñiga, la entonces directora de *Lima Times*, me obsequió una colección de unas veinte placas de vidrio de 5" x 7". Muchos de esos negativos eran desnudos que imprimí con una curiosidad no sólo lasciva sino también iconofílica. Eleanor nunca me aclaró quién era el autor y yo no quise insistir. A medida que hacía las copias en la oscuridad de mi laboratorio me fui dando cuenta de que la relación entre el fotógrafo y la modelo (o modelos) fue una de complicidad, y quizá hasta de intimidad. Digo, «modelo (o modelos)» porque a pesar de lo fidedigno de la fotografía es difícil saber si se trata siempre de la misma persona. Lo que sí es seguro es que ni el fotógrafo ni la modelo tuvieron la intención de mostrar estas imágenes a nadie. Al verlas estamos asistiendo a un espectáculo privilegiado. Es como espiar a través del hueco de una cerradura o de una ventana dejada incautamente abierta. Es obvio que en ocasiones la mirada del fotógrafo es plenamente erótica. Capta a la modelo como le gusta poseerla. En otras ocasiones, sin embargo, aunque la modelo es conspicuamente sajona, el fotógrafo la viste y la rodea con objetos que resuenan con motivos indigenistas. La época de estos negativos es precisamente la década del apogeo de la vanguardia peruana que fue predominantemente indigenista: 1920. La mirada erótica es universal y no necesita explicación; la vocación indigenista del autor de estos desnudos, y quizá de su modelo (o modelos), suscita interrogantes.

* (Tomado de la muestra «Fotografía Peruana al Desnudo» que se exhibe actualmente en La Plata, Argentina, organizada por Anamaria McCarthy, dentro del III Mes de la Fotografía Latinoamericana del Centro de Fotografía Contemporánea de La Plata.)



B. Pestana

Un amigo muerto, un domingo, un otoño

ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

Hay fines de semana sin gente que ver, sin ganas de ver a nadie, tampoco. Es domingo todo el tiempo, a partir del sábado a eso de las 5 de la tarde, y, gracias a Dios, no he comprado periódico alguno, hace semanas que no sé nada de la liga de fútbol, y la televisión como si no la hubieran inventado todavía. La música está terminantemente prohibida, en domingos así, que incluso empiezan antes de tiempo. Diablos, cualquier tipo de música sería realmente peligrosísima, en circunstancias tales que la sola idea de la existencia física o cantada de un Julio Iglesias puede ser de necesidad mortal, a juzgar por lo que uno sabe de sí mismo. En la sala hay un gran libro a medio leer, y hay decenas más esperando lectura en mi biblioteca, pero en días así sucede lo mismo con los libros que con el cine. Hay varias salas de estreno en el barrio y películas que ver, pero eso vendrá después, tal vez el lunes, a lo mejor el martes. En fin, eso vendrá no bien este oscuro bienestar se transforme en molesta melancolía y la larga visita de algún amigo muerto anuncie un punto y aparte.

– Si todo me sale bien, dentro de pocos meses habré partido al Perú, Julio...

París, en casa de Julio Ramón, 1974. «Ja... aquellos tiempos ...»



B. Pestana

– Dios te dé más años de vida de los que a mí me concedió en Lima, viejo.

Una tira de años, en París, Julio Ramón Ribeyro y yo almorzamos juntos cada domingo. Siempre estuve invitado a su casa, a eso de la una de la tarde, y Alida, su esposa, se encargó de recordármelo muy cariñosamente por teléfono, cada semana. A veces Julio Ramón ni siquiera me recibía porque andaba con una gripe febrosa, por ejemplo, y se negaba incluso a que lo visitara unos minutos en su dormitorio.

– No entres, Alfredo, porque muerde –me advertía Alida, explicándome que me había dejado mi almuerzo listo, también el de Julio, por si se le antojaba comer algo al pesado ese. Luego se iba a algún compromiso vinculado a su trabajo y, como Julito hijo se había ido desde temprano con sus compañeros de colegio, el resto de aquel domingo me lo pasaba sentado en la sala, oyendo a Julio Ramón estornudar o toser y carraspear, como quien intenta explicarme que está de un humor de perros y que para otra vez será, viejo.

Volveré al Perú dentro de unos pocos meses, casi a la misma edad en que Julio Ramón regresó. Él no tuvo suerte, pues los amigos comunes siempre me han contado que sus años limeños fueron los más felices de su vida y que se acabaron demasiado pronto, que mereció vivir mucho tiempo más. Y esto es cierto, ya que Julio era incapaz hasta de escribir una carta, de lo feliz que estaba en Lima. Me consta. Jamás me escribió desde allá. Yo a veces lo llamaba por teléfono, de Madrid, pero he llegado a la conclusión de que él no podía creer ni aceptar que mi voz le llegara desde tan lejos, desde un mundo que había dejado atrás para siempre.

– Hola, viejo... Sí, viejo... Gracias por tu llamada, viejo...

Recuerdo que lo llamé una vez para felicitarlo, porque le acababan de conceder el muy importante premio Juan Rulfo, en México, y que me contestó una mujer. Me dijo, de parte del señor Julio Ramón Ribeyro, que estaba en una rueda de prensa internacional y que lo volviera a llamar dentro de una media hora, más o menos. ¡A mí con ésas! ¡A mí con vainas y detallitos! Aquello me produjo una cólera tremenda, pero tan sólo unos minutos, porque la verdad es que nunca he olvidado la risa que me invadió de pronto al pensar que Julio tenía hasta una secretaria y que no había sabido qué hacer con la llamada de su amigo, en larga distancia, ahora que de pronto se encontraba rodeado por la prensa, por decenas de fotógrafos, ciego de flashes, ahí rodeado por

la fama, o ante ésta, o en medio de ésta, en fin, qué sé yo de famas. Sin embargo, la sola idea de imaginar a Julio Ramón desbordado e incomodísimo por una suerte de estallido del éxito, me causó tal hilaridad que tuve que esperar a que se me pasara bien la risa para volver a marcar su número de teléfono.

Julio Ramón no pudo asistir a la ceremonia de entrega de ese premio, muy pocos meses después, en Guadalajara, México. Alida, su esposa, y Julito, su hijo, asistieron en su lugar. Yo andaba invitado a la feria del libro, festejando los 25 años de la



Con Julio Ramón Ribeyro. París, 1967, el día de su matrimonio.

publicación de *Un mundo para Julius*, y pude acompañar bastante a Alida y Julito a tanto acto público, tanta entrevista, tanto todo. De la muerte de Julio Ramón me enteré muy pocos días después, en Caracas.

– Perdona que no te recibí el domingo pasado, viejo. La gripe me pone de un humor negro, y nada detesto más que imponerle mi mal humor a un amigo como tú...

– Perdóname tú, más bien, Julio. Perdóname que desde este muy personal domingo madrileño, uno de esos que empieza en tarde de sábado, incluso, yo en cambio te imponga mi estado de ánimo.

– Sí, se te nota mustio. No triste o melancólico o nada. Sólo mustio. Como si no existieran el fútbol, la televisión, los libros, el cine, y qué sé yo qué más...

– Sylvie te ha guardado siempre cierto rencor, ¿sabes? Desde el día en que, siendo casi una niña, empezó a piropear en su casa, ante varias personas, en su afán de ganarse el cariño de mi gran amigo y cómplice. La hiciste llorar delante de todo el mundo. Ella andaba en plena piropeada, entre gente mayor y que apenas conocía, y tú la cortaste de un solo golpe.

B. Pestana, 1974



En la recordada casa de la Place Falguière, con su mejor amigo ya operado, luego del regreso de Alfredo Bryce al Perú. Años después, Julio Ramón le enseñaría el camino de regreso a Lima.

– Lo siento, Sylvie, pero yo he llegado ya a la etapa del desamor.

– Salió disparada a llorar al baño, Julio Ramón.

– Ni me acuerdo, viejo. Pero debió ser porque yo siempre preferí a Maggie, y tu seguías casado con ella.

– Tú no sólo preferías a Maggie, Julio... Tú estabas enamorado de ella. Y ella de ti. Ustedes dos se adoraban, en todo caso, y así me lo hicieron saber una tarde en que andábamos los tres reunidos en mi departamento. Mi mejor amigo en este París del diablo, y mi adorada Maggie, enamorados... La idea, sin embargo, no me hizo infeliz, porque tanto tú como Maggie eran demasiado buenos, demasiado

limpios, demasiado nobles como para causarme daño alguno a mí. Maldita sea. Ahora recuerdo que la idea me hizo incluso bastante feliz, de una manera muy especial, eso sí, y que no puedo calificar sino de **alcahuetamente feliz**.

– Ja... aquellos tiempos...

– Hoy fueron felices aquellos tiempos, Julio Ramón...

– Me alegra mucho saberlo. Realmente.

– Y sin embargo, Maggie decidió irse al Perú...

– Y apareció Sylvie...

– Y reapareció Maggie, un año más tarde...

– Pasaba de todo en esos tiempos, caray...

– Y de pronto te enfermaste. Cáncer.

– Me acuerdo, sí, me acuerdo... Por supuesto que me acuerdo.

– Y de pronto se enfermó también Maggie. Flebitis muy aguda.

– Por eso no venía a verme nunca al hospital, claro...

– Una mañana tras otra, una semana tras otra, mes tras mes (así de interminable, en todo caso, me resultó aquello), todas las mañanas las pasé acompañando a Maggie en el hospital Cochin, y luego corriendo a visitarte a ti, cada tarde, en el hospital Saint Louis. Por las noches Sylvie y yo nos acompañábamos en nuestra locura, en el inmenso manicomio que era íntegra la ciudad de París, de bar en bar. Bar del Ritz, Harry's Bar, Calvados, Rosebud, Closerie de Lilas, La Coupole, Aux-Deux-Magots, Flore, Old Navy, La Chope... De herida en herida nos acompañábamos hasta el amanecer...

– ¿Cómo acabó eso?

– Maggie sanó y se fue a Lina, después de haber trabajado en París algún tiempo. Sylvie se casó y se fue a Italia. Yo empecé a trabajar como un loco en algún libro.

– Y yo me volví a enfermar, claro.

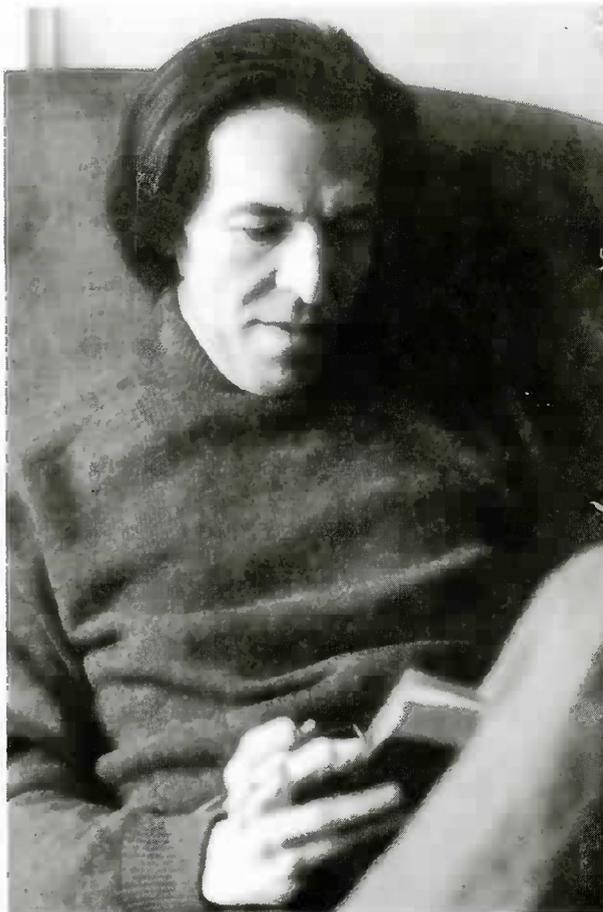
– Fue la segunda operación, sí. Te abrieron y te cerraron, Julio...

– Y viví veintiún años más, «de permiso».

– Yo empecé a salir con una linda chica venezolana. Era mi alumna en la universidad y un día ella misma me pidió que saliéramos juntos. Se llamaba Inés, y era realmente linda y muy simpática... Bueno, digamos que no me hice de rogar...

– De ésa sí que no me acuerdo...

– Cómo te vas a acordar, Julio Ramón, si estuviste todo el tiempo en el hospital Saint Louis, otra vez. Incluso te puedo contar que esa chica me abandonó por tu culpa, sin que siquiera te enteraras. Bueno, digamos que por tu culpa, es una manera de contar. Lo cierto, en todo caso, es que me dejaba en el hospital todas las tardes, pero se moría de celos de hacerlo, porque creía que tú y tu enfermedad eran un



«La idea, sin embargo, no me hizo infeliz porque tanto tú como Maggie eran demasiado buenos, demasiado limpios, demasiado nobles como para causarme algún daño a mí».

invento mío y que el truco del hospital y mis visitas diarias me permitía encontrarme diariamente con otra mujer...

– Ja... Ésa sí que estuvo buena...

*Como todo el mundo, yo a veces he querido morirme, sí. Pero de ahí a quererme matar, media una enorme distancia. Sin embargo, harto de Maggies y Sylvies e Ineses, me imagino, intenté hacerme nada menos que el hara-kiri, con un gigantesco cuchillo. No sé por qué aquello fue en casa de mis amigos José Luis García Francés y Paolo Pinheiro. Tampoco sé por qué estaba yo ahí solo y por qué había bebido una cantidad tan salvaje de vino. Total que todas estas circunstancias, más la memoria perdida, tremendo **black out**, hicieron que esa noche fuera un milagro que Paolo llegara justo en el instante en que la hoja del cuchillo y mi barriga...*

– Algo de eso me acuerdo, sí...

– Paolo y sus reflejos me salvaron la vida, pero no sin que antes

lucháramos violentamente por la posesión del cuchillo. Y, cuando llegó José Luis, yo acababa de cortarme un dedo con la hoja del cuchillo, en el fragor de la batalla, y como que volvía en mí, aparatosamente ensangrentado, en aquel último piso de la avenida Parmentier. Me llevaron a un hospital cercano y me cosieron sin darse cuenta de que me había cortado también el tendón. Hubo que operarme, semanas después, en el hospital Cochin, donde me visitó una Sylvie absurdamente recién casada en Italia y de visita en París, en aquel momento...

– Viejo, te pasaba cada cosa a ti, por aquellos años...

*En efecto, me pasaba cada cosa a mí, por aquellos años. Y sabe Dios dónde archivará la memoria unos sucesos que sólo reaparecen en estos domingos que empiezan desde el sábado, a eso de las 5 de la tarde. Es como abrir una caja china; pues los recuerdos contienen más y más recuerdos, casi interminablemente. Hasta que, por fin, un día ya es lunes, un día ya es martes... Por ahora, de la absurda visita de Sylvie, recién casada en Italia, ha salido la más absurda visita de Julio Ramón, también al hospital Cochin y también cuando me operaron el dedo. Llegó un viernes por la tarde, el hombre que escribió el extraordinario relato titulado **Sólo para fumadores**, el más grande y empecinado fumador que yo haya visto jamás. Y yo acababa de quedarme sin cigarrillos y el fin de semana empezaba, y nadie, aparte de Sylvie y de él, sabía que yo andaba metido en un hospital.*

– Te agradecí tanto tu visita, Julio Ramón. A ti, que los hospitales debían producirte verdadero horror.

– Qué ocurrencia, viejo. Uno termina por acostumbrarse hasta al cáncer...

– Pero fuiste a buscarme cigarrillos para el fin de semana y no regresaste más...

Será lunes, tal vez martes, el día en que le escuché a Julio Ramón decirme que, a fuerza de desearme todas las cosas buenas que él no tuvo en la vida, lo cual es una gran verdad, llegó incluso al extremo de abandonarme sin cigarrillos en una cama de hospital, para que nunca lo siguiera en su negativa senda de fumador sin remedio alguno.

– Si te aguantas dos o tres días, viejo, por qué no una semanita... Y, luego, un par, y así... Adiós al tabaco, viejo...

– ¿Adiós al tabaco canceroso?

– Para siempre, viejo.

Y todo esto por fin es verdad, porque ya es lunes, y mañana martes, y... ■



¡Salvo el gol, todo es ilusión!

*El gobierno de Fujimori no ha apoyado nunca el deporte ni la creación artística. Los montos asignados en el presupuesto son bajísimos. Simplemente, le importan un comino. El torneo Descentralizado, el Instituto Nacional de Cultura, la selección peruana, la Biblioteca o el Teatro Nacional no están en su recortada agenda. Quizá, pensando en el año electoral del 2000 y en lo bien que le hubieran caído los triunfos de la selección en estas eliminatorias, se animó a interesarse por el fútbol y a poner en calma las removidas aguas dirigenciales. Fujimori sentó en una misma mesa, por ejemplo, a Nicolás Delfino de la Federación, a Humberto Ugarte de la Asociación y a Alfredo Gonzáles del club Universitario de Deportes. El mismo Fujimori fue quien apresuró el paso y facilitó la contratación de Francisco Maturana como el entrenador de la selección peruana de fútbol. Incluso, en los peores momentos de la gestión del **coach** colombiano, expresó públicamente su respaldo. ¿De cuándo acá el interés del Presidente por el destino del fútbol peruano? Fujimori solamente asistió una vez al estadio, y lo hizo en su condición de candidato en 1990, en un clásico del fútbol peruano. A pesar de ser hincha del Alianza Lima optó por la tribuna de oriente del estadio de Matute —generalmente reservada a los hinchas «cremas»— porque consideró que a occidente iría su contendor Mario Vargas Llosa, cosa que ocurrió.*

Entre las múltiples razones que se pueden mencionar frente al considerable atraso del deporte peruano en la década del noventa, está la total indiferencia del Estado. Teófilo Cubillas se queja todo los días de las propinas que recibe el Instituto Peruano del Deporte. La eliminación del Mundial Japón-Corea no es más que la última estocada. Esta situación ha merecido que el reconocido constitucionalista Marcial Rubio Correa ponga los puntos sobre las íes y señale a los responsables.

LOS JUGADORES NO TIENEN LA CULPA

MARCIAL RUBIO

Yo creo que si el Perú se lo propone (y cuesta más en voluntad y decisión que en dinero), podría empezar desde hoy a dar un salto cualitativo en materia deportiva. Pero el gobierno (el presidente Fujimori y la ministra María Luisa Cuculiza, principalmente) tendrían que expresar si están o no dispuestos a hacer algo, en vez de callar a esta hora, que es la de reconocer errores y omisiones

Cuba es un país que todos sabemos pequeño y pobre. ¿Ud. se detuvo a mirar y comparar en el medallero de Sydney? Es la undécima potencia mundial y la primera de América Latina: tuvo veintisiete medallas, once de las cuales son de oro (nosotros tenemos tres en toda la historia de los juegos olímpicos). No es, por tanto, sólo problema de dinero o de comer bien desde chiquito (aunque esas cosas ayudan mucho): un país conducido por su gobierno hace o no hace nada. En el Perú no se hace nada ni parece que se piense hacer.

Para eso habría que comenzar modestamente. Por ejemplo, elegir unos cuantos deportes y poner todo el empeño en ellos. Tal vez el voley femenino, que ya dio la máxima gloria en deporte de equipos, el fútbol masculino que está en la sangre de la gente y algunas

disciplinas atléticas en las que podamos destacar.

El primer objetivo podría ser, en voley, quedar atrás de Brasil en los juegos sudamericanos; en fútbol salir de la cola y pasar al pelotón de en medio; y en atletismo tratar de arañar alguna medalla sudamericana (que no es mucho pedir por los records que existen en esta parte del mundo). Desde luego, no hay que pensar en lograrlo el próximo año. Si comenzamos hoy, tal vez podamos llegar a estos sitios en tres o cuatro años con las chicas que hoy sólo pueden utilizar cosméticos a escondidas de sus padres y con los chicos que están cambiando de voz.

Porque el salto cualitativo del deporte peruano tendrá que ser cambiarlo de raíz. Miremos, por ejemplo, el fútbol, pero de una manera objetiva. En el Perú ningún jugador corre más rápido que los oponentes (y, por favor, incluyamos aquí a los venezolanos a los que tampoco ganamos en carrera). Ningún futbolista hace el 70% de los pases de más de treinta metros con exactitud (en esto sí ganamos por poco a los venezolanos, pero no al Aguinaga de Ecuador). Casi ningún jugador peruano «las gana por alto». Una jugada de **corner** a favor del Perú es siempre favorable a la defensa con-

traría. Los tiros libres casi nunca se convierten en goles y los volantes no patean desde la media cancha contraria al arco porque casi nunca le aciertan al arco. Y esto, por supuesto, hablando de la selección porque es mejor no mencionar el campeonato descentralizado.

Y cuando todo esto sucede, ¿qué piden los comentaristas deportivos? Está Ud. atento: piden que el Perú la juegue «a ras del piso», que saque a relucir su «tradicional dominio de pelota» con el que descuajeringará a la defensa contraria. Esto es como pedir que, frente a la secretaria que hoy sabe dos idiomas y maneja diestramente la computadora, otra pretenda competir con taquimecanografía en castellano.

Desde luego, la destreza con la pelota será la gran diferencia, siempre que sea el toque final a todas las otras habilidades y esta es la gran diferencia: el deportista peruano (en este caso el jugador de fútbol, pero en los demás deportes también) tiene que ser ante todo un atleta capaz de rendir al tope en habilidades motrices. Además, tiene que aprender la técnica moderna del juego en equipo y de todas aquellas cosas que no sabe hacer. Por eso creo que, cuando al equipo peruano le pedimos que juegue «a ras de piso», que luzca su «tradicional dominio de pelota» lo volvemos a condenar, desde hoy, a no clasificarse para el mundial del 2006 y, con actitud similar, hacemos lo propio en todos los demás deportes.

La crítica se ha vuelto a centrar en Uribe y en los jugadores. Yo creo que ellos dan todo lo que pueden, que por las condiciones de nuestro fútbol no es mucho. Tenemos jugadores en el extranjero pero no están ni mucho menos en el Manchester United, ni en el Bayern de Munich, ni en el Milan ni

en la Fiorentina, ni en el Real Madrid ni en el Barcelona. Recorriendo titulares y suplentes, no hay ninguno en los doscientos primeros lugares. Pero, ojo, sí hay africanos de aquéllos que comen menos que nosotros y Cameroun (al que en un campeonato mundial pasado miramos por encima del hombre hasta que nos empató) ya es campeón olímpico de fútbol.

Esto no es una crítica ni a Palacios, ni a Solano, ni a Pizarro. Todo lo contrario: ellos deben ser orgullo nuestro porque viajan al exterior pedidos por su calidad, y eso es casi un milagro personal de cada uno si tomamos en cuenta que se hicieron en un país en el que se les ofrece tan poco para ser buenos. No es contra ellos que debe ir nuestra rabia.

Debe ir contra nosotros mismos como peruanos y como hinchas de los variados deportes que existen. Lo primero que hay que hacer es decidir que queremos ser buenos, y esa es una decisión política. Cuba lo ha demostrado con mucho menos de lo que nosotros podemos tener. Esta ausencia de responsabilidad política es de nuestro gobierno (y de los pasados). Me molesta que los periodistas digan «hay que cambiar las cosas». Tienen que decirle a la ministra del Promudeh: «Sra. Ministra, cambie Ud. las cosas» y al presidente de la República: «bríndele apoyo para que las cambie». Y eso hay que hacerlo hoy.

Sólo cuando este primer y decisivo paso sea dado, los que sí saben de deporte dirán qué es lo que hay que hacer. Sólo entonces, cuando tengamos posibilidades y no las usemos, critiquemos a entrenadores y deportistas. Hoy comencemos a criticar la ausencia de política deportiva en el país. Seamos coherentes e intransigentes. Así podremos empezar a cambiar las cosas. ■

LAS ALPACAS TAMBIÉN MIGRAN

HILARIO AQUINO Q.

FOTOS: HUGO CARRILLO*

El 21 de junio pasado, un artículo en el **Financial Times** de Londres afirmaba que Inglaterra contaba con un programa de poblamiento mínimo de 20,000 alpacas para obtener rentabilidad en su nueva y prometedor industria textil alpaquera. Por ahora cuenta con un poco más de 3000 alpacas y ya maneja un banco de genes que le procura la mayor pureza genética de estos animales. Mientras en el Perú se obtiene 1.5 kgr de fibra por año, y con un pelo de 25 micrones promedio, en Inglaterra ya están obteniendo 4 kgr por año y fibra de 20 micrones de finura promedio.

La Cooperativa de Fibra de Alpaca Británica paga a cada criador británico 10 libras esterlinas por cada kilo de lana de alpaca, más un porcentaje de los beneficios obtenidos por la venta de confecciones en el mercado local. Esta misma cooperativa compró el año pasado 4 toneladas de vellón de alpaca.

Hace cuatro años se fundó la Sociedad de la Alpaca Británica (BAS), que cuida que el Banco de Genes de la Alpaca en el Reino Unido no se corrompa con genes de animales inferiores o cruces con llamas, guanacos o vicuñas. Representantes de esta sociedad revisan la pureza genética de los animales antes de que viajen a Inglaterra. Es decir, el mejor germoplasma del Perú está en Europa.

La migración de alpacas desde el

Perú hacia Estados Unidos, Europa, Australia y Asia, empieza a mediados de la década del 80, ya sea por contrabando o por exportación legal. Hasta hace diez años, de cada 100 alpacas 96 estaban en el Perú. En 1998 se registraron 2 millones 960 mil animales. En Bolivia hay 324.326 alpacas y en Chile 33 mil. En Australia y Estados Unidos existen ya más de 30 mil alpacas. En setiembre último viajaron 171 hacia Suiza. Una alpaca viva en Inglaterra cuesta US\$12,100, mientras que el mismo animal joven se compra aquí en S/. 300.

Los contrabandistas compran las alpacas, hembras jóvenes en su mayoría, en las zonas altoandinas de Tacna, y son llevadas hacia Bolivia por la zona llamada Tripartito, que tiene límites con Bolivia y Chile, que es el país de destino. Una vez en los puertos de Arica e Iquique, las alpacas son puestas en cuarentena durante cuatro meses. Llegadas al Reino Unido, permanecen nuevamente en cuarentena durante cuatro meses más antes de que pasten y troten por los verdes prados de los típicos minifundios del sur de Inglaterra.

LAS NUESTRAS

La crianza de alpacas -Lama pacos- es la actividad principal y fuente de

* Jefe del Programa de Desco en Huancavelica.



ingreso de miles de familias campesinas asentadas en un medio ambiente agreste que impone el espacio altoandino de alta montaña. El eje alpaquero de Huancavelica está ubicado en la franja subtropical, que pasando por la sierra central sur, abarca toda la zona alto andina. Corresponde a la zona de vida: bosque muy húmedo, montano subtropical y páramo muy húmedo subalpino subtropical, que según Pulgar Vidal abarca los pisos altitudinales de puna y janca (más de 4000 m.s.n.m.).

En la actualidad no hay zonas de producción de pastizales; lo que existe son praderas degradadas y sobrepastoreadas con especies de pastos palatables en extinción.

En estas condiciones, las familias campesinas están organizadas en comunidades de pastores que se dedican a la crianza del rebaño mixto familiar representado por la alpaca, en su mayor parte. Existen más de 50 comunidades, con unas 2,500 familias en cuatro provincias de Huancavelica (Angaraes, Huaytará, Castrovirreyna y Huancavelica). La población de camélidos en este departamento es significativa a nivel nacional,

ocupando el tercer lugar con un 11.8%. En alpacas, Huancavelica también ocupa el tercer lugar con un 11% del total nacional según CENAGRO - 94.

La crianza de camélidos constituye una de las principales actividades de estas familias alpaqueras, tornándose en su medio de vida y sustento económico básico. Pero, debido al sistema de crianza, la alta promiscuidad genética, la escasez de pastos y otros factores, la calidad de las alpacas en Huancavelica es deficiente, ya que más del 80% de los animales son animales huarizos -cruza-dos- y degenerados, con serios problemas de consanguinidad del rebaño, que trae como consecuencia bajos índices de producción y productividad, repercutiendo en los ingresos de los criadores.

Otro de los factores que dificultan la obtención de alpacas de buena calidad es la alta consanguinidad y, por consiguiente, la degeneración genética de los animales debido al uso indiscriminado y sin selección de reproductores. Por el sistema de crianza, los productores no realizan el refrescamiento de sangre (introducción de reproductores seleccionados). Por el contrario, cada año utili-

zan reproductores de peor calidad, portadores de taras genéticas causadas por una alta consanguinidad del rebaño de alpacas; a esto se suma la crianza mixta entre alpacas y llamas que degenera la calidad de los animales.

fundamentalmente la economía de las familias campesinas.

Estos son los principales problemas por componentes:

El hábitat y los recursos naturales

- Oferta forrajera estacional deficien-



Los contrabandistas las sacan del paraíso natural y se las llevan a Inglaterra.

LA ALPACA COMO PROBLEMA

El subsector alpaquero tiene serias dificultades para su despegue debido a problemas específicos relacionados con los aspectos tecnológico productivos (sanidad, alimentación, mejora genética y manejo), la inexistencia de la gestión de los rebaños, la ausencia de créditos, la extensión y capacitación restringida (estatal), un desarticulado sistema de comercialización y transformación, la organización e institucionalidad debilitada, la inexistencia de infraestructura pecuaria, la mentalidad del productor y los agentes del desarrollo pecuario. Todo ello se agrava por fenómenos tales como sequías, granizadas, heladas, etc, que ocasionan una baja producción y productividad, que afecta

te y pérdida de la calidad.

- Deterioro y pobreza de los suelos.
- Pérdida y escasez del agua.

Producción y crianza animal

- Disminución, pérdida de la diversidad y calidad genética del ganado, mostrando una erosión genética y fenotípica alarmante.
- La crianza de alpacas presenta bajos rendimientos productivos y reproductivos, respecto a otras zonas.
- Limitada adopción de tecnologías para la producción y la transformación, la escasa o inexistente capacitación del productor.

Transformación y comercialización

- En la zona hay poco o ningún desarrollo de los procesos de transfor-

DATOS ESTADÍSTICOS

Cuadro 1

Población mundial de alpacas

Países	Población	Continentes
Perú	2705,158	Sudamérica
Bolivia	300,000	
Chile	20,000	
Argentina	2,000	
Ecuador	200	
USA	7,000	Norteamérica
Canadá	3,500	
Inglaterra	3,000	Europa
Francia	2,500	
CEI	10,000	Asia
China	5,000	
Nueva Zelanda	10,000	Oceanía
Australia	20,000	
Otros países	1,500	
TOTAL	3'089,858	

Fuente: Elaborado con base en: Sotelo (1989); Ruiz De Castilla (1994); DESCO (2000).

Cuadro 2

Población de alpacas en Huancavelica

Provincias	Población
Huancavelica	83,390
Castrovirreyna	44,770
Huaytará	40,130
Angaraes	23,270
Tayacaja	7,140
Churcampa	800
Acobamba	500
TOTAL	200,000

Fuente: OIA - MINAG - Huancavelica (1990).

Cuadro 3
Población nacional de alpacas

Regiones / dptos	1990	1994 - %	
Puno	1'523,850	1'605,398	55.34
Cusco	286,060	346,228	11.94
Arequipa	254,318	234,371	8.08
Huancavelica	218,182	330,618*	11.46
Ayacucho	174,545	129,506	4.46
Apurimac	152,740	84,948	2.93
Junín	56,594	33,678	1.16
Moquegua	32,383	41,535	1.43
Lima	26,182	20,132	0.69
Tacna	25,212	34,986	1.21
Pasco	21,261	19,998	0.68
Huánuco	5,000	1,914	0.06
Ancash	2,861	6,581	0.23
Ica	970	10	0.00
Cajamarca	--	7,266	0.25
La Libertad	--	3,055	0.10
Amazonas	--	217	0.01
Lambayeque	--	205	0.01
Piura	--	254	0.01
TOTAL	2'780,658	2'900,900	

Fuente: Elaborado con base en: OGA - MINAG (1990); Instituto Nacional de Estadística e Informática (INEI - 1995).

* Hay un error censal de 100,000 alpacas más de acuerdo a MINAG -Hvca. Lo correcto es 200,000 alpacas

Cuadro 4
Incidencia de malformaciones congénitas
y/o taras genéticas - Huancavelica.

Malformaciones	%
Prognatismo (superior e inferior)	13.00
Ojos sarcos	8.35
Microtía	6.00
Anotía	1.02
Polidactilia	0.70
Monorquidio	0.07
Hipoplasia testicular	0.02

Fuente: DESCO, Serie: Informe Técnico - H. Aquino (1999) - Mimeógrafo.



Para las familias alpaqueras, es su medio de vida y sustento económico básico.

mación de los productos y subproductos pecuarios.

- Sistema de comercialización débil e informal.
- Limitada demanda de los mercados locales (pobres y deprimidos).

Organización, institucionalidad

- Limitado desarrollo de los recursos humanos locales.
- Débil tejido institucional de apoyo al sub sector pecuario.
- La organización de los criadores alpaqueros se encuentra desestructurada, sin representación local, distrital ni provincial.

El problema se agrava al constatar que la política del gobierno en el sector de los camélidos domésticos no está estructurada en un plan orgánico e integral. Las instituciones del sector privado –ONGs, Iglesia– no tienen presencia significativa en el sector; las universidades e institutos no desarrollan actividades en el sector de los camélidos; existe una importante deficiencia de infraestructura económica, productiva y social en el espacio alpaquero –viabilidad, energía, salud, educación, comunicación–, así como debilidad y desestructuración de las instituciones sociales del sector.

Consecuentemente, los ingresos que reciben los productores de la actividad alpaquera son muy bajos, y esta es una de las razones de que las familias productoras huancavelicanas se encuentren en una situación de marginación social y pobreza.

A pesar de encontrarnos en una situación de extrema pobreza, pensamos que mediante el modelo de desarrollo sostenible por el que optamos –donde se considera el crecimiento económico, la equidad y la sustentabilidad ambiental– se alcanzará la misión y el objetivo del desarrollo alpaquero.

Para ello es fundamental trabajar en un cambio de mentalidad del productor, a fin de viabilizar y ejecutar los lineamientos y alternativas del proceso productivo alpaquero. El productor debe tratar de superar ataduras de orden tradicional, cultural, social y político, para transitar de ser un simple pastor a productor, con un sistema de crianza que también pase de tradicional a moderno, y probablemente del autoconsumo al mercado. Además, tener en cuenta el uso racional y adecuado de los recursos naturales, pasando de depredador a conservacionista, a fin de constituir una ganadería alpaquera sustentable y sostenible. ■



Pronto el casimir inglés será de pura lana de alpaca.

ALPACAS: VIEJOS PASOS, NUEVAS HUELLAS

JULIO CÉSAR POSTIGO

La relación económica entre el Perú e Inglaterra a lo largo de nuestra historia republicana es de diversa índole, destacando

siempre la orientación del capital inglés hacia la participación en los circuitos comercial-financieros, con escaso concurso en la explotación directamen-

te productiva. De las múltiples formas y ramas productivas que esta relación pone de manifiesto, para nuestros intereses hemos de relieves aquella en la que el capital mercantil logró articular diversos eslabones de un circuito comercial transoceánico: nos referimos al comercio de fibra de alpaca. Esta historia particular encuentra sus años emblemáticos a finales del siglo XIX e inicios del XX, con el auge de las casas comerciales en la ciudad de Arequipa y el desarrollo de las empresas textiles de Manchester y Bedford.

Los eslabones extremos de este circuito eran los productores alpaqueros de las zonas alto andinas, y las bollantes industrias del norte de Inglaterra; los eslabones intermedios estaban constituidos por los comerciantes peruanos que compraban la fibra a los productores, luego la vendían a las casas comerciales del sur, que a su vez vendían la fibra a sus comisionistas en Inglaterra, los cuales recibían el 3% de la venta final.

Cada uno de estos eslabones constituía una instancia de apropiación del excedente. Los precios de la fibra de alpaca eran establecidos por el mercado internacional, e iban descendiendo conforme transcurrían de instancia a instancia, aunque siempre se buscara mantener la tasa de ganancia mercantil inalterada, asignando el mayor perjuicio a los productores. Una última instancia de apropiación del excedente estuvo representada por la renta feudal terrateniente, generando un gamonalismo rentista que se beneficiaba del mercado de lanas.

El mercado internacional no sólo enviaba información sobre el precio que pagaría por la fibra de alpaca; también llegaban mercancías que las casas comerciales vendían en el interior. De esta forma quedaba establecido el intercambio desigual entre mercancías manufacturadas—provenientes del norte— y la materia prima obtenida de la esquila del camélido sudamericano.

El capital mercantil fue el superconductor que permitía la articulación de

zonas con lógicas de producción tan disímiles, constituyéndose la ciudad de Arequipa en una suerte de plaza persa donde, además de pasar las mercancías, quedaban los principales beneficios. Es en este período que se inicia la formación de los más respetables linajes «arequipeños», con base en un próspero grupo de comerciantes, extranjeros en su mayoría.

La existencia de miles de alpacas en países que no cuentan con las tradicionales condiciones naturales para el desarrollo de esta especie, nos confronta con una situación que podría presentarse en un futuro cercano: comprar reproductores de calidad del extranjero, para mejorar la calidad del ganado nacional. La asociación inmediata de esta situación con otras similares que le han ocurrido al Perú a lo largo de su historia no es forzada ni gratuita; baste recordar el guano, el azúcar, el caucho, por mencionar las más citadas en la historia oficial, y la papa como ejemplo reciente del siglo XX.

El gobierno actual, aún cuando se esfuerza por aparecer como «diferente» respecto a sus homónimos latinoamericanos y antecesores nacionales, no se diferencia de las formas que guardaba su ancestro de fines del XIX hacia el capital internacional. Tampoco parece haber establecido una política de desarrollo para la sierra, menos aún para las zonas de puna, donde los criadores de camélidos reciben los impactos de las zanjadas realizadas por el proyecto Sierra Verde o la esporádica aparición de UOPE para comprar fibra con mejor precio que los acopiadores. Asimismo, los pingües y desarticulados esfuerzos del CONACS (Consejo Nacional de Camélidos Sudamericanos) y los dispersos proyectos de los organismos no gubernamentales muestran, por un lado, la magnitud del problema y, por el otro, la existencia de alternativas de desarrollo, pero que requieren de acciones coordinadas con un gobierno que no cuenta en su vocabulario con la palabra escuchar, y mucho menos negociar. ■

EL EMBAJADOR Y EL TERRORISTA

UNA ENTREVISTA CON HARRY BELEVAN, POR ABELARDO SÁNCHEZ LEÓN



Wilyam Estelzo

Tú provienes de aquella antigua combinación diplomacia-literatura. ¿Cómo sientes en estos tiempos esas dos actividades?

– Es una tradición decimonónica – recuerda que la Cancillería es europea, pero aquí también hemos tenido amigos escritores como Francisco Vega Seminario, diplomático de carrera, o

García Calderón. Siempre he dicho que la diplomacia es mi ocupación y la literatura mi preocupación. Nunca se han cruzado los caminos y no he tenido que optar por una u otra.

– ¿La diplomacia te ha dado una visión distinta del Perú?

– Desde afuera, tal vez, vea las cosas con mayor serenidad. No hay esa inmediatez ni ese sentido de tragedia. No

digo sólo del Perú, sino de todos los países de América Latina. Se ve con mayor ponderación, con mayor equilibrio. Claro, siendo diplomático, uno está vinculado las veinticuatro horas del día, de manera que uno no está fuera del país, alejado de la noticia, más aún en una embajada como la que tengo a mi cargo en Bolivia, donde la dinámica bilateral es tan intensa.

– En tu reciente novela hay una ruptura con aquella literatura fantástica, donde se te ha ubicado en el Perú. Hay una vuelta al realismo, ¿no?

– Sí. Ya en *Fuegos artificiales*, a fines de los años 80, había un involucramiento –la palabra no existe, pero para que se comprenda lo que quiero decir– en el llamado realismo, en el compromiso, en el sentido tradicional de la palabra. Eran cuentos socialmente comprometidos. Pero esta novela, efectivamente, tiene una trama actual, truculenta, que puede entretener las horas de lectura del hipotético lector. Es algo de política y de erotismo, pero, de algún modo, de actualidad.

–¿Ese contrapunto entre política y erotismo tiene una simbología mayor? De un lado está lo político, pero carente de erotismo. De otro, la intensa vida sexual del embajador. ¿Por qué es así? ¿Por qué el terrorista se tiene que masturbar mientras el embajador, en cambio, vive unos polvos maravillosos?

– A través de ese contrapunto pretendí hacer aflorar, por contraste, dos de las caras que tenemos los seres humanos. La violencia es consustancial al ser humano.

Harry Belevan (Lima, 1945), diplomático de carrera, es embajador del Perú en Bolivia. Desde Julio de este año integra la Academia de la Lengua. Ha sido docente en diversas universidades del Perú y del extranjero. Entre otros libros ha publicado la novela *La piedra en el agua* (1977), los libros de cuentos *Escuchando tras la puerta* (1975) y *Fuegos artificiales* (1986). También es autor de varias piezas teatrales.

– ¿Ves violencia en el erotismo del embajador?

– Yo creo que hay violencia y me da mucha pena que los dos elementos que uso principalmente en la novela, la política y lo erótico, estén al servicio de algo degradante.

– En tu novela buscas otro contrapunto: la realidad y la ficción, porque incluso incorporas nombres propios, como es el caso de Néstor Cerpa. Salen una serie de referentes del MRTA.

– Junto con nombres ficticios, por ejemplo, está Mayta, uno de los tres personajes principales. Se trata del mismo Alejandro Mayta Avendaño, de *Historia de Mayta*, la novela de Mario Vargas Llosa.

– ¿Cuál es tu deuda, si la hay, con Mario Vargas Llosa en esta novela? Veo afinidades temáticas, de estilo, de ambientación.

– Bueno, me siento muy honrado de lo que dices, porque ciertamente estamos hablando de un escritor monumental como es Vargas Llosa. En cuanto a la trama, en esta novela el personaje de Alejandro Mayta siempre me gustó, y si bien no es considerada entre las grandes novelas de Mario Vargas Llosa, a mí me parece una gran novela y el personaje siempre me interesó. Yo lo tomo a lo largo de la novela porque en realidad es un Alejandro Mayta desilusionado, que va a recalar en sus últimos momentos a Bolivia, porque la aventura de Jauja, no relatada en la ficción de Vargas Llosa, define los años 50. Es una revuelta medio ridícula en comparación con lo que ha venido después: guerrillas, el MIR, Hugo Blanco, Sendero, MRTA.

– ¿Por qué esa vigencia de Mayta? Ya que Vargas Llosa lo tome, lo recuerde y lo recree, era bastante. Pero que tú lo vuelvas a retomar. Creo que hay una visión del revolucionario, llevado a la literatura, como un ser excluido, no protagonista, secundario, ridiculizable... Medio cura, mongo, novato.

– No lo había pensado, porque siempre juzgamos el pasado con más benevolencia, pero creo que lo que tuvimos en el Perú en los años 50, los 60, fue la guerrilla pero lo que hemos sufrido en los últimos años es terrorismo. El distingo no es tan sutil como parece. Baste recordar a los grandes teóricos de la guerrilla: Ho, por supuesto Ernesto Guevara, tantos otros, y vemos que el

– Vuelvo sobre la pregunta. Leyendo la novela da la impresión que se trata de un izquierdista tan derrotado (claro, la historia de la novela se ubica después de los rehenes en la embajada de Japón), marginal, sobreviviente, que los personajes siguen siendo unos guerrilleros tímidos o unos terroristas solitarios. Si bien a Alejandro Mayta Vargas Llosa lo toma en sus



El escritor piensa que el terrorista se siente superior a las masas; al fin y al cabo es un ser educado, y como muchos de nuestros terroristas tiene una conciencia mecánica de que tiene que luchar por ellas. Foto: Zornida Díaz / Reuters

terrorismo no tiene nada que ver con la guerrilla. En ese aspecto, creo que el personaje de mi novela, este joven, este terrorista en ciernes, Félix, el Compañero Chang, ciertamente es un asesino en potencia porque es un terrorista, lo que va a perpetrar, lo que va a cometer es un acto terrorista puro y simple.

inicios, tú lo tomas en las finales, pero es siempre un marginal, alguien que no hizo historia.

– Para escribir esos aspectos de la novela, los movimientos terroristas, investigué bastante, analicé todo lo que pude, incluso hurgué en un material al que tuve acceso por muchas fuentes.

Hay menciones que van a parecer ficción, pero no lo son tanto, y eso sólo lo sabrán los terroristas que están en estos momentos vivos y coleando en el Perú y América Latina. Hay mención a dos o tres movimientos que no se conocen, pero sin embargo existen. No quiero decir siquiera los países, pero hay una coordinadora de movimientos subversivos en América Latina en estos momentos. Yo tuve acceso a algunas de esas fuentes y veo en estos momentos que se percibe un proceso de readaptación terrorista en diversas partes de América Latina, donde están en un proceso de reorganización. Al parecer, estarían dispuestos, momentáneamente, con tal de reorganizarse, a dejar de lado sus diferencias dentro de la izquierda; leninistas con troskistas, guevaristas, anarquistas, pueden estar trabajando juntos.

- En la novela hay muchas referencias a todas esas escisiones, dentro de la amplia izquierda. ¿Crees que el lector podría verla como algo que ya pasó, una novela que llega tarde?

- Yo creo que el tema de la subversión, el peligro de la subversión, -no soy el único, lo han dicho personas importantes como Clinton, por ejemplo, cuando en su último mensaje a la nación dijo que el problema de la subversión a nivel planetario iba a ser uno de los graves problemas que debía enfrentar la comunidad internacional-. Esta globalización, para usar esa palabra de moda que me espanta cada vez más, también puede darse en los movimientos subversivos, y debemos estar atentos. Pero no es eso lo que trato de decir en la novela; en la novela trato de contar una historia.

- Pero hay una base real. Hubo un agregado militar peruano asesinado en La Paz

- Sí, un agregado naval. Hace exactamente diez años.

- ¿En alguna medida eso te inspiró la historia?

- No.

- ¿Cómo llegas a este tema?

- Yo tengo una visión muy poco romántica de la escritura y del trabajo literario. Para mí es algo muy mecánico, es una tarea diaria, es un oficio cotidiano. Lo que te quiero decir con esto es que no creo mucho en la inspiración, al menos no la he sentido nunca. Hago muchos apuntes. Por ejemplo, en una nueva novela que he comenzado, la esbozo; son apuntes que tienen tres o cuatro años.

- No te puedo creer

- Y, entonces, en un momento dado son centenares de páginas que guardo.

- ¿Tú te has documentado sobre todos estos movimientos guerrilleros, sin saber que iban a terminar siendo materiales para una novela?

- Cuando tuve más o menos la idea de la estructura de la novela, ahí sí que empecé a investigar específicamente el caso de los movimientos terroristas. El resto, los capítulos eróticos de la novela, son apuntes que fui acumulando y personajes que fui haciendo y que después tomaron una forma determinada. El factor que me indujo fue, tal vez, la liberación de los rehenes en la embajada de Japón, que nada tiene que ver con la novela. Es el punto de inflexión donde se cruzan, sin cruzarse físicamente, los dos personajes. Uno que quiere vengar la muerte de un primo en esa toma, el terrorista; y el otro, que tuvo algún vínculo con esa liberación que, naturalmente, los terroristas jamás llamarían liberación, sino matanza. Cuando eso sucedió, sentí que podría ser una estructura de la novela y comencé.... No la comencé a trabajar allí, pero más o menos comencé a ordenar mi información en función de ese interés.

- ¿Cómo resuelves aquello que para el escritor resulta tan difícil: dejar que la acción fluya por sí misma, que los personajes cobren vida a través de esa acción, ante un tema que implica una posición política o ética?



*¡Polvos revolucionarios, compañeros!
Harry Belevan lamenta que en su novela, la política y lo erótico estén al servicio de algo degradante.*

– Te confieso, anecdóticamente, que describir muchas cosas de este personaje repelente me fue difícil; no difícil por pudor o moral, sino por penoso, por desagradable a mí mismo como autor, pero creo que hay que darle libertad a todos los personajes.

– Tu visión de América Latina por lo que describes de La Paz, esa tajante división de pobres y ricos, es una visión clásica, ¿no?

– Es cierto.

– Ficho es el vínculo, digamos, ese cronista social.

– Ficho es un cronista social que existe, es amigo mío, es el principal cronista social de Bolivia y, efectivamente, no creo que esa evolución, no sé si será evolución o involución en nuestro continente, sea tan rápida. Yo creo que seguimos teniendo las mismas castas sociales con una burguesía que, para bien o para mal, es un poco más grande desde el punto de vista crematístico. Hay un mayor poder adquisitivo en mayor número de gente, pero creo que tenemos los mismos esquemas y esto –me corriges si no es

así— ocurre en todos los países del mundo. Creo que hasta en el paraíso debe haber clases sociales.

– **Tu personaje Félix, el terrorista, mantiene otro tipo de desfase, otra división, entre aquél que quiere hacer un acto de justicia pero, al mismo tiempo, no conoce y no sabe quiénes son el motivo de su acción revolucionaria. ¿Es otro mito?**

– Yo creo que también es una pretensión como autor, ojalá pueda ser entendida así, indicar cómo los terroristas tienen una idea y no necesariamente esa idea coincide con la vida diaria del propio terrorista. Que se siente superior a las masas, por ejemplo, al fin y al cabo es un ser educado; quiero decir que ha ido a la universidad y como muchos de nuestros terroristas tiene una conciencia más bien mecánica de que tiene que luchar por las masas.

– **¿No habrá de tu parte un prejuicio sobre el izquierdista, sobre el guerrillero, sobre el terrorista? ¿Por qué no es más desenvuelto, menos tímido, menos hosco?**

– Efectivamente, es tímido. Yo creo en ese personaje. He buscado, ojalá lo haya logrado, demostrar cómo este terrorista, que sería, como terrorista, un asesino en potencia, moralmente equivocado, es un hombre de una gran moralidad. Puede estar equivocado, pero dentro de su moral es un hombre recto, austero, que ni siquiera cae en la tentación femenina. Mientras que el otro, un servidor público, un político, un burócrata, un embajador, en fin una persona más normal, moralmente correcta, es un asco como ser humano.

– **En tu novela, ¿Mayta es un revolucionario sabio o uno que ha claudicado?**

– Creo que en él subsiste la ambigüedad, una ambigüedad clave dentro de la novela: saber finalmente quién es Mayta

– **Se le ve más bonachón. Un revolucionario jubilado.**

– Sobre todo desilusionado. Claro, un hombre a esa edad, Mayta tendría ochentitantos años hoy día, y esa edad, creo, es la edad de la desilusión, hasta para el hombre más feliz. Un hombre que ha sufrido tanto, como Mayta, según la novela de Vargas Llosa, tiene que estar desilusionado. Después de la novela, más aún.

– **Ubicarla en Bolivia te permite tratar el tema indígena. Hay un movimiento izquierdista autóctono, un neoindigenismo en la ambientación, si bien es urbana.**

– Yo menciono a un movimiento de hace muy pocos años que era el EGTK, el Ejército Guerrillero Túpac Katari, que en realidad no hizo absolutamente nada sino apartar a la izquierda y a la población en general, por miedo y por susto, de todo aquello que pudiera ser reivindicación social. Una torpeza sin nombre la de esos líderes. Conozco a algunos de ellos y se los he dicho también; a algunos que han participado en el EGTK los he conocido en Bolivia. Por otro lado, hay un recuerdo: un personaje se asoma y ve la hoyada, el valle donde está La Paz y sin saberlo, no lo recuerda, es el mismo día tantos años atrás, en 1781, en que en ese mismo gesto que mi personaje está viviendo ahora, en 1781, se asoma a La Paz desde lo alto Túpac Katari para hacer el llamado cerco de La Paz, cuando toma la ciudad. Bueno, la ciudad estuvo cercada durante casi un año, de marzo a noviembre de 1781. Eso lo digo al paso, porque al fin y al cabo Túpac Katari está relacionado con Túpac Amaru, y este es un terrorista del MRTA. Está vinculado y recuerdo la historia.

– **¿Cómo crees que reciban en Bolivia tu novela? Otro parecido con Vargas Llosa: él tiene a Camacho, que también era boliviano.**

– Sí, verdad, verdad. No había reparado en eso. Ojalá que entiendan mis tantos amigos bolivianos que esto es una ficción. ■



ME FUI PARA NOVELAR EL PERÚ

**UNA ENTREVISTA CON
ALFREDO PITA, POR
SARA BEATRIZ GUARDIA**

¿ Cuándo y por qué te fuiste del Perú?

– Me fui a fines de 1983, por la acumulación de mil factores. Pero la decisión la tomé en Ayacucho, después de la masacre de Uchuraccay. Te explico. Tras el crimen fui enviado especial de *El Diario de Marka* en la región donde hice varios reportajes y recogí denuncias; fue un trabajo sumamente revelador. Allí no estaba ante las escaramuzas lamentables de los grupitos de izquierda en los corredores y escaleras de *El Diario*. Estaba ante el país real, que se desangraba por culpa de Sendero y de los militares.

– Bueno, pero estabas en tu papel de reportero, ¿no?

– Efectivamente. Pero creo que en Ayacucho murió un tanto el

«En el Perú no sólo no podía escribir sino que no tenía partido que me protegiera, ni ONG que me diera trabajo, ni periódico amigo, ni familia acaudalada.»

Francisco Rodríguez / CARETAS

periodista y nació definitivamente el escritor. Los días que pasé allí, en que vi tantos muertos, fueron de reflexión y balance, pero también de revelación. Un día alguien me citó en el cementerio de Huanta para darme una información relacionada con lo ocurrido en Uchuraccay. Le hablé a un gran amigo, a Jaime Urrutia, que valerosamente aceptó llevarme en su camioneta a Huanta (y digo valerosamente porque en ese momento era muy peligroso andar por las carreteras de Ayacucho). La cita era al mediodía y la persona nunca llegó. Esperamos un par de horas. Los únicos que llegaron fueron unos campesinos que venían cargando un muerto. Habían caminado dos días y cuando llegaron, bajo ese sol de mediodía en la sierra, el olor del cadáver cubrió el mundo...

– ¿Fue cuando tomaste la decisión de irte?

– Ese día resumió para mí años de existencia. Ante ese muerto anónimo, en ese cementerio que de algún modo era el Perú, juzgué lo que había hecho de mi vida. Vi el desastre general, las amenazas que recibía en ese momento, el desbande político de mi generación. Pero también vi que no escribía, que nunca había cumplido con las promesas que me había hecho a mí mismo. Allí supe que en el Perú ya no había espacio para mí y que había llegado la hora de hacer algo por el escritor que el periodista casi había liquidado. Mi mujer, por otro lado, convalecía en ese momento de una operación al cerebro y necesitaba un tratamiento muy especializado; y mis hijos, aún muy pequeños, me necesitaban más que nunca. Por todas esas razones, y por otras que

Alfredo Pita vive en París desde 1983. Es autor de los libros de cuentos *Y de pronto anochece* (Lluvia, 1987), *Morituri* (Ecla, 1990) y del poemario *Sandalias del viento* (Extramares, 1996). Su novela *El cazador ausente* (Lluvia, 1994) forma parte del ciclo *El tiempo señalado*. Este libro ganó en 1999 el Premio Internacional de Novela «Las dos orillas», concedido por seis importantes editoras europeas.

tenían que ver, por ejemplo, con la inconsecuencia y el fracaso de la izquierda a la que pretendí servir, en el cementerio de Huanta tomé la decisión de irme.

– Y, después de esa decisión, ¿cuál es tu balance?

– ¿Qué decirte? El Perú de hoy sigue bajo los efectos de aquel período sangriento. Para mí ya entonces estuvo claro que entre el terrorismo de Sendero, la brutal represión militar y policial, y la defección de losseudoradicales de izquierda, el movimiento popular entraría en declive, quedaría a la deriva, desarticulado y librado a sí mismo, expuesto a la tentación populista. Esto permitió la expropiación histórica del mismo que luego realizaron Fujimori y Montesinos.

Por entonces yo andaba muy amargado, decepcionado por la incapacidad de la izquierda unitaria de proponer algo coherente al pueblo, pero también veía claro que los grandes protagonistas del período habían pasado a ser Sendero y quienes los imitasen, los que habían optado por el fusil. Hoy está claro que entre todos crearon las condiciones para la lumpenización del país, para la fascistización de la Fuerza Armada, para el advenimiento y durabilidad del actual populismo autoritario. Al respecto, y disculpa el paréntesis, ahora me pregunto qué pensará Abimael Guzmán en la cárcel. No le trajo al Perú la revolución asiática que soñaba pero sí impuso en el trono, por quince años por lo menos, a un emperador de cultura asiática, que no es Mao precisamente. ¿Se dará cuenta de lo que hizo?

– ¿Sigues siendo de izquierda?

– Por supuesto, de izquierda y crítico, como siempre.

– ¿Está presente el Perú en tu creación literaria?

– Está más que presente. ¿Cómo podría ser de otro modo? Nacer y vivir en el Perú te marca con fuego. Todos los peruanos lo sabemos, aún sin saberlo. Yo soy alguien formado en y por el Perú. Por lo tanto, irme del país, para

mí, no fue romper con lo mío, todo lo contrario. Necesitaba hacerme de las condiciones para poder escribir y, una vez logrado esto, no hago otra cosa sino escribir sobre el Perú. Incluso cuando cuento una historia que transcurre en una carretera europea o en la frontera de México con los Estados Unidos, el Perú está presente. Y es normal. Todos los días buceo en mi pasado, en el pasado de mi país y, como además trabajo en una agencia de prensa, cada día estoy en contacto con lo que ocurre en Lima o en Huancayo.

Hay, sin embargo, una gran ventaja que te da la distancia: puedes seleccionar mejor tus centros de interés, de ensueño, de ficcionalización. En la novela que escribo ahora hablo de hechos ocurridos en el Perú a fines de los años 80, y en ella poco a poco se ha ido imponiendo la presencia de la mujer. Me obsesiona el papel de la mujer en la crisis, su extraordinaria fuerza, su capacidad de sobrevivencia. Urdiendo mis historias ando por Lince, Miraflores, por Las Casuarinas, por el centro devastado de Lima de hace diez años, pero también por las barriadas, al tiempo que me asombro de la persistencia de nuestras culturas andinas y descubro aspectos de las culturas amazónicas en los que nunca reparé. Quisiera hablar de esos universos que, cuando vives en el Perú, se integran al paisaje general al punto que no los ves, porque la vida cotidiana nos impone mirarlo todo con una mirada anestesiada para no sufrir demasiado.

– ¿Qué ganaste y qué perdiste al salir del Perú? ¿Lo pondrías en esos términos?

– Sí, creo que se puede ponerlo en esos términos. Perdí muchas cosas al irme. Irse es amputarse, desgajarse, es estar dispuesto a romper con cosas graves y hasta fundamentales.

Hay que tener una cierta dosis de locura y de coraje para persistir en un proyecto de este tipo. Y éstas no son flores para los que nos hemos ido. En algunos casos, como es el mío, tomé esa

decisión porque no me quedaba otra. En el Perú no sólo no podía escribir sino que no tenía partido que me protegiera, ni ONG que me diera trabajo, ni periódico amigo, ni familia acaudalada. Yo había trabajado en diarios de izquierda y de oposición durante años. Una vez liquidado *El Diario* a mí no me iba a recuperar ningún periódico convencional. Irse, para gente como yo, significaba tirarse al mar, quemar naves y puentes, ver si realmente eres capaz de hacer algo con tus sueños, o si la queja permanente del Perú era sólo un pretexto. ¿Qué gané? Algo fundamental. Ser yo mismo, mejor dicho ponerme por fin a escribir. En ese sentido mi balance es positivo, creo que he ganado mucho. El aislamiento me ha fortalecido y me ha dado alguna lucidez sobre lo que quiero decir y sobre cómo puedo decirlo.

– José María Arguedas escribió en el Perú.

– Pero se mató. El suicidio de Arguedas, al margen de sus razones personales e íntimas, es una buena ilustración del sufrimiento que nuestra sociedad, y más aún la de esa época, puede infringir a un creador, incluso si lo reconoce y elogia, como fue su caso. Arguedas siempre estuvo haciéndose perdonar por Lima, por ser serrano, por escribir sobre indios, por sus ideas progresistas, por su divorcio. Yo conocí a José María; nació a la creatividad consciente, a la narrativa, a su lado. Era un ser noble, alguien herido desde la raíz, y más luminoso de lo que él mismo pensaba. Y también tenía sus ideas sobre el irse o el quedarse, sin reparar mucho en que él también se había ido del país de su infancia, de que también era un emigrante en Lima. Arguedas y Cortázar tuvieron una polémica absurda sobre el tema, de la que ambos luego se arrepintieron. Más tarde yo entrevisté a Cortázar y me dijo que él no se hubiera expresado en los términos en que lo hizo de haber conocido a Arguedas.

Dicho todo esto, y como no puede ser de otro modo, en tanto que escritor

provinciano que nunca caló completamente en Lima, quiero subrayar mi respeto por los escritores que trabajan hoy en el Perú. Por todos, pero en particular por los de «adentro», por Rivera Martínez, Díaz Herrera y Jara, que trabajan en Lima, por Colchado y Guerrero en el norte, por Nieto y Rosas Paravicino en Cusco. Todos ellos, y muchos más, trabajan donde la vida los

informado sobre lo que sucede en el Perú, pero cuando trabajo con la memoria por supuesto que vuelvo al Perú que yo he conocido y vivido. Y está bien que sea así. En mi novela hay un personaje que vuelve al Perú quince años después y le ocurre eso que tú dices. Él, que se ha ido para olvidar, para construirse una vida distinta, cuando vuelve halla que la gente que se quedó ha evolucionado



«Arguedas siempre estuvo haciéndose perdonar por Lima, por ser serrano, por escribir sobre indios, por sus ideas progresistas, por su divorcio.»

ha puesto. Pese a mi pesimismo sobre la atmósfera que los rodea, espero lo mejor de ellos y para ellos.

– Tengo la sensación, escuchándote a ti y a otros escritores que he entrevistado en París, que se han quedado prendidos emocionalmente de un país que ha cambiado, que en definitiva ya no existe.

– No recuso lo que dices. Es natural que uno responda a lo que han sido sus vivencias y experiencias. Yo estoy muy

nado, ha cambiado y que él se ha convertido en una especie de depósito de la memoria. Por otro lado, me gustaría afirmar con optimismo que el país, que la sociedad peruana que conocí, ya no existe. Pero no puedo hacerlo. El Perú que conocí mi generación era inhumano y terrible, y creo que lo sigue siendo ahora. Nuestra cultura es una cultura basada en el desprecio y en el rencor, y eso no se ha solucionado todavía ni se va a solucionar de inmediato. ■



La torre de Babel. Bruegel

MIGUEL GUTIÉRREZ Y MARIO VARGAS LLOSA: EL AMARGO SUEÑO DE LA UTOPIÍA

JOSÉ ALBERTO PORTUGAL

En 1993 se publican *Lituma en los Andes* de Mario Vargas Llosa y *Babel, el paraíso* de Miguel Gutiérrez. Estas novelas no sólo comparten el momento de aparición, sino también ciertos aspectos de construcción y tono que son particularmente interesantes.¹ De un lado, ambas novelas se construyen sobre la base de manipular géneros narrativos hiperconvencio-

nales, como la novela policial y el relato de viajero; y ambas novelas, también, le prestan especial atención a la representación del acto de contar historias, con lo que apuntan a destacar su propio carácter de actos de ficción.

1 Gutiérrez, Miguel. *Babel, el paraíso*. Lima: Editorial Colmillo Blanco, 1993; Vargas Llosa, Mario. *Lituma en los Andes*. Barcelona: Seix Barral, 1993.



Fanático Antonio Consejero.

De otro lado, a partir de toda esta gesticulación literaria, las dos novelas se conectan, en tensa relación, con motivos centrales de la experiencia y la imaginación de la intelectualidad de izquierda en el Perú. No vamos a perder de vista las diferencias que existen entre ambas novelas a este respecto, pero es importante llamar la atención sobre un aspecto que es común a ambas: el sesgo amargo de la imaginación que las sostiene como sátiras.²

1. *Lituma en los Andes* se ubica hacia el final de un proceso novelístico en el que tanto el tono como el foco de la sátira se han ido precisando. Este

proceso se puede rastrear desde *La guerra del fin del mundo* –que es el inicio de la obsesión novelística de Vargas Llosa con el tema de los intelectuales, las utopías, la revolución– a través de *Historia de Mayta* y *El hablador*. Se puede entender *La guerra del fin del mundo*, que es el inicio de esta serie de novelas, como una aproximación al pasado, como una interpretación de la historia de Canudos; pero es fundamental en la construcción de la novela la representación del proceso de construcción de ese pasado, de las múltiples perspectivas que lo informan. Es aquí donde reside el poder crítico (satírico) de *La guerra...: no como novela histórica, sino como novela ideológica, como exploración del universo mental enganchado a esa experiencia.*

2 Clark, John R. *The Modern Satiric Grotesque and its Traditions*. Lexington: The University Press of Kentucky, 1991.

En *La guerra del fin del mundo* es un tipo particular de idea de la revolución la que se instala en el universo obsesional del autor, la de la revolución mesiánica –el tipo de revolución, el tipo de idea movilizadora que puede adquirir particular fuerza en los espacios sociales más atrasados de sociedades divididas, donde las distancias en-

tre grupos humanos se encuentran exacerbadas por la enormidad de las diferencias económicas y culturales. Es el carácter que adquiere la utopía cuando es encarnada concretamente, políticamente, por un movimiento de masas en el que el liderazgo religioso se conecta con el reclamo de los oprimidos, y reta de manera directa no sólo el orden esta-

blecido, sino las posibilidades de otras formas de cambio, incluso de otras utopías, las utopías racionales y sus lenguajes (como el liberalismo, el socialismo).³

Este es uno de los ejes de la imaginación política de Vargas en esa época. Su preocupación por el choque de culturas al interior de una sociedad está insistentemente tematizada en sus artículos del período de redacción de *La guerra...* Su reflexión en el «Informe sobre Uchuraccay», posterior a la aparición de la novela, participa de este universo. Es en este temor que el sertón brasileño adquiere rango paradigmático, como también lo tiene en la novela la confusión de sus intérpretes: el delirio de Galileo Gall o la ceguera del periodista miope. La diferencia es que mientras la historia de

Con Lituma en los Andes, Vargas Llosa ingresa a la geografía andina. De acuerdo a Portugal, «el escenario de toda esta historia, está en abierto contraste con la noción de paisaje que emerge y se desarrolla en la literatura indigenista progresista» (En la foto: Mario Vargas Llosa con la tía Julia. Madrid, 1959).



Canudos se presenta como drama o espectáculo grotesco, las ficciones de los intelectuales se presentan como farsas.

De otro lado, con **Historia de Mayta** se comienza a construir un camino de entrada hacia la crítica del presente peruano. Si se quiere, se finge en **Mayta** una búsqueda de las raíces del presente de la sociedad que habitan el personaje, el narrador, el autor. Se arrastra y reconfigura entonces el motivo de la pesquisa ya presente en la novela anterior (ahora el intelectual es como un detective que intenta reconstruir una red de causalidades, la posibilidad de una explicación sobre la aventura guerrillera de Alejandro Mayta, y concluye en la inevitabilidad de la ficción: la mentira, el engaño) en cuyo centro está la figura grotesca de un intelectual-revolucionario: la figura de un sujeto que se deja arrastrar por el delirio de querer transformar en acto la idea. ¿Sátira del voluntarismo de la izquierda? El espacio en el cual se ha de realizar la proeza es los Andes, la masa que ha de cumplirla será el campesinado, todo esto de acuerdo a la visión idealizada que tiene Mayta de todo ello. En la novela, el intento fallido de Mayta está en el origen de la violencia que amenaza con destruir el mundo del narrador/investigador. En la historia, su trayectoria es la trayectoria política de un sector de la izquierda revolucionaria peruana.

Si **Mayta** ataca el mito campesinista de la izquierda (la definición del espacio y el agente revolucionarios en el mundo andino), **El hablador** se mete con un aspecto central en la articulación del discurso intelectual progresista en el Perú, el indigenismo, del cual se ofrece una valoración negativa –que en los términos de Vargas Llosa se asocia

al poder de las ideologías para generar fanatismo. Por ejemplo, en Saúl Zuratas colapsan, como en una paradoja andante, las ideas desarrolladas o planteadas por los intelectuales en torno a la cuestión del mestizaje, a la posibilidad de la integración cultural, o la preservación de las culturas, etc., con la obsesión dogmática de definir en esos términos la realidad y su futuro. La novela empuja el asunto más hacia sus límites, hacia la burla, desplazando el escenario clave hacia la amazonía, pues a los Andes (el espacio clásico del imaginario intelectual progresista) Saúl Zuratas los encuentra ya demasiado occidentalizados.

En la estructura de esta secuencia novelesca **Lituma en los Andes** equivale a la entrada a caballo en el santuario del pensamiento indigenista-izquierdista. En esta novela el espacio andino aparece en todo su esplendor amenazante y grotesco. La novela va a subvertir la imagen idealizada de lo andino que emerge con los indigenistas, en cuyo centro se sostiene una particular visión del futuro del país en la cual el mundo andino (la existencia en él de reservas de energía social y la persistencia de valores fundamentales) funciona como horizonte de la sociedad peruana. Esta ha sido una de las figuras centrales de cierto discurso intelectual, que ha generado un lenguaje fecundo en metáforas e interpretaciones de la sociedad peruana.

La idea (su idea de la idea) le resulta repugnante a Vargas Llosa, que ve como una estilización, o peor aún como una «ficción», la visión del futuro fundada en la reactivación de los valores de una sociedad arcaica. Contra esto, por ejemplo, **Lituma en los Andes** propone en boca de un etnohistoriador excéntrico y danés la historia oculta y silenciada, la otra historia del pasado prehispánico en la que se revela la práctica habitual de sacrificios humanos. Y en boca de otro intelectual, un ingeniero de minas que acaba de sobrevivir a un ataque senderista, la hipótesis de que la situa-

3 Mannheim, Karl. **Ideology and Utopia. An Introduction to the Sociology of Knowledge.** New York: Harcourt, Brace & World, Inc. y Paul Ricoeur, **Lectures on Ideology and Utopia.** New York: Columbia University Press, 1986.

ción presente se explica como la resurrección de la violencia antigua. En otro plano, la pesquisa del sargento Lituma (su esfuerzo por resolver el caso de las misteriosas desapariciones de tres obreros de la mina) a la vez que termina por confirmar las prácticas rituales del sacrificio humano, lo confronta con un contenido aún más problemático: el canibalismo como ritual de comunión, de construcción de comunidad. El pasado, cuando es evocado, se hace presente como pesadilla, como amenaza.

El escenario de toda esta historia, por su parte, está en abierto contraste con la noción de paisaje que emerge y se desarrolla en la literatura indigenista progresista. Sus habitantes son obreros y desplazados, con una conexión económica y angustiada con el espacio: una mina semiabandonada, que se articula malamente con el mundo exterior a través de una carretera trunca y sin posibilidad ya de más progreso. En cuanto a la naturaleza, ésta es vista a través de los ojos de un mestizo costeño (Lituma, el cholo piurano de **La casa verde**) que la siente ajena y amenazante. De hecho, la hostilidad de esta naturaleza, un huayco que casi cobra la vida del protagonista, va a cerrar de manera definitiva las posibilidades de ese espacio social y económico. La escena final de la novela presenta al sargento Lituma, nauseado por la revelación del enigma, contemplando el paisaje nocturno, frío y lunar de los andes, sitiado por la desolación.

La entrada de Lituma a los Andes funciona como el ingreso a un submundo, cuyas entrañas se abren para revelarnos un universo en el que se conjugan la violencia insurreccional de Sendero Luminoso y el paroxismo orgiástico de Dionisio y Adriana; donde se confunden las incursiones de los terrucos en las comunidades, con las incursiones de los pishtacos; donde se afirma la fe en el marxismo junto al culto a los **apus**. Ese es el mundo que le estalla en la cara a Lituma en los Andes.

La radical inversión de los valores asignados al mundo andino como espacio generador de significado futuro, la desarticulación de la sintaxis del lenguaje indigenista-progresista, está orientada por la idea de que las utopías terminan por producir el efecto contrario de lo que buscan, idea ya planteada y desarrollada en las novelas anteriores, que en ésta se expresa de manera más categórica, sin rastro ya del contenido utópico original. Con **Lituma en los Andes** se completa la lógica de una serie novelística cuyo argumento crítico cristaliza en **La utopía arcaica**. José María Arguedas y las ficciones del **indigenismo**; y entronca con la sorda polémica que Vargas Llosa venía sosteniendo (¿ha venido sosteniendo?) con la intelectualidad de izquierda.

2. **Babel, el paraíso**, por el contrario, es la novela de un hombre conectado al socialismo y sus tradiciones en el Perú. Como las novelas de Vargas Llosa, **Babel** es también una incursión, un viaje a cierto espacio original o generador de mitología de (al menos) cierta izquierda. La novela presenta la forma básica del relato que un viajero le hace a un auditorio sobre sus experiencias en una tierra lejana. La contigüidad de esta forma con la clásica del género literario de la utopía es clara, y de hecho **Babel** explota al máximo toda la carga semántica que esta contigüidad genera. Sin embargo, el modelo se manipula aquí en función de exacerbar el aspecto satírico que comporta todo discurso utópico. La reversión a un modelo clásico y reconocible se hace por las posibilidades que ofrece en cuanto al repertorio de metáforas y al sustrato alegórico ya constituido. Esto permite, al mismo tiempo, que el texto se abra con facilidad o se preste a la ironía, a la contradicción, a la disonancia, a través de un giro que permite visualizar de manera casi inmediata el revés de la trama. Es de aquí de donde emergen los contenidos en que se sostiene el tono de la novela.

El narrador que abre el relato de **Babel, el paraíso** es miembro de un

grupo que se encuentra reunido en congreso (Simposio) para discutir las bases de un nuevo humanismo. El viajero, que es un invitado, interrumpe el proceso conclusivo del congreso e introduce su historia para ilustrar y también para problematizar lo que allí se ha estado discutiendo. Una vez que toma la palabra, domina la situación hasta el fin de su relato, ante un público adverso que ofrece un marco hostil a la comunicación, cosa que se revela con toda intensidad en el segmento final con la exasperada reacción del auditorio ante el carácter paradójico de la historia que ha contado este viajero.

La historia como tal es, en sentido cabal de la expresión, un viaje a la China. Es la historia de un viaje a una realidad distante, extraña; y un relato largo, meándrico y truculento, un cuento chino, difícil de sortear, difícil de digerir. El lenguaje de la novela nombra de manera directa el espacio geográfico, social y político; se lo enmascara como mecanismo necesario para crear un efecto de alteridad radical (paródica, en este caso). Se habla entonces del viaje al Imperio, y en el Imperio se habla de la Corte y del Emperador y sus discípulos y la Organización, y del hito histórico de la Gran Irritación, etc.

La historia del viajero se concentra en sus experiencias en la Reservación, el espacio destinado en la capital para la habitación de los extranjeros que se encuentran trabajando al servicio del Imperio como traductores. Como el nombre lo indica es un espacio de aislamiento y separación. En él se desarrolla el motivo central de la novela, el de la búsqueda de la comunidad. Ésta va a aparecer paradójicamente. No de la sociedad de expatriados españoles y latinoamericanos, izquierdistas y revolucionarios, de la que el viajero/narrador (latinoamericano, peruano, lingüista para mayores señas) sale corriendo, por imposibilidad de soportar la maliciosidad, la intriga, el sectarismo, la hipocresía, etc., que dominan la vida de

esos sujetos. La comunidad va a ir emergiendo en su asociación con individuos «de diversas razas y creencias, aunque en términos simbólicos podría decirse que de todas las razas y creencias» (222), como aclara el viajero al final de su relato –individuos que a su vez son marginales o expulsados de sus grupos de origen. En ellos el viajero define su «elegida comunidad, esta patria esencial que no tenía más territorio y frontera que el ilimitado afecto humano» (218).

Desde el inicio, en el título (**Babel, el paraíso**), la novela invierte la interpretación habitual del espacio y del sentido de la comunicación: Babel ya no como sitio y momento de ruptura y fragmentación. El punto, como corresponde, lo hace explícitamente el viajero/narrador al final de su relato: «Jamás grupo humano, señor presidente, llegó a una comunicación, a un entendimiento y a una unión tan perfectos como nuestro grupo. Nunca hubo un malentendido. Jamás discutimos por hacer prevalecer nuestras ideas. Y por eso siempre reinaron la armonía y la solidaridad.» Tal perfección, por supuesto, deriva del hecho de que no existía entre ellos una lengua común: «De ahí que –continúa el viajero– la confusión de lenguas puede ser el factor esencial para la unión y el entendimiento. La base de un nuevo humanismo como el que se ha debatido en esta convocatoria» (224).

Esto es lo que exaspera a su auditorio, por el carácter de parábola un tanto absurda, situacional y pragmáticamente no posible, que presenta su relato. Pero de este modo se enfatiza dramáticamente la naturaleza y dificultad de la comunicación directa entre individuos concretos, mientras se demanda que dirijamos nuestra atención hacia ciertos procesos no comprendidos en todo su potencial. Por ejemplo, la novela insistentemente apunta a crear la imagen de una comunidad de iguales a partir de este grupo de marginales, desde la cual se invocan los valores

socialistas que, habiendo sido forjados en el desarrollo de las luchas históricas de ese pueblo, están ausentes en la configuración del presente. Se crea de este modo un núcleo ideológico y emocional que está en abierto contraste con la desilusión que produce el encuentro con el Imperio, el mundo de origen del gran impulso revolucionario –un mundo que se encuentra ya a la vez jerárquicamente estructurado y hecho abstracto, todo desvirtuado por el lenguaje único, autoritario, del Imperio.

La posición de este grupo de marginales corresponde en gran medida a la condición de liminalidad, tal como Víctor Turner la ha entendido para caracterizar procesos activos en nuestras sociedades. La liminalidad, la marginalidad y la inferioridad estructural, propone Turner, son condiciones desde las cuales frecuentemente se generan mitos, símbolos, sistemas de pensamiento y obras de arte. Las formas culturales resultantes, a la vez que proponen creativamente periódicas reclasificaciones de la realidad (y de la relación del hombre con la sociedad, la naturaleza y la cultura), tienen carácter multívoco y con ello la capacidad de movilizar a distintos tipos de individuos, a distintos niveles, simultáneamente.⁴ Esta definición del potencial creativo del grupo es visible en la novela precisamente en contraste con la burocratización y la rigidez estructural de la sociedad que lo rodea.

Hay un segundo aspecto de la experiencia del grupo que viene a reforzar esta posición antiestructural: la construcción de una comunidad fundada en la relación entre individuos concretos, históricos e idiosincráticos –individuos no segmentados en roles o jerarquías sino confrontándose unos a otros directamente, de yo a tú. Es la experiencia para la cual Turner reserva el término de **communitas**. De ahí que en la novela se pone el énfasis en el carác-

ter espontáneo de esa comunidad-grupo, que por momentos presenta la forma de un **happening**. De aquí emana el poder ideológico de su comunidad, que el viajero/narrador enfatiza al final de su relato: como modelo utópico de sociedad basado en una comunidad existencial. Podemos ver aquí una intuición política central de **Babel**, el **paraíso**: la realización de la utopía en una sociedad concreta aunque fugaz.

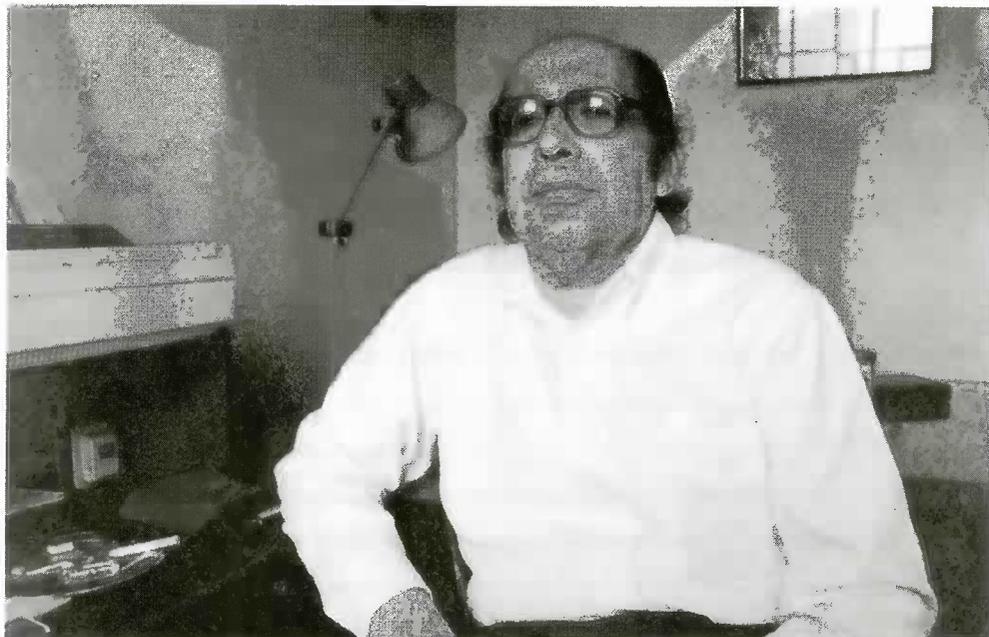
3. Las novelas de Vargas Llosa se construyen sobre la idea de que las utopías desencadenan procesos sociales que luego van a aplastar no sólo a sus autores (que son individuos, intelectuales, y no colectividades), sino también a la sociedad de quienes las siguen o se encuentran en su camino. En particular en **Lituma** la pregunta parece ser ¿qué ocurre cuando una sociedad realiza en valor literal sus metáforas: comunidad, comunión, incorporación? La crítica de las utopías (ficciones/ideologías) construidas por los intelectuales es clara, al margen de su justeza. El trabajo de demolición de cierto espacio simbólico se ejecuta, aunque se pretenda sólo estar jugando. ¿Pero qué se deja en su lugar?

Babel, el **paraíso** nos recuerda que así como la pequeña comunidad de expatriados se encuentra en la panza del Imperio, el viajero/narrador y su relato se han incrustado en un proceso previo, interrumpiendo su lógica, e imponiendo momentáneamente la suya. La respuesta a esto es la hostilidad, la incredulidad y la agresividad de su auditorio. En el contexto de una historia que sostiene que la utopía es y el paraíso existe en y como acto de comunicación plena, es difícil pensar en todo esto como una ironía involuntaria. De hecho, se plantea la idea de la posible extensión de este sentido de comunidad en el lenguaje, y por lo tanto en la novela. Como dice Gutiérrez en su **Celebración de la novela**: «La novela no es sólo un género literario, también es un territorio ilimitado donde los seres humanos pueden conjurar ese senti-

4 Turner, Victor. *The Ritual Process: Structure and Anti-structure*. Chicago: Aldine, 1969.

miento de extrañeza y forasterismo que a veces se siente frente a la vida» (184). Pero **Babel** hace tema también y sobre todo del otro aspecto que señala Gutiérrez en su reflexión sobre la novela: «el aislamiento que suscita el carácter conjetural de toda exploración novelística...» y la hostilidad que puede despertar. Son los límites del sub-

horizonte socialista. No es que el marxismo haya sido la única arma analítica para entender las tendencias de la sociedad, ni que el socialismo haya sido la única forma activa de imaginar el futuro; pero se ha tratado siempre en ellos de formas poderosas y dominantes en la formulación del imaginario político, en tanto esfuerzo por dar for-



«*Babel, el paraíso*, por el contrario, es la novela de un hombre conectado al socialismo y sus tradiciones en el Perú» (En la foto: Miguel Gutiérrez, marzo de 1999).

juntivo. Cuánto más intenso todo esto si consideramos los contenidos con que la novela nos confronta en el contexto de su aparición: en el seno de una sociedad que había estado envuelta en un proceso que amenazaba con destruir todo sentido básico de comunidad. Entonces, ¿sobre qué base se iba a pensar el futuro?

Tanto en el caso de las novelas de Vargas Llosa como en la de Gutiérrez este cierre de visión está asociado a la crisis del paradigma marxista y del

ma a intuiciones de lo que aún no es.⁵ En **Babel, el paraíso** se abre ese espacio liminal, desde donde todavía es posible pensar el mundo de manera diferente y vivirlo de manera intensa, pero con la lúcida y dolorosa conciencia de su imposibilidad como experiencia plena fuera de ese ámbito –ya que el retorno al mundo estructural es inevitable. Los Maytas y los Zuratas se dejan arrastrar por la ilusión de realizar sus visiones en la realidad, como el Consejero y sus seguidores en Canudos, mientras que los Litumas están allí para recordarnos que, después de todo, la historia es la pesadilla a la que todos despertamos. ■

5 Bloch, Ernst. *The Utopian Function of Art and Literature: Selected Essays*. Cambridge: The MIT Press, 1989.

RS **resumen semanal**

Compendio de los más importantes acontecimientos políticos y sociales a nivel nacional.

(Disponible sólo en versión electrónica)

TARIFA ANUAL NACIONAL Y/O INTERNACIONAL

(50 números) Precio único: US\$ 25.00

Deseo tomar () suscripción (es) anual (es) a **Resumen Semanal**

Nombre: _____

Dirección: _____

Ciudad: _____

País: _____

Telf./Fax: _____ RUC: _____

E-mail: _____

Forma de Pago:

() Cheque a nombre de **desco**

() International Money Order a nombre de **desco**

() Abono en Cta. Cte. Del Banco Wiese N° 071-1222170 DESCO/PUBLICACIONES(*)

(*) Para suscriptores extranjeros: Los costos bancarios –tanto del país de origen como de destino– corren a cargo del suscriptor.

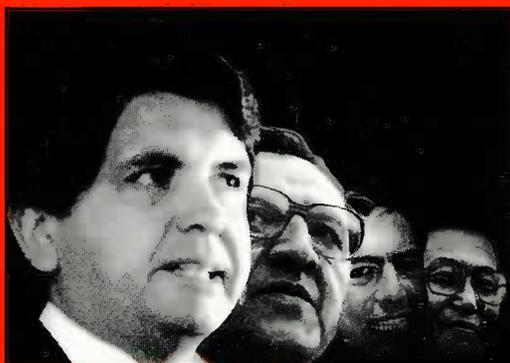
En caso de abono directo nacional o internacional, remitir a nombre de **Resumen Semanal**, vía fax o por correo normal, fotocopia de la nota de depósito. A vuelta de correo le enviaremos boleta o factura según requiera.

desco – Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo
León de la Fuente 110, Lima 17 – Perú
Telf. (51-1) 2641316 Fax: (51-1) 2640128

El éxito del momento

La anunciación de Fujimori

Alan García 1985-1990



Carlos Reyna

desco

En venta en las mejores librerías

UNMSM-CEDOC

ALBERTO RUBINA JOSE BARREDA

ATLAS DEL DEPARTAMENTO DE HUANCAVELICA



desco

Venta exclusiva en El Virrey y Desco